

CONTRA CELSO

Orígenes

LIBRO QUINTO

1. Está vedado hablar mucho

Comenzamos ya, hombre de Dios, Ambrosio, el quinto libro contra el escrito de Celso, no porque intentemos practicar aquel mucho hablar, que nos está vedado y del que no se puede salir sin pecado (Pr 10,19), sino porque queremos, según nuestras fuerzas, no dejar sin examinar nada de lo que dijo; aquellos puntos señaladamente en que pudiera parecer a algunos, habernos acusado inteligentemente a nosotros y a los judíos. Y, si nos fuera posible penetrar con el razonamiento en la conciencia de todo el que leyere su obra y arrancar el dardo que vulnera a todo el que no está armado de punta en blanco de la armadura de Dios (Ef 6,11) y aplicar la medicina racional que curara la herida que inflige Celso y hace que no estén sanos en la fe (Tit 2,2) los que se allegan a sus discursos, eso haríamos; pero es obra de Dios morar invisiblemente, por su espíritu y el espíritu de Cristo, en aquellos que Él juzga debe morar; a nosotros, en cambio, que tratamos de llevar a los hombres a la fe, incúmbenos hacer cuanto cabe para merecer ser llamados obreros que no tenemos por qué avergonzarnos, administrando rectamente la palabra de la verdad (2 Tim 2,15). Y una de las cosas que cabe hacer es, cumpliendo fielmente lo que tú me has mandado, rebatir, según mis fuerzas, los argumentos que Celso tiene por probables. Vamos, pues, a citar lo que sigue a las razones de Celso, a que ya hemos respondido (el lector juzgará si también refutado) y aleguemos lo que cabe decir contra ello. ¡Quiera Dios darnos no acometer el tema propuesto con nuestra mera inteligencia y discurso, desnudo de inspiración divina, a fin de que la fe de aquellos a quienes pedimos ayuda, no escriba en sabiduría de hombres! (2 Co 10,5). ¡Ojalá recibamos, más bien, el sentido de Cristo (1 Co 2,16), de Aquel que solo lo da, su Padre y, ayudados por la participación del Verbo de Dios, podamos derrocar toda arrogancia que se yergue contra el conocimiento de Dios (2 Co 10,5) y toda presunción de Celso, que se levanta contra nosotros y contra nuestro Jesús, no menos que contra Moisés y los profetas. Así, si *el que da palabra a los que anuncian la buena nueva con mucha fuerza* (Sal 67,12), nos la diere también a nosotros y nos hiciere merced de

mucha fuerza, nacerá en los lectores la fe por la palabra y virtud de Dios.

2. Celso, espíritu inconsecuente

Así, pues, tócanos ahora refutar sus palabras, que son de este tenor: “Ni un dios, ¡ oh judíos y cristianos!, ni un hijo de Dios bajó jamás ni puede bajar al mundo. Pero si habláis de no sé qué ángeles, ¿a quiénes llamáis así, a dioses o a alguna otra especie de seres? A otra especie de seres, a lo que parece, a los demonios”. Celso se está aquí repitiendo, pues más arriba ha dicho muchas veces lo mismo (IV 2-23), y no es, por ende, necesario discutir largamente. Baste lo que ya hemos dicho sobre esto. Alegaremos, sin embargo, algo de entre lo mucho que pudiera decirse, que nos parece concordar con lo antes dicho, aunque no tenga del todo el mismo sentido. Así demostraremos que, si sienta de forma universal que ningún dios ni hijo de Dios bajó jamás a los hombres, echa por tierra lo que las gentes creen acerca de la aparición de algún dios y lo que él mismo ha dicho antes (III 22-25). Y es así que, si Celso dice de veras, como principio universal, que ni un dios ni un hijo de Dios ha bajado ni puede bajar al mundo, se echa evidentemente por tierra la tesis de que haya dioses sobre la tierra, bajados del cielo, ya para dar oráculos sobre lo por venir a los hombres, o para curarlos por esos mismos oráculos. En consecuencia, ni Apolo Pitio, ni Asclepio ni otro dios alguno de los que se cree que hacen todo eso, sería dios bajado del cielo; y, si es dios, le habría cabido en suerte habitar la tierra como una especie de fugitivo de la mansión de los dioses. Sería como un desgraciado, a quien no se le concede entrar a la parte de las cosas divinas que allí hay; o, en fin, ni Apolo ni Asclepio serían dioses de esos que se cree hacen algo sobre la tierra, sino unos demonios muy inferiores a los hombres sabios, que, por su virtud, se remontan a la bóveda del cielo (cf. Plat., *Phaidr.* 247b).

3. Celso, epicúreo disimulado

Miremos además cómo, en su afán por demoler nuestra religión, el que en ninguna parte de su escrito confiesa ser epicúreo, aquí queda convicto de pasarse como un tráfuga a Epicuro. Y tú que lees los razonamientos de Celso y admities lo antes dicho, mira cómo te pones en la alternativa: o de negar que Dios more en el mundo proveyendo a los hombres uno por uno, o, de afirmarlo, tener por falsa la tesis de Celso. Ahora bien, si de todo en todo niegas la providencia, darás por falsos los discursos de aquel, en que afirma haber dioses y providencia (57; IV 4,99; VII 68; VIII

45), a fin de mantener lo que tú dices. Pero, si no por ello dejas de afirmar la providencia, no aceptas lo que dice Celso sobre que “ni un dios ni un hijo de Dios ha bajado jamás ni bajará a los hombres”, ¿por qué no examinarás con todo cuidado, por lo que acerca de Jesús hemos dicho y por lo que sobre él fue profetizado, a quién haya de tenerse por Dios e Hijo de Dios que bajó a los hombres: a Jesús, que tan grandes cosas ordenó y llevó a cabo, o a los que, con ocasión de oráculos y adivinaciones, no mejoran las costumbres de los curados y los apartan, por añadidura, del sincero y puro culto del Hacedor del universo y, so pretexto de honrar a muchos dioses, alejan el alma de quienes les prestan atención al solo Dios único y señero, manifiesto y verdadero?

4. Los ángeles y el Verbo

Seguidamente, como si cristianos y judíos le hubieran contestado quiénes hayan descendido hasta los hombres, dice: “Mas si habláis de no sé qué ángeles” y prosigue preguntando: “¿Qué seres decís son éstos? ¿Dioses o alguna otra especie?” Y nuevamente nos presenta como si le respondiéramos: “Otra especie, a lo que parece: los demonios”. Consideremos, pues, también este punto. Convenimos, efectivamente, que hablamos de ángeles, *espíritus que son ministeriales, enviados para servir a los que han de heredar la salvación* (Hb 1,14). Y decimos que suben,¹ para llevar las oraciones de los hombres, a los lugares más puros del mundo, que son los celestes, o a más puros aún que estos, que son los supra celestes (Plat., *Phaidr.* 247c); y de allí bajan, a su vez, trayendo a cada uno, según lo que merece, algo de lo que Dios les manda traer a los que han de recibir sus beneficios. A estos, pues, según su oficio, hemos aprendido a llamarlos ángeles o mensajeros, y, por ser divinos, hallamos que las divinas Escrituras les dan nombre de dioses (Sal 49,1; 81,1; 85,8; 95,4; 135,2); no de forma tal, que se nos mande dar culto y adorar, en lugar de Dios, a los que son servidores y nos traen los recados de Dios. Y es así que toda petición, oración, súplica y acción de gracias (1 Tm 2,1), ha de ser enviada al Dios supremo por medio del sumo sacerdote, que está por encima de todos los ángeles, el Logos y Dios vivo. Y al mismo Verbo dirigiremos nuestras peticiones, súplicas, acciones de gracias y hasta nuestras oraciones, con tal que sepamos distinguir lo que es propiamente oración y lo que así se llama por abuso.²

1 Cf. *De princ.* 1,8,1, en que esta función se atribuye particularmente al arcángel Miguel.

2 En *De oratione* 15-16 sienta Orígenes su teoría de que solo debe orarse a Dios Padre, no a Cristo. Fue uno de los puntos de su doctrina de que se hizo luego bandera de combate contra su nombre.

5. Contra la invocación de los ángeles

Porque no fuera razonable invocar a los ángeles sin tener antes de ellos un conocimiento que está fuera del alcance de los hombres. Pero, aun supuesto que se alcance una ciencia de ellos, que es maravillosa y misteriosa, esta misma ciencia, ya que nos haya demostrado la naturaleza de ellos y los oficios a que están destinados, no nos permitirá dirigir confiadamente nuestras oraciones a otro que al Dios supremo, que se basta para todo, por mediación de nuestro Salvador, Hijo de Dios, que es Verbo, sabiduría, verdad y cuantas otras cosas dicen de Él las Escrituras de los profetas de Dios y de los apóstoles de Jesús. Y para que los ángeles de Dios nos sean propicios y no dejen de hacer nada en favor nuestro, basta que nuestra disposición respecto de Dios imite, en cuanto cabe en la naturaleza humana, el propósito de ellos, que imitan a su vez a Dios, y que nuestra noción del Verbo, Hijo suyo, no contradiga a la más clara que tienen los santos ángeles, sino que día a día se acerque a su claridad y distinción. Pero, como hombre que no ha saludado nuestras Escrituras sagradas, Celso se responde a sí mismo, como si fuéramos nosotros los que decimos que es otra especie de seres los que bajan de parte de Dios para beneficio de los hombres, y dice que, probablemente, los llamamos nosotros “démones”. Pero no ve que el nombre de “démones” no es indiferente como el de “hombres”, en que unos son buenos y otros malos; ni tampoco bueno, como el de “dioses”, que no se atribuye a demonios malos ni a estatuas ni a animales, sino, por quienes conocen las cosas de Dios, a seres verdaderamente divinos y bienaventurados. El nombre, en cambio, de “démones” solo se pone a los poderes malos fuera del cuerpo grosero, que engañan y distraen a los hombres y los apartan de Dios y de las cosas celestes, arrastrándolos a lo terreno.

6. Celso entontecido: monoteísmo judío

Seguidamente dedica toda esta parrafada a los judíos: “Así, pues, lo primero que cabe admirar en los judíos es que den culto al cielo y a los ángeles que hay en él (cf. I 26), y den de mano a las partes más venerables y poderosas del mismo cielo: el sol, la luna y demás estrellas, fijas o errantes, como si fuera posible que el todo sea dios y no divinas sus partes; o como si tuviera sentido dar culto extraordinario a esos que se dice aparecerse, en virtud de magia negra, por ahí entre tinieblas a gentes que se van quedando ciegas o que sueñan con oscuros fantasmas; y a los que a todos tan clara y patentemente profetizan, aquellos por los que se administran las lluvias y calores, las nubes y truenos —a los que ellos adoran— y los relámpagos o rayos y los frutos y productos de toda

especie, a los más claros heraldos de las cosas de arriba, a los de verdad mensajeros celestes, a todos estos, digo, no tenerlos en nada”. En todo esto me parece haberse embrollado Celso y escribió de oídas sobre lo que no sabía. Porque, para todo el que examine la doctrina de los judíos y compare con ella la de los cristianos, es evidente que los judíos, que siguen la ley, solo dan culto al Dios sumo que hizo el cielo y todas las otras cosas. La ley, en efecto, les manda en nombre de Dios: *No tendrás otros dioses fuera de mí. No te harás imagen ni escultura alguna de cuanto hay arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra, y no las adorarás ni servirás* (Ex 20,3-5). Es, pues, evidente, que los que viven conforme a la ley y adoran al que hizo el cielo, no adoran junto con Dios al cielo. Pero, además, nadie que siga la ley de Moisés adora tampoco a los ángeles del cielo. Como se abstienen de adorar el sol, la luna y las estrellas, ornato del mundo, así, si obedecen a la ley, tampoco adoran a los ángeles del cielo, pues la ley dice: *No suceda que, levantando los ojos al cielo y contemplando el sol, la luna y las estrellas, ornamento todo del cielo, te extravíes y adores y sirvas a cosas que el Señor, Dios tuyo, ha hecho para servicio de todas las gentes* (Dt 4,19).

7. Panteísmo de Celso

Ahora, pues, dando Celso de barato que los judíos tienen por Dios al cielo, presenta la cosa como un absurdo y echa en cara a los que adoran el cielo que no hagan lo mismo con el sol, la luna y las estrellas, como no lo hacen los judíos, “como si fuera posible”, dice, “que el todo sea Dios, y sus partes no sean divinas”. Donde parece entender por “todo” el cielo y por partes de este, el sol, la luna y las estrellas. Ahora bien, es evidente que ni los judíos ni los cristianos llaman dios al cielo. Pero demos que, como él dice, llamen los judíos dios al cielo y que sean partes de este el sol, la luna y las estrellas (lo que no es absolutamente verdad, pues tampoco los animales y plantas que están sobre la tierra son, por el mero hecho, partes de la tierra). ¿De dónde deducir ahora, aun según los griegos, que sea verdad que, si un todo es dios, sus partes son, por el mero hecho, divinas? Ciertamente que, con toda claridad, dicen que es Dios el mundo entero; para los estoicos es el primer Dios, para los platónicos es el segundo y para algunos de entre ellos el tercero.³ Luego, según estos, dado el caso que el todo, que es el mundo, es Dios, ¿serán, por el mero hecho, divinas

3 He aquí algunas de las referencias dadas por Chadwick. Sobre los estoicos: Oc., *De nat. deor.* II 17,45; Senec., *N. Q.* II 45,3; Diog. Laert., VII 137-40; Diels, *Dox gr.* 464. Sobre los platónicos: Diels, *Dox gr.* 305. El que admite un tercer dios parece ser Numenio de Apamea.

sus partes, de modo y manera que serán cosas divinas no solo los hombres, sino todo animal irracional, como partes que son del mundo y, por el mismo caso, las plantas? Y si son partes del mundo los ríos, los montes y el mar, puesto que el mundo todo es Dios, ¿lo serán, por el mero hecho, los ríos y mares? Tampoco esto lo dirán los griegos; a los que presiden o guardan ríos o mares, sean démones o dioses, como ellos los llaman, a estos, sí, pudieran llamarlos dioses. De donde se sigue que, aun según los griegos, que admiten la providencia, es falso el principio general de Celso de que, si un todo es Dios, sus partes son absolutamente divinas. Consecuencia del principio de Celso sería que, si el mundo es Dios, todo lo que hay en el mundo, como partes que son suyas, es divino; y, a esa cuenta, serán divinos los animales, las moscas, las pulgas, los gusanos y toda especie de reptiles; y lo mismo digamos de aves y peces. Esto no lo afirmarán ni los mismos que admiten ser Dios el mundo. En cuanto a los judíos, que viven según la ley de Moisés, aun cuando no saben interpretar el sentido oculto de la ley y que apunta a algún misterio, jamás dirán que ni el cielo ni los ángeles sean dioses.

8. La adoración del cielo y los ángeles, ajena desde todo punto a la religión judaica

Dijimos antes (V 6 c. *medium*) que Celso se embrolló por campanadas que oyera y ahora lo vamos a poner, según nuestras fuerzas, más en claro. Celso opina que es cosa judaica adorar al cielo y a los ángeles del cielo; y nosotros vamos a demostrar que eso no solo no es judaico, sino transgresión del judaísmo, al igual que adorar al sol, la luna y las estrellas y a los mismos ídolos. Por lo menos se halla, en el profeta Jeremías señaladamente, cómo la palabra de Dios reprocha, por boca del profeta, al pueblo judío adorar esas criaturas y sacrificar a la reina del cielo y a todo el ejército del mismo (Jr 51,17; 7,17-18; 19,13). Lo mismo demuestran los discursos de los cristianos. Cuando estos acusan a los judíos de sus pecados y les hacen ver que por ellos abandonó Dios a su pueblo, este es uno de los pecados cometidos. Y es así que en el libro de los Hechos de los Apóstoles se escribe acerca de los judíos: *Dios les volvió las espaldas y los entregó a que adoraran la milicia del cielo, según está escrito en el libro de los profetas: ¿Por ventura me ofrecisteis víctimas y sacrificios durante cuarenta años en el desierto, ¡oh casa de Israel! Vosotros levantasteis la tienda de Moloc y la estrella del dios Remfan, figuras que fabricasteis para adorarlas* (Hch 7,42-43). Y Pablo, que se educó cuidadosamente en el judaísmo y se hizo luego cristiano por una maravillosa aparición de Jesús, dice en la carta a los colosenses: *Que nadie os quite*

el galardón de vuestro combate, afectando humildad y culto supersticioso de los ángeles, fantaseando sobre lo que no ha visto, vanamente hinchado por su sentir carnal; ese tal no se ase a la cabeza, por la que todo el cuerpo, alimentado y trabado por las ligaduras y coyunturas, va creciendo con crecimiento de Dios (Col 2,18-19). Nada de esto leyó ni entendió Celso y no sé cómo le pasó por la cabeza que los judíos, si no infringen su ley, adoran al cielo y a los ángeles del cielo.

9. La magia, igualmente ajena al judaísmo

Un tanto embrollado aún en sus ideas y sin mirar cuidadosamente el tema, imaginó Celso que los judíos fueron inducidos a adorar a los ángeles del cielo por los encantamientos de la magia y hechicería, por ciertos fantasmas que se evocan por los encantamientos y aparecen a quienes los recitan; y no comprendió que también los que hacen eso van contra la ley, que dice: *No sigáis a magos ni consultéis a adivinos, para no mancharos con ellos. Yo el Señor, Dios vuestro (Lv 19,31)*. Ahora bien, el que observa que los judíos guardan su ley (V 25) y dice que son gentes que viven según su ley, o no debía en absoluto achacar eso a los judíos o, de achacárselo, notar que eso hacen los que infringen la ley. Además, como son transgresores de la ley los que dan culto, obcecados, a los que se aparecen por ahí entre sombras y por arte de magia y adoran, soñando por oscuros fantasmas, a los que se dice suelen pegarse a gentes como ellos, así también traspasan de punta a punta la ley los que adoran el sol, la luna y las estrellas. Y no cabía en la misma cabeza decir que los judíos se guardan de adorar el sol, la luna y las estrellas y no de hacer lo mismo con el cielo y los ángeles.

10. Por qué los cristianos no adoran las estrellas

Tampoco nosotros, al igual que los judíos, adoramos a los ángeles, ni el sol, la luna y las estrellas; y si es menester que demos razón de por qué no adoramos ni siquiera a los que llaman los griegos dioses patentes y sensibles, diremos que la misma ley de Moisés sabe que estos fueron entregados por Dios a todas las naciones que hay bajo el cielo, pero no a los que, con preferencia a todas las naciones de la tierra, fueron tomados para porción escogida de Dios (Dt 32,9). Por lo menos, se escribe en el Deuteronomio: *No suceda que, levantando los ojos al cielo y contemplando el sol, la luna y las estrellas, ornamento todo del cielo, adores y sirvas a cosas que el Señor, Dios tuyo, entregó para las naciones todas bajo todo el cielo. A nosotros, en cambio, nos tomó el Señor*

Dios y nos sacó del horno de hierro, de Egipto, para ser pueblo herencia suya, como el día de hoy (Dt 4,19-20). Así, pues, por boca de Dios es dicho el pueblo hebreo ser nación escogida, real sacerdocio, raza santa y pueblo peculiar (1 P 2,9); y acerca de él fue predicho a Abrahán por voz que le venía del Señor: *Levanta los ojos al cielo y cuenta las estrellas si las puedes enumerar una a una; y le dijo: Así será tu descendencia* (Gen 15,5). Ahora, pues, una nación que estaba destinada a ser como las estrellas del cielo, no iba a adorar aquello mismo a lo que se igualaría por su inteligencia y su observancia de la ley. Y es así que a ellos se dice: *El Señor vuestro os ha multiplicado, y he aquí que sois hoy como las estrellas del cielo por vuestra muchedumbre* (Dt 1,10). Y en Daniel se profetiza acerca de la resurrección: *Y en aquel tiempo se salvará todo tu pueblo que está escrito en el libro y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra se levantarán, unos para vida eterna, otros para ignominia y confusión eterna. Y los inteligentes brillarán como el resplandor del firmamento y muchos de los justos, como las estrellas por eternidad de eternidades* (Dn 12,1-3). Aquí se inspiró también Pablo en lo que dice sobre la resurrección: *Hay cuerpos celestes y cuerpos terrenos, pero una es la gloria de los celestes y otra la de los terrenos. Una es la gloria del sol, otra la de la luna y otra la de las estrellas, pues una estrella se aventaja a otra en gloria. Así también la resurrección de los muertos* (1 Co 15,40-42).

Ahora bien, los que fueron enseñados a levantarse magnánimamente sobre todo lo creado y a esperar por parte de Dios las mejores cosas como galardón de su vida óptima; los que han oído cómo se les dice: *Vosotros sois la luz del mundo; y: Brille vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre del cielo* (Mt 5,14.16); los que se esfuerzan por alcanzar la sabiduría brillante e inmarcesible y hasta han alcanzado ya la que es resplandor de la luz eterna (SB 6,12; 7,26); para esos, decimos, no era razonable que admiraran la luz sensible del sol, de la luna y las estrellas hasta punto tal que, por razón de su luz material, se sintieran de algún modo inferiores a ellos y los adoraran, cuando tenían en sí tal luz inteligible de conocimiento, luz verdadera, luz del mundo y luz de los hombres (Jn 1,9; 8,12; 9,5; 1,4).

De ser menester adorarlos, no sería por razón de la luz sensible que admira el común de los hombres, sino por la luz inteligible y verdadera; si es que también las estrellas del cielo son animales racionales y buenos (cf. Plat., *Tim.* 40b) y fueron iluminados con la luz del conocimiento por aquella sabiduría que es *resplandor de la luz eterna* (Sb 7,26). Y es así que su luz sensible es obra del Creador del universo; pero la inteligible, acaso dependa de ellos y de su libre albedrío.

11. La luz verdadera, única que se debe adorar

Pero ni siquiera la luz inteligible debe ser adorada por quien ve y comprende la luz verdadera, por cuya participación son iluminadas en todo caso las estrellas, ni por quien mira al padre de la verdadera luz, Dios, de quien hermosamente se dice: *Dios es luz, y en Él no hay oscuridad alguna* (1 Jn 1,5). Los que por su luz sensible y celeste adoran el sol, la luna y las estrellas, jamás adorarían a una chispa de fuego o a una linterna de la tierra, pues ven la incomparable superioridad de los cuerpos que ellos tienen por dignos de adoración sobre la luz de unas chispas o linternas. De modo semejante, los que entienden cómo Dios es luz y comprenden cómo el *Hijo de Dios es la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene al mundo* (Jn 1,9); los que penetran el sentido de su palabra: *Yo soy la luz del mundo* (Jn 8,12), no pueden razonablemente adorar esa chispa de luz que brilla en el sol, la luna y las estrellas, mínima si se la compara con Dios, luz de la verdadera luz. Y no es que, al hablar así del sol, la luna y las estrellas, pretendamos deshonrar tan nobles criaturas de Dios ni decimos, siguiendo a Anaxágoras, que el sol, la luna y las estrellas sean “una masa incandescente” (Dioc. Laert., II 8), sino que nos damos cuenta de que la divinidad de Dios y la de su Hijo unigénito supera todo lo demás con inefable excelencia. Persuadidos, además, como estamos de que el sol mismo, la luna y las estrellas oran al Dios sumo por medio de su Unigénito, juzgamos que no se debe orar a los mismos que oran; pues ellos mismos quieren más bien levantarnos al Dios a quien oran que rebajarnos a sí mismos y dividir nuestra facultad de orar entre Dios y ellos.

También respecto de ellos voy a valerme de un ejemplo. Una vez que nuestro Salvador y Señor oyó que alguien lo saludaba: *Maestro bueno*, remitió, al que así hablaba, a su Padre, diciendo: *¿Por qué me llamas bueno? Solo uno es bueno, que es Dios Padre* (Mc 10,17.18). Ahora, pues, si esto pudo razonablemente decir el Hijo amado del Padre (Col 1,13), Él, que es imagen de la bondad del Padre, ¿no dirá con más razón el sol a los que lo adoran: “¿Por qué me adoras? *Al Señor Dios tuyo adorarás y al Él solo servirás* (Mt 4,10), al mismo a quien adoramos y servimos yo y cuantos conmigo están”. Y aunque alguien no sea tan grande como él, no menos ha de orar al Verbo de Dios, que lo puede curar, y, más aún, al Padre del Verbo, que, a los justos pasados envió su Verbo y los sanó y los libró de todas sus miserias (Sal 106,20).

12. El Logos está siempre con nosotros

Así, pues, Dios, por su bondad, desciende a los hombres, sigue estando ahora con ellos en cumplimiento de su palabra: no espacialmente, sino por su providencia (IV 5.12); y el Hijo de Dios no solo estuvo antaño con sus discípulos, sino que: *Mirad que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del tiempo* (Mt 28,20). Y si el sarmiento no puede dar fruto si no permanece en la cepa, es claro que tampoco los discípulos del Logos, que son los sarmientos espirituales de la verdadera cepa, del Logos mismo, pueden dar los frutos de la virtud si no permanecen en la verdadera cepa, que es el Cristo de Dios (cf. Jn 15,4-6). Él está con nosotros, que ocupamos aquí bajo el espacio de la tierra, con todos los que firmemente se adhieren a Él y hasta con los que, dondequiera, no lo conocen. Así lo pone de manifiesto Juan, el que escribió el evangelio, con palabras de Juan Bautista: *En medio de vosotros está uno a quien vosotros no conocéis. Ese es el que viene después de mí* (Jn 1,26-27; cf. II 9). Ahora bien, es absurdo que, estando con nosotros el que llena cielo y tierra y que dijo: *Acaso no lleno yo el cielo y la tierra, dice el Señor* (Jr 23,24), y estando además cerca (pues yo tengo fe en el que dice: *Yo soy Dios que está cerca, no un Dios lejano* (Jr, 23,23), quisiéramos orar al sol, que no llega siquiera a todas partes; a la luna o alguna estrella.

Pero concedamos, para valerme de las mismas palabras de Celso, que el sol, la luna y las estrellas “nos profetizan lluvias, calores, nubes y truenos”. Pero, dado caso que todo eso nos profeticen, ¿no será más razonable adorar y dar culto a Dios, a quien ellos sirven en esas profecías, que no a sus profetas? Profetícennos enhorabuena rayos, frutos y productos de toda especie y sean ellos los que todo eso administran; nada de eso es razón para que adoremos a los mismos que adoran; como no adoramos a Moisés ni a los que después de él nos han profetizado, por inspiración de Dios, cosas más importantes que las lluvias y calores, nubes, truenos, rayos, frutos y productos materiales de toda especie. Pero aunque el sol, la luna y las estrellas pudieran profetizarnos cosas más importantes que las lluvias, ni aun así los adoraríamos a ellos, sino al que es padre de tales profecías y al ministro de ellas, el Logos del Padre. Demos también que sean heraldos suyos y verdaderos mensajeros celestes; pero, aun en ese caso, ¿cómo no adorar al Dios que nos anuncian y cuyos mensajes nos traen, más bien que a sus heraldos y mensajeros?

13. No despreciamos a las criaturas

Por lo demás, Celso afirma por su cuenta que nosotros no tenemos en nada al sol, la luna y las estrellas, siendo así que confesamos que también ellos están aguardando la revelación de los hijos de Dios, sujetos que están, de presente, a la vanidad de los cuerpos materiales por razón del que los sometió en esperanza (cf. Rm 8,19-20; Origen., *De Princ.* 17,5; *Exort. mart.* 7; *Coment. in Rom.* VII). Si Celso hubiera leído las infinitas cosas que decimos acerca del sol, la luna y las estrellas, por ejemplo: *Alabadle todas las estrellas y la luz*; y *Alabadle los cielos de los cielos* (Sal 148,2-4), no hubiera afirmado de nosotros que no tengamos en nada tan grandes criaturas que tan magníficamente alaban a Dios. Tampoco conoce Celso este texto: *Y es así que la expectación de la creación está esperando la revelación de los hijos de Dios; pues la creación fue sometida a la vanidad, no de buena gana, sino por razón del que la sometió en esperanza; porque la creación misma será liberada de la servidumbre de la corrupción y pasará a la libertad de la gloria de los hijos de Dios* (Rm 8,19-21). Pongamos aquí término a nuestra respuesta sobre no adorar al sol, la luna y las estrellas y citemos las palabras tuyas que siguen, a fin de responderle, con la ayuda de Dios, lo que nos inspire la luz de la verdad.

14. La gran parrafada de Celso contra la resurrección de los muertos

He aquí lo que dice: “Otra tontería tuya es creer que, cuando Dios, como un cocinero, traiga el fuego, todo el género humano quedará asado y solo sobrevivirán ellos, no solo los que entonces vivieren, sino también los que antaño, en cualquier tiempo, murieron, salidos en sus propias carnes de la tierra; esperanza, por cierto, digna de gusanos. Porque ¿qué alma de hombre echaría otra vez de menos un cuerpo podrido? Por lo demás, este dogma vuestro (judíos), no os es común con algunos de entre los cristianos, los cuales no se rebozan de afirmar lo que tienen de abominable. ¿Qué cuerpo, en efecto, una vez totalmente corrompido, puede volver a su naturaleza originaria y aquella estructura primera de que fue disuelto? No teniendo que responder a esto, se refugian en la más extravagante escapatoria de que todo es posible para Dios. Pero Dios no puede lo que es vergonzoso ni quiere lo que va contra naturaleza. No porque tú concibas un deseo abominable, según tu propia maldad, va Dios a poderlo y habrá que creer que te lo satisfará sin pérdida de tiempo. Porque Dios no es autor de un impulso pecaminoso ni de un desorden extraviado, sino de la recta y justa naturaleza. Al alma, sí, aún pudiera otorgarle una vida eterna; pero a los cadáver

—dice Heráclito— hay que echarlos de la casa antes que al estiércol”. La carne, en cambio, llena de cosas que no fuera ni decente nombrar, Dios no querrá ni podrá hacerla inmortal contra toda razón. Porque Él es la razón (*logos*) de todos los seres; luego nada puede obrar contra la razón y contra sí mismo”.

15. El fuego, instrumento o símbolo de purificación

Por aquí vemos, desde el comienzo, cómo toma en burla la conflagración del mundo, que profesan incluso algunos filósofos griegos nada desdeñables y, según él, al introducirla nosotros, hacemos de Dios una especie de cocinero. No vio Celso que, en opinión de algunos griegos (que acaso lo tomaron de la antiquísima nación hebrea), se aplica al mundo un fuego purificador; y es verosímil que se aplique también a todo el que necesita de castigo y, a la vez, de purificación por un fuego, que quema, pero no del todo, a quienes no tienen materia que necesite ser por él consumida; sí, en cambio, quema y abrasa a los que, en el edificio, figuradamente dicho, de sus acciones, palabras y pensamientos, emplearon como material de construcción *madera, hierba y paja* (1 Co 3,12). En cuanto a las Escrituras divinas, dicen que el Señor viene *como fuego de un crisol y como hierba de batanero* (Mt 3,2), a los que, por alguna mala mezcla, digámoslo así, de materia que viene de la maldad, necesitan como de fuego que derrita a los que están mezclados de bronce, estaño y plomo. Y esto lo puede saber, el que quisiere, por el profeta Ezequiel (22,18).

Pero también el profeta Isaías atestiguará que nosotros no afirmamos que Dios traiga el fuego como un cocinero, sino como quien quiere hacer un beneficio a quienes necesitan de castigo y fuego. Allí, efectivamente, está escrito como dicho a una nación pecadora: *Tienes carbones de fuego, siéntate sobre ellos; ellos serán tu ayuda* (Is 47,14). Notemos que, en su dispensación o economía, adaptándose a la muchedumbre de los que habían de leer la Escritura, dice el *logos*, sabiamente, con alguna oscuridad, las cosas tristes para infundir miedo a los que no es posible apartar de otro modo del torrente de sus pecados; sin embargo, el que atentamente lo observe, hallará, aun así, manifiesto el fin que tienen las cosas tristes y trabajosas en los que sufren. De momento, baste citar este texto de Isaías: *Por amor de mi nombre te mostraré mi furor y traeré sobre ti mi gloria, para no destruirte* (Is 48,9). Nos hemos visto forzados a alegar cosas que no van con creyentes sencillos y que necesitan de más sencilla dispensación de las palabras divinas, pues no queríamos dar la impresión de dejar sin rebatir la acusación de Celso cuando dice lo de

que “Dios trae el fuego como un cocinero”.

16. “Escudriñad las Escrituras”

Por lo dicho resulta ya patente para quienes saben leer con inteligencia, cómo haya que responder a lo otro que dice Celso, sobre que “todo el género humano quedará completamente asado y solo ellos sobrevivirán”. No sería de maravillarse que así lo entendieran los que, entre nosotros, son llamados por la palabra divina *lo necio del mundo, lo innoble, lo despreciado y que no tiene ser*, a los que plugo a Dios salvar por la necesidad de la predicación —a los que creen en Él—, ya que, en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios por la sabiduría (1 Co 1,27-28.21). Son gentes incapaces de penetrar el sentido de los pasajes, que no quieren tampoco dedicarse al estudio de la Escritura, por más que Jesús diga: *Escudriñad las Escrituras* (Jn 5,39). Así se explica que se imaginen eso sobre el fuego que Dios aplica y sobre lo que acontece a los que han pecado. Y acaso, como a los niños, hay que decirles cosas que convengan a su tierna edad, a fin de convertirlos, como niños realmente pequeños, a lo bueno; así, para quienes la palabra divina llamó necios del mundo e innobles y despreciados, acaso, decimos, ésa sea la interpretación más obvia de los castigos, pues no comprenden otra conversión que la del temor e imaginación de castigos, ni hay otro modo de apartarlos de sus muchas maldades. Ahora bien, la palabra divina dice que solo quedarán intactos del fuego y castigo aquellos que en sus doctrinas, en sus costumbres y en su mente hayan vivido con la mayor pureza; aquellos, en cambio, que no tengan esa pureza y necesiten, según sus méritos, pasar por la prueba del fuego y los castigos, en estos permanecerán hasta cierto término, tal como bien lo señala Dios a los que, creados a su imagen, vivieron contra lo que pedía una naturaleza hecha a esa imagen. Tal sea nuestra respuesta a eso de que “todo el género humano quedará totalmente asado y solo ellos sobrevivirán”.

17. Doctrina sobre la resurrección

Seguidamente, malentendiendo las sagradas letras o siguiendo a quienes las entendieron mal, dice que decimos que, “al tiempo que se aplique al mundo el fuego purificador, solo sobreviviremos nosotros, no solo los que entonces vivieren, sino los que antaño, en cualquier tiempo, hubieran muerto”. Celso no comprendió la misteriosa sabiduría con que se dice en el Apóstol de Jesús: *No todos nos dormiremos, pero todos nos transformaremos, en un momento, en un abrir y cerrar de*

ojos, al son de la última trompeta; pues sonará la trompeta y los muertos se levantarán incorruptibles y nosotros nos transformaremos (1 Co 15,51-52). Debiera haber comprendido qué quiso decir el que esto dice, como si él no estuviera muerto y, separándose a sí mismo y a los a él semejantes de los muertos, después de la frase: *Y los muertos resucitarán incorruptibles*, añadió: *Y nosotros nos transformaremos*. En confirmación de que algo así pensaba el Apóstol al escribir las palabras citadas, de la primera carta a los corintios, alegaremos también otro texto de la primera a los tesalonicenses, en que Pablo, teniéndose por vivo y vigilante y distinto de los que se durmieron, dice lo que sigue: *Porque con palabra del Señor os decimos que nosotros, los que vivimos, los que somos dejados hasta el advenimiento del Señor, no nos adelantaremos a los que se durmieron; porque el Señor bajará del cielo a una orden, a una voz de arcángel y al son de la trompeta...* Seguidamente, una vez más, distinguiendo a los muertos en Cristo de sí mismo y de los a él semejantes, termina diciendo: *Los muertos en Cristo resucitarán primero; luego nosotros, los que vivimos y somos dejados, seremos juntamente con ellos arrebatados en las nubes al encuentro del Señor en el aire* (1 Ts 4,14-17).

18. El grano que se siembra

Celso se burla a su sabor de la resurrección de la carne, predicada desde luego en las iglesias, pero entendida más a fondo por los más inteligentes; pero como ya hemos reproducido antes sus palabras (V 14), no hay por qué alegarlas aquí de nuevo. Vamos, pues, a exponer y demostrar unos pocos puntos mirando a la capacidad de los lectores, sobre este problema, teniendo en cuenta que escribimos una defensa contra un ajeno a la fe, por razón de los que son aún *niños pequeños, juguetes de las olas y traídos y llevados por todo viento de doctrina, por la maldad de los hombres, por la astucia para llevarlos a los caminos del error* (Ef 4,14). Ahora, pues, ni nosotros ni las letras divinas dicen que “los de antiguo muertos, salidos de la tierra, vivirán con sus propias carnes” sin que estas hayan experimentado una transformación en mejor. Y, al decir esto Celso, nos calumnia. Leemos, en efecto, muchos pasajes de las Escrituras que hablan de la resurrección de manera digna de Dios; pero, de momento, basta citar un texto de Pablo, de la primera carta a los corintios, que dice así: *Pero dirá alguno: ¿Cómo resucitarán los muertos y con qué cuerpo vendrán? ¡Necio! Lo que tú siembras no se vivifica si no muere. Y lo que siembras, no es el cuerpo*

que ha de nacer, sino un simple grano, por ejemplo, de trigo o semillas semejantes. Dios, en cambio, le da cuerpo como Él quiere y a cada semilla su propio cuerpo (1 Co 15,35-38). De ver es aquí, cómo no dice que se siembre el cuerpo que ha de nacer. No; aquí, en la semilla que se siembra y se arroja desnuda a la tierra, al dar Dios a cada una su propio cuerpo, viene a cumplirse una especie de resurrección: de la semilla arrojada sale en unos casos una espiga, en otros un árbol, como en la mostaza, u otro aún mayor, como en el olivo o algún otro árbol frutal.

19. La gloria de los cuerpos resucitados

Así, pues, Dios da a cada uno el cuerpo que quiere: como se lo da a lo que se siembra, así también a los que podemos decir son sembrados al morir y luego, en tiempo oportuno, recuperan, de lo sembrado, el cuerpo de que a cada uno reviste Dios según sus méritos. Leemos, en efecto, varios pasajes de la palabra divina que nos enseñan la diferencia entre lo que está como sembrado y lo que brota, como si dijéramos, de ello cuando dice: *Se siembra en corrupción, brota en incorrupción; se siembra en ignominia, brota en gloria; se siembra en flaqueza, brota en fuerza; se siembra un cuerpo animal, brota un cuerpo espiritual* (1 Co 15,42-44). Y el que sea capaz, comprenda lo que quiere decir el que dice: *Como el terreno, así también los terrenos; y como el celeste, así también los celestes. Y a la manera que llevamos la imagen del terreno, así llevamos también la del celeste* (1 Co 15, 48-49). Quería sin duda el Apóstol, ocultar lo que este tema tiene de misterioso y que no va con los sencillos, ni con los oídos vulgares de quienes son movidos a vivir bien por la mera fe; sin embargo, por que no malentendiéramos sus palabras, una vez que dijo: *Llevamos la imagen del celeste, se vio luego forzado a añadir: Ahora bien, hermanos, les digo que ni la carne ni la sangre pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción heredará la incorrupción* (1 Co 15, 50). Luego, como quien sabía que el tema encerraba algo misterioso y oculto y como convenía a quien dejaba a la posteridad sus palabras muy bien pensadas, añadió esta frase: *Mirad que os voy a decir un misterio* (1 Co 15, 51). Palabra que es costumbre añadir cuando se dice algo especialmente profundo y misterioso y que con razón se oculta al común de las gentes. Así se escribe en el libro de Tobías: *Bueno es tener oculto el secreto (o misterio) del rey; pero, mirando a lo que es glorioso y conveniente para la muchedumbre, bueno es revelar gloriosamente las obras de Dios cuando a la oportunidad se junta la verdad* (Tb 12,6.71).

Así, pues, nuestra esperanza no es propia de gusanos, ni echa de menos nuestra alma un cuerpo

podrido. No; si es cierto que, para moverse de un lugar a otro, necesita de un cuerpo, el alma que ha estudiado la sabiduría según aquello: *La boca del justo estudiará sabiduría* (Sal 36,30), comprende la diferencia entre la casa terrena, que se destruye, en que está la tienda y la tienda misma, en que gimen los justos, gravados, pues no quieren ser despojados de su tienda, sino sobrevestirse de ella, a fin de que, por este sobrevestirse, lo mortal sea absorbido por la vida (cf. 2 Co 5,1-4). Y es así que, por ser toda naturaleza corpórea corruptible, es menester que esta tienda corruptible se revista de incorruptibilidad; y la otra parte de ella, que es mortal y es capaz de la muerte, que acompaña al pecado, es menester se revista de inmortalidad. Y así, cuando lo corruptible se hubiere vestido de incorruptibilidad y lo mortal de inmortalidad, se cumplirá lo que de antiguo fue predicho por los profetas: se le arrebatará a la muerte la victoria (cf. 1 Co 15,53), por la que nos venció y sujetó a su imperio y se le arrancará el aguijón, por el que punza al alma que no está por dondequiera defendida y le inflige las heridas del pecado.

20. El Sócrates resucitado

He ahí expuesta, en lo que cabe, nuestra doctrina sobre la resurrección, solo parcialmente en este momento, pues en otras ocasiones hemos hablado ya sobre la resurrección y hemos examinado a fondo el tema; ahora importa refutar las argucias de Celso, que ni entendió nuestras Escrituras, ni fue capaz de juzgar que la mente de aquellos hombres sabios que las escribieron, no queda representada por quienes solo profesan la desnuda fe cristiana. Vamos, pues, a demostrar que hombres nada despreciables por su talento racional y por sus especulaciones dialécticas, dijeron cosas del todo absurdas; y si hay que hacer burla de razonamientos a ras de tierra y cuentos de viejas, de éstos hay que burlarse más bien que de lo nuestro. Dicen, pues, los estoicos que, periódicamente, se da una conflagración del universo y, después de ella, un nuevo orden sin variación alguna respecto de la precedente. Los que de entre ellos respetaron⁴ esa doctrina (cf. IV 67-68), dijeron que la diferencia de un período respecto de lo sucedido en el anterior sería muy pequeña y hasta mínima. Estos señores dicen que en el próximo período sucederá lo mismo. Así, Sócrates será otra vez hijo de Sofronisco y ateniense; y Fanereta, casándose con Sofronisco, lo dará otra vez a luz. Así, pues, aunque no emplean la palabra “resurrección”, en realidad afirman que Sócrates resuci-

4 Algunos estoicos posteriores la rechazaron; así Panecio (Diog. Laert., VII 142; Cic., *De nat. deor.* II 45,118; Diels, *Dox gr.* 469).

tará, empezando su existencia de las semillas de Sofronisco y se configurará completamente en el seno de Fanereta y, criado en Atenas, profesará la filosofía, como si otra vez resucitara la anterior filosofía y en nada se distinguiera de la presente. Y, del mismo modo, resucitarán Anito y Meleto, acusadores otra vez de Sócrates, a quien condenará el consejo del Areópago. Pero más ridículo es aún decir que Sócrates se vestirá de vestidos que no se distinguirán de los del anterior período y vivirá en la misma indistinguible pobreza y en la misma ciudad de Atenas.

Y Falaris será otra vez tirano y su toro de bronce, al ser condenados hombres indistinguibles respecto de los del anterior período, mugirá con la voz de los encerrados dentro. Y Alejandro de Peras será de nuevo tirano, con la misma crueldad que antes, y condenando a los mismos que antes condenara. Pero ¿a qué extenderme acerca de la doctrina que sobre este punto profesan los estoicos, doctrina, por cierto, de la que no se burla Celso? Acaso la tenga, antes bien, por cosa venerable, pues, en su opinión, “Zenón fue más sabio que Jesús”.

21. Pitagóricos y platónicos

En cuanto a los discípulos de Pitágoras y Platón, si bien, al parecer, mantienen la incorruptibilidad del mundo, vienen a la postre a parar en los mismos absurdos. Efectivamente, al tomar las estrellas, después de ciertos períodos determinados, las mismas configuraciones y posiciones entre sí, dicen ellos que todas las cosas de la tierra serán de la misma manera que cuando el mundo y las estrellas se hallaban en la misma figura de posición (Plat., *Tim.* 39d). De donde se seguirá forzosamente, según esta razón, que, al volver los astros, tras un largo período, a la misma posición entre sí que tenían en tiempo de Sócrates, de nuevo ha de nacer Sócrates de los mismos padres y ha de sucederle lo mismo: ser acusado por Anito y Meleto y condenado por el consejo del Areópago. Y los eruditos de entre los egipcios enseñan cosas semejantes y son gentes venerables y no objeto de risa por parte de Celso y sus congéneres; nosotros, en cambio, que decimos que gobierna Dios el universo según la manera de relacionarse con nuestro libre albedrío y que, en cuanto cabe, es dirigido a lo mejor; nosotros que reconocemos que cabe en nuestro libre albedrío lo que cabe (ya que no es capaz de la inmutabilidad absoluta de Dios), ¿no parece que digamos nada digno de consideración y examen?

22. Cristianos (de nombre) que niegan la resurrección

Sin embargo, nadie se imagine que, por hablar así, pertenecemos nosotros al número de aquellos que, llamándose cristianos, rechazan el dogma de la resurrección enseñado por las Escrituras. Ellos, en efecto, si quieren atenerse a su sentencia, no son en modo alguno capaces de explicar cómo de un grano de trigo o de cualquier otro resucita, digámoslo así, una espiga o un árbol; nosotros, en cambio, que estamos persuadidos de que lo sembrado no se vivifica si no muere y que no se siembra el cuerpo por nacer, pues Dios da a cada uno un cuerpo según Él quiere: se siembra en corrupción y Él lo resucita en incorrupción; se siembra en ignominia y Él lo resucita en gloria; se siembra en flaqueza y Él lo resucita en fuerza; se siembra cuerpo animal y Él lo resucita espiritual (1Co 15,36ss); nosotros, digo, mantenemos la mente de la Iglesia de Cristo y la grandeza de la promesa de Dios. Y demostramos la posibilidad de esa promesa, no por mera afirmación, sino también por razonamiento; pues sabemos que, aun cuando pasaren el cielo y la tierra y cuanto en ellos hay, no pasarán jamás las palabras, dichas sobre cada cosa, como partes que son de un todo o especies de un género, del que en el principio era Verbo de Dios y Dios Verbo (Jn 1,1). Queremos, en efecto, prestar oído al que dijo: *Los cielos y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán* (Mt 24,35).

23. Límites a la omnipotencia divina

Ahora bien, nosotros no afirmamos que el cuerpo corrompido vuelva a la naturaleza del principio, como tampoco que el grano de trigo que se corrompió, vuelva al primer grano de trigo. Lo que decimos es que, de la misma manera que del grano de trigo sale la espiga, así hay en el cuerpo una razón o principio (*logos*) que no se corrompe y del que resucita el cuerpo en corrupción. Los estoicos, sí, afirman que el cuerpo, después de corromperse totalmente, retorna a su naturaleza del principio, según su teoría del retorno periódico de las cosas indistinguibles y que recobrará otra vez aquella misma estructura primera de que se disolvió; teoría que ellos se imaginan demostrar por razones dialécticas convincentes.

Tampoco nos refugiamos en la más extravagante escapatoria, al decir que todo es posible para Dios. Sabemos, en efecto, que ese “todo” no puede referirse a lo que no puede subsistir ni a lo que no puede concebirse. Afirmamos también que Dios no puede hacer nada feo, pues sería un Dios que puede dejar de ser Dios. Si Dios, efectivamente, hace al feo, no es Dios (Eurip., *fragm.*292,

ed. Nauck). Pero ya que Celso sienta que Dios no quiere lo que va contra la naturaleza, distingamos ese dicho: Si por algo que va la contra naturaleza se entiende la maldad, también nosotros decimos que Dios no quiere lo que va contra la naturaleza, ya proceda de la maldad, ya de la sinrazón. Pero, si lo que sucede según el Logos de Dios y su designio se entiende forzosa e inmediatamente que no ha de ir contra naturaleza, nosotros afirmamos que lo por Dios hecho no va contra naturaleza, por prodigioso que sea o a algunos les parezca serlo. Pero, si nos vemos forzados a usar esta expresión, diremos que, respecto a lo que comúnmente se entiende por naturaleza, hay cosas que a veces hace Dios por encima de la naturaleza; así, levanta al hombre por encima de la naturaleza humana y lo transforma en naturaleza superior y más divina y en ese estado lo mantiene mientras él demuestre por sus obras que quiere ser mantenido.

24. No en todo impugnamos a Celso

Pero una vez que hemos concedido que Dios no quiere cosa que no convenga a su propio ser, pues ello destruiría su naturaleza divina, afirmaremos que, si el hombre, por su maldad, quiere algo abominable, eso no puede hacerlo Dios. Y es que no tratamos de impugnar todo lo que dice Celso, sino que lo examinamos con amor a la verdad y así no tenemos inconveniente en concederle que “Dios no es autor de un apetito inmoderado ni de un desorden y extravío, sino de la naturaleza recta y justa”, como autor que es de todo bien. Y confesamos también que “puede procurar al alma una vida eterna”, y no solo puede, sino que de hecho se la procura.

Después de lo anteriormente dicho, tampoco nos inquieta para nada la sentencia de Heráclito, que Celso cita, sobre que “los cadáveres hay que echarlos de casa más aprisa que la m.” (fragm.86, Diels). Sin embargo, también sobre esto se puede objetar que los excrementos deben realmente echarse fuera; no así los cadáveres de los hombres, por razón del alma que moró en ellos, más aún si fue virtuosa. Y es así que, según las leyes más humanas, se los entierra con los honores que en tales casos caben. Así no corremos el riesgo de ultrajar, en lo posible, al alma que lo habitó, arrojando el cuerpo humano, una vez que ella salió de él, como hacemos con los de las bestias (cf. IV 59). Demos, pues, que no quiera Dios, contra la razón, hacer inmortal al grano de trigo —en todo caso a la espiga que sale de él— ni a lo que se siembra en corrupción, sino a lo que resucita en incorrupción.

En fin, según Celso, “la razón (*logos*) de todo es Dios mismo”; según nosotros, el Hijo de Dios,

filosofando sobre el cual decimos: *En el principio era el Logos y el Logos estaba en Dios y el Logos era Dios* (Jn 1,1). Y también nosotros decimos que “Dios no puede hacer nada contra la razón (logos) ni contra sí mismo”.

25. Celso, tradicionalista extremo

Pues veamos el texto siguiente de Celso, que es de este tenor: “Ahora bien, los judíos, una vez hechos nación propia, se dieron leyes conforme a las costumbres de su tierra y todavía las guardan, lo mismo que su religión, que será lo que fuere, pero es en todo caso tradicional y en ello obran como el resto de los hombres. Porque todo el mundo venera sus costumbres tradicionales, como quiera se hayan establecido. Y esto parece ser lo que conviene, no solo porque a unos se les ocurrió pensar de un modo y a otros de otro y es menester guardar lo que ha sido establecido para el bien común, sino también porque, como es probable, las partes de la tierra han sido desde el principio repartidas entre diversos inspectores y distribuidas según ciertas autoridades y de esta manera se administran (cf. VIII 35.53.67). Y así, en cada nación, se hace rectamente lo que se hace de la manera que a aquellos inspectores es grato; y es impío transgredir lo que desde el principio está establecido en cada lugar”.

Aquí, como se ve, afirma Celso que los judíos, que antaño habrían sido egipcios (III 5ss), vinieron a ser luego un pueblo propio y se dieron leyes que todavía observan. Y, para no repetir las palabras citadas de Celso, dice que es conveniente que mantengan su religión tradicional, lo mismo que los otros pueblos que veneran sus tradiciones. Y aún añade una razón más profunda de por qué les conviene a los judíos venerar sus tradiciones, dando veladamente a entender que los inspectores, cooperando con los legisladores de la tierra que les tocó en suerte, pusieron las leyes de cada pueblo. Parece, pues, afirmar que uno o más de uno vigila sobre el país de los judíos y el pueblo que lo habita y por él o por ellos, cooperando con Moisés, fueron dadas las leyes de los judíos.

26. ¿Quién reparte la tierra a los inspectores?

“Y es menester”, dice, “mantener las leyes, no solo porque a unos se les ocurrió pensar de una manera y a otros de otra y hay que guardar lo que ha sido sancionado para el bien común, sino también porque, como es probable, las partes de la tierra fueron distribuidas desde el principio a

diversos inspectores y repartidas entre ciertas autoridades y así se administran”. Luego, como si se hubiera olvidado de todo lo que ha dicho contra los judíos, los envuelve ahora Celso en la alabanza general tributada a todos los que guardan sus costumbres tradicionales, diciendo: “Y así, en cada pueblo, se hace rectamente lo que se hace de la manera que a aquellos inspectores place”. Donde es de ver cómo, derechamente, en cuanto de él depende, desea que el judío viva de acuerdo con sus propias leyes y no apostate de ellas, pues no obraría religiosamente si apostalara. Dice, en efecto, “ser cosa impía abolir lo que en cada lugar se ha instituido desde el principio”. Personalmente, yo quisiera preguntarle a él o a los que piensan como él, quién fue en definitiva el que distribuyó desde el principio las partes de la tierra a estos o los otros inspectores. Y, claro está, la tierra de los judíos y los judíos mismos a quien o a quienes les cupieran en suerte. ¿Fue Zeus, como le gustaría nombrarlo a Celso, quien repartió el pueblo judío y su país a uno o varios inspectores y quiso que aquel a quien le cupo en suerte la Judea diera tales leyes a los judíos? ¿O se hizo eso contra la voluntad de Zeus? Como quiera que responda, se ve bien que el argumento le ha de poner en aprieto. Pero si las partes de la tierra no fueron distribuidas por uno solo a sus inspectores, se sigue que cada uno, al azar y sin superior alguno, se tomó la tierra que le cupo en suerte. Cosa esta absurda, que destruye, en no pequeña medida, la providencia del Dios sumo.

27. Contrariedad de leyes según los pueblos

Pero explíquenos el que quiera, cómo son administradas por sus inspectores las partes de la tierra distribuidas entre ciertas autoridades y aclárenos también cómo, en cada nación, se hacen rectamente las cosas si se hacen de la manera que place a sus inspectores. ¿Son rectas, por ejemplo, las leyes de los escitas que permiten matar a los padres y las de los persas que no prohíben el matrimonio de los hijos con sus madres, ni de los padres con sus hijas? Pero ¿qué necesidad hay de reunir ejemplos de los que se han ocupado de las leyes de los diferentes pueblos y seguir preguntando cómo, en cada pueblo, sean rectas las leyes que se da de la manera que place a los inspectores? Díganos Celso, cómo no sea cosa santa abolir leyes tradicionales sobre el casarse con madres e hijas, o que sea cosa bienhadada salir de la vida echándose un lazo al cuello, o que se purifican enteramente los que se arrojan al fuego y por medio del fuego salen de la vida y cómo

no sea santo acabar, por ejemplo, con las leyes vigentes entre los taurios sobre ofrecer a los extranjeros en sacrificio a Artemis, o las de algunos habitantes de Libia de inmolar los hijos a Crono.⁵ En cambio, es lógico, según Celso, que, para los judíos, no es cosa santa transgredir sus leyes tradicionales, que les mandan no dar culto a otro Dios fuera del Creador de todas las cosas.

Además, lo santo, según él, no lo sería por naturaleza, sino por convención y opinión; cosa santa sería, en efecto, para unos adorar al cocodrilo y comer algo de lo que otros adoran. Para unos es santo dar culto a un novillo, para otros tener, por dios a un macho cabrío. Así resultará que, respecto de unas leyes, la misma persona obrará santamente, e impiamente respecto de otras. Lo que es el colmo del absurdo.

28. Contra el relativismo de las virtudes

Pero es probable que nuestros adversarios respondan a esto, que quien guarda sus tradiciones es piadoso y no porque no observe también las de los otros es en manera alguna impío; y a la inversa, el que es tenido por impío por unos, para otros no lo es, con tal de que venere sus dioses tradicionales y por más que impugne y se coma los de quienes tienen leyes diferentes. Pero es de ver si no traerá esto una gran confusión sobre lo justo y piadoso y sobre la religión en general, que no se distinguirá ya de la irreligión, ni tendrá naturaleza propia, ni será capaz de caracterizar como piadosos a los que practican lo que atañe a la piedad. Ahora bien, si la religión, la santidad y la justicia entran en el número de las cosas relativas, de suerte que lo mismo pueda ser piadoso o impío según las disposiciones y las leyes, es de ver si no será también, consiguientemente, relativa la templanza, la fortaleza, la prudencia, la ciencia y demás virtudes. No podría darse absurdo mayor.

Lo dicho basta para quienes adopten una posición más sencilla y común ante las palabras citadas de Celso; creernos, sin embargo, que este escrito venga a parar también a manos de quienes son capaces de examinar las cosas más a fondo y ello nos mueve a aventurarnos a exponer algo más profundo, que lleva en sí alguna especulación mística y secreta sobre eso de que, desde el principio, los lugares de la tierra fueron repartidos entre inspectores o vigilantes varios. Y, en cuanto nos alcance, vamos a demostrar que nuestra doctrina está limpia de los absurdos que hemos

5 El tema de la variedad de leyes según los pueblos es muy decantado en la literatura. Heródoto (III 38) trae el caso que hallaremos más adelante en el mismo Orígenes (V 34), con el dicho de Píndaro de que la costumbre (*nomos*) es reina de todo.

enumerado.

29. La dispersión de las gentes

En verdad, me parece que Celso malentendió ciertas tradiciones misteriosas acerca del repartimiento de la tierra, que, hasta cierto punto, toca también la historia griega, cuándo presenta algunos de los supuestos dioses que se disputan entre sí el Ática y de esos mismos llamados dioses nos dicen los poetas que, por confesión de ellos, unos lugares les son más queridos que otros. Y la misma historia entre los bárbaros, señaladamente los egipcios, nos ofrece cosas semejantes, al hablarnos de los que en Egipto se llaman *nomos*. Así, Atena, a quien le cupo en suerte Saia, es la misma que posee el Ática (Herod., II 62; Plat., *Tim.* 21e). Los sabios egipcios dirán cosas innúmeras sobre el particular; lo que no sé es si incluyen también a los judíos y su tierra en esta distribución. Pero basta por el momento sobre lo que se dice fuera de la palabra divina.

Por nuestra parte, afirmamos que Moisés, a quien tenemos por profeta de Dios y verdadero siervo suyo, en el cántico del Deuteronomio expone la división de los habitantes de la tierra diciendo: *Cuando el Altísimo dividió las naciones, cuando dispersó a los hijos de Adán, fijó los lindes de las naciones según el número de los ángeles de Dios. Y fue porción del Señor su pueblo de Jacob, cuerda de su herencia Israel* (Dt 32,8-9). Y sobre la distribución o dispersión de los pueblos, en el libro titulado Génesis, dice en estilo histórico el mismo Moisés: *Y toda la tierra era un solo labio y todos tenían un solo lenguaje. Y aconteció que, viniendo de oriente, hallaron una llanada en tierra de Sennaar y allí se asentaron. Y poco después: Bajó, dice, el Señor a ver la ciudad y la torre que edificaban los hijos de Adán y dijo el Señor: He aquí que son una sola raza y todos tienen un solo lenguaje. Han comenzado a hacer esto y no desistirán hasta llevar a cabo todo lo que desean. Ea, bajemos y confundamos allí su lengua, para que el vecino no entienda a su vecino. Y el Señor los dispersó a todos de allí sobre la faz de toda la tierra y desistieron de construir la ciudad y la torre. Por eso se llamó la ciudad Babel, porque allí confundió el Señor Dios las lenguas de toda la tierra y de allí los dispersó el Señor Dios sobre la faz de toda la tierra* (Gn 11,1-2; 5-9). Y en la que se titula Sabiduría de Salomón, se dice acerca de la sabiduría y los que presenciaron la confusión de las lenguas en que tuvo lugar la división de los pueblos, lo que sigue, obra de la sabiduría: *Esta, cuando fueron confundidas las naciones acordes en su maldad, conoció al justo y lo guardó irreprochable para Dios y lo conservó fuerte, no obstante las entrañas*

para con su hijo (Sb 10,5).

Muchas y misteriosas cosas habría que decir sobre este punto, al que cae bien el texto: *Bueno es ocultar el secreto del rey* (Tb 12,7), y no queremos echar a cualesquiera oídos la doctrina acerca de las almas que entran en el cuerpo (aunque no por transmigración), ni dar lo santo a los perros, ni arrojar las piedras preciosas a los cerdos (Mt 7,6). Impío fuera tal modo de obrar, que supondría una traición de los oráculos secretos de la sabiduría de Dios, de la que bellamente está escrito: *La sabiduría no entrará en el alma que maquina el mal, ni habitará en cuerpo sometido al pecado* (Sb 1,4). Basta haber expuesto, en forma histórica, lo que, al estilo de la historia, fue ocultamente dicho, para que quienes sean de ello capaces se elaboren para sí mismos lo que el tema encierra.

30. Explicación alegórica

Entiéndase, pues, que todos los moradores de la tierra se valen de una sola lengua y que, mientras se mantienen en mutua armonía, se mantienen en la lengua divina; y supongamos que no se mueven del oriente mientras piensan en la luz y en el resplandor que viene de la luz eterna (Sb 7,26). Pero estos mismos, una vez que se mueven del oriente, por pensar cosas ajenas al oriente, encuentran una llanura en la tierra de Sennaar (que significa “pérdida de los dientes”, como símbolo de que perdieron lo que los alimentaba) y allí se asientan. Luego, queriendo juntar lo material y pegar con el cielo lo que por su naturaleza no puede pegarse, con intento de impugnar con lo material lo inmaterial, dice: *Venid, fabriquemos ladrillos y cozámoslos al fuego* (Gn 11,3). Afirieron, pues, y endurecieron el material de barro y quisieron hacer del ladrillo piedra y del barro asfalto y con ello construir una ciudad y una torre que, a lo que ellos se imaginaban, tocaría con su cabeza al cielo —un símbolo de las alturas que se levantan contra el conocimiento de Dios (2 Co 10,5)—. Ahora, cada uno de ellos, en proporción a su alejamiento de oriente, que fue de más o menos trecho y en proporción de la producción de ladrillos para piedras y de barro para asfalto y de lo que así construyeron, es entregado a ángeles más o menos duros y de un carácter y otro, hasta que paguen la pena de lo que pecaron. Estos ángeles conducen a cada uno de los que se hicieron lengua propia a las partes de la tierra que se merecen, a unos a una región, digamos, cálida; a otros, a la que por su frío castiga a sus habitantes; a unos, a tierra difícilísima de cultivar; a otros, a otra que no lo es tanto; a unos, a región llena de fieras; a otros, a donde abundan menos.

31. Los destinos del pueblo de Dios

Luego, el que sea capaz de ello, como en tema histórico al cabo, que contiene de suyo algo verdadero, pero que alude, a la par, a algo misterioso, mire cómo los que desde el principio guardaron su lengua por no haberse movido de oriente, permanecen en oriente y en su lengua oriental; y entienda cómo estos solos vinieron a ser porción del Señor y pueblo suyo que se llama Jacob y parte de su herencia Israel (Dt 32,9), y estos solos son gobernados por el que los gobierna sin miras al castigo de los que están bajo su autoridad, como miran los otros. Y vea el que pueda, en cuanto cabe en lo humano, cómo en la sociedad de estos que fueron ordenados para porción especial del Señor, se dieron pecados, primero tolerables y tales que no merecían ser de todo en todo abandonados por ellos; luego, más en número, pero todavía tolerables. Y, considerando cómo esto sucede durante más tiempo, y siempre se pone remedio y a intervalos se convierten, mire cómo son abandonados, en proporción de sus pecados, a los que obtuvieron las otras regiones y cómo, primero, castigados suavemente y sufriendo una pena como para ser educados, se tornaron de nuevo a lo propio; mire luego cómo son entregados a señores más duros, como los llamarían las Escrituras, a los asirios primero y luego a los babilonios; después, a pesar de los medios puestos, mire cómo no por eso dejan de multiplicar sus pecados y son por ello dispersados por quienes los arrebataron entre las otras partes bajo los señores de los demás pueblos. Y el que manda sobre ellos, consiente adrede que sean arrebatados por los señores de los otros pueblos, a fin de que él mismo, con toda razón, como quien toma venganza, se arrogue el poder de sacar de entre los otros pueblos a los que pueda y de hecho los saque y les dé leyes y les trace la vida por la que han de vivir, y los conduzca al fin a que condujo a los que no pecaron del pueblo primero.

32. Jesús, el Señor más poderoso

Y por aquí aprendan, los que son capaces de mirar estas cosas, que es mucho más poderoso que los demás Aquel a quien cupieron en suerte los que primero no pecaron, pues Él pudo escogerse los que quiso de la parte de todos, apartarlos de quienes los recibieron para castigo y darles leyes y normas de vida propias para olvidar lo que anteriormente pecaran. Pero, como ya advertimos, hemos de decir estas cosas con cierta oscuridad, pues tratamos de establecer la verdad contra la mala inteligencia de los que dijeron que, “desde el principio, las partes de la tierra fueron distri-

buidas entre distintos inspectores o vigilantes, repartidas según ciertas autoridades y así se administran”. De ellos tomó también Celso las palabras citadas.

Sin embargo, como quiera que los que se movieron de oriente fueron entregados, por lo que pecaron, a un sentir reprobado, a pasiones de ignominia y a la impureza en los deseos de sus corazones (Rm 1,28.26.24), a fin de que, hartos del pecado, lo vinieran a aborrecer, no asentiremos a la opinión de Celso, según el cual se hace rectamente lo que se hace en cada pueblo por razón de los inspectores repartidos por las partes de la tierra. No, nosotros no queremos hacer lo que mandan de la manera que a ellos place; porque vemos que es cosa santa abolir lo que desde el principio fue instituido según los varios lugares y sustituirlo por leyes mejores y más divinas que promulgó, como más poderoso, aquel Jesús que nos liberó del presente siglo malo y de los príncipes de este siglo que son destruidos (Ga 1,4; 1 Co 2,6); impío fuera, por el contrario, no someterse al que se mostró y demostró más puro y santo que todos los otros señores; a Él dijo Dios, como predijeron los profetas muchas generaciones antes: *Pídeme y he de darte las naciones por herencia, por posesión los lindes de la tierra* (Sal 2,8). Él fue la expectación de los que creíamos de entre las naciones, en Él y en su Padre, Dios supremo.

33. De dónde vienen los cristianos

Lo dicho no solo va contra lo que se afirma sobre los inspectores, sino que, en cierto sentido, anticipa la respuesta a otras afirmaciones que sienta Celso contra nosotros, diciendo: “Pase ahora el otro coro y les preguntaré de dónde vienen o a quién tienen por autor de sus leyes tradicionales. No mencionarán a nadie, pues también ellos salieron de allí (del judaísmo) y no de alguna otra parte traen a su maestro y director de coro. Y, sin embargo, apostataron de los judíos” (cf. III 5). Cuando nuestro Jesús vino al mundo, *venimos al monte manifiesto del Señor*, a la Palabra que está por encima de toda palabra y a la casa de Dios, que es la Iglesia del Dios vivo, *columna y fundamento de la verdad* (1 Tm 3,15). Y vemos cómo esa casa se edifica sobre la cima de los montes, sobre todas las palabras de los profetas, que son sus fundamentos. Y se levanta por sobre todos los collados, que son los que entre los hombres prometen algo excelente en sabiduría y verdad. Y a ella acudimos todas las naciones y caminamos muchos pueblos y unos a otros decimos, exhortándonos a abrazar la religión que, en los últimos días, ha brillado por obra de Jesucristo: *Venid y subamos al monte del Señor y a la casa del Dios de Jacob y Él nos anunciará su camino y por este*

andaremos (Is 2,2-3). Porque de los de Sión salió una ley espiritual y pasó a nosotros. Pero también la palabra del Señor salió de aquella Jerusalén para propagarse por dondequiera y juzgar en medio de las naciones, escogiéndose a los que ve dóciles y arguyendo al pueblo incrédulo, que es mucho (Is 2,3-4).

Así, pues, a los que nos preguntan de dónde venimos y a quién tenemos por fundador, les respondemos que, siguiendo los consejos de Jesús, venimos a romper para arados nuestras espadas espirituales, aptas para la guerra y el agravio y a transformar en hoces las lanzas con que antes combatíamos. Y es así que ya no tomamos la espada contra pueblo alguno, ni aprendemos el arte de la guerra, pues por Jesús nos hemos hechos hijos de la paz —por Jesús, que es nuestro guía (Hch 3,15; 5,31; Hb 2,10; 12,2) o autor de nuestra salud, en lugar de las tradiciones en que éramos *extraños a las alianzas* (Ef 2,12)—. Ahora que hemos recibido una ley, por la que damos gracias a Dios que nos ha librado del error, decimos: *Simulacros mentirosos poseyeron nuestros padres y no hay entre ellos quien dé lluvia* (Jr 16,19; 14,22). Así, pues, “nuestro corifeo y maestro”, que salió de los judíos, ocupa la tierra entera por la palabra de su enseñanza.

Así nos hemos adelantado a refutar, según nuestras fuerzas, estas palabras de Celso, que siguen a un texto más amplio, juntándolas a palabras suyas citadas.

34. La ley (o costumbre), reina de todas las cosas

Pero para no omitir lo que entre uno y otro texto dice Celso, pongámoslo también aquí: “Podemos en confirmación de esta doctrina alegar el testimonio de Heródoto, que dice así: “Los de las ciudades de Merca y de Apis, que habitan en los confines de Libia, creyendo que eran libios y no egipcios y sintiéndose molestos por las prescripciones de la religión egipcia, pues ellos querían que no se les prohibiera comer carne de vaca, enviaron una embajada al oráculo de Ammón, alegando que nada tenían ellos que ver con los egipcios. Daban por razón que habitaban fuera del Delta, que no profesaban sus mismas creencias y querían, por ende, que se les permitiera comer de todo sin distinción. Pero el dios no les permitió hacer eso, diciendo que Egipto era toda la tierra que el Nilo riega al desbordarse y de Egipto son todos aquellos que, de Elefantina abajo, beben las aguas de este río” (Herod., 2,18). Esto cuenta Heródoto y Ammón no vale menos para anunciar oráculos divinos que los ángeles de los judíos; de ahí que nada tenga de malo que cada uno guarde religiosamente sus propias costumbres. A decir verdad, grandes diferencias hallaremos en cada

pueblo; y, sin embargo, cada uno cree que lo suyo es lo mejor. Los etíopes que habitan Meroe solo dan culto a Zeus y a Dioniso; los árabes, solo a Urania y a Dioniso; los egipcios todos, a Osiris y a Isis, pero los saitas a Atena; los naucratitas no hace mucho que invocan a Serapis y los demás a otros, según sus leyes. Y unos se abstienen de las ovejas, por considerarlas sagradas; otros, de las cabras; otros, de los cocodrilos; otros, de las vacas; de los cerdos, con horror. Para los escitas es cosa buena comerse a los hombres. De entre los indios hay quienes, al comerse a sus padres, creen hacer una piadosa obra. Y dice en algún pasaje el mismo Heródoto; para más fidelidad citaré sus mismas palabras. Cuenta así: “Si se propusiera a todos los hombres escoger las mejores leyes de entre todas las leyes, después de mirarlo bien, cada uno escogería como aventajadamente mejores las suyas propias. No se concibe, pues, que nadie, si no está loco, haga objeto de burla cosas semejantes. Y que así piensen los hombres acerca de sus propias costumbres o leyes, pudiera confirmarse con mil otros ejemplos y entre ellos este: Darío, durante su reinado, llamó una vez a unos griegos que estaban con él y les preguntó a qué precio querrían comerse a sus padres cuando mueren. Ellos le respondieron que por nada del mundo harían cosa semejante. Luego llamó Darío a una clase de indios llamados calaítas, que se comen a sus padres y, en presencia de los griegos y un intérprete a su disposición, preguntó a los indios por qué precio se decidirían a quemar a sus padres al morir. Ellos levantaron el grito y rogaron al rey que no dijera impiedades. Tal es la fuerza de las instituciones y a mi parecer tiene razón Píndaro cuando dice que la costumbre es la reina de todo (Herod., III 38; PIND., fragm.109, ed. Schröder).

35. Los cristianos pueden proceder con la misma libertad que los filósofos

Por todos estos rodeos, parecele a Celso encaminarse la razón a que todos los hombres vivan según sus costumbres tradicionales y que no puede reprendérselos por ello; los cristianos, en cambio, que abandonaron sus tradiciones y que no se han constituido en un solo pueblo como los judíos, merecen reproche por haberse adherido a la doctrina de Jesús. Díganos, pues, si los que profesan la filosofía y aprenden a despreciar la superstición harán bien en abandonar las costumbres tradicionales y comer de lo que está prohibido en sus patrias, o no obrarán en eso convenientemente. Ahora bien, si por razón de la filosofía y lo que ella enseña contra la superstición, pueden los filósofos dejar sus tradiciones patrias y comer de lo que les está prohibido por tradición, ¿por qué no obrarán irreprochablemente los cristianos haciendo lo que hacen los filósofos, dado que su

razón los convence para que no hagan caso excesivo de estatuas y templos, ni siquiera de las criaturas de Dios, sino que se levanten por encima de ellas y consagren su alma al Creador? Pero si Celso y los que opinan como él se aferran, para sostener la tesis sentada, en que también el que profesa la filosofía ha de observar las costumbres patrias, habrá que ver la ridiculez, por ejemplo, de los filósofos egipcios, con sus escrúpulos de comer cebollas o de abstenerse de ciertas partes del cuerpo, como la cabeza y el hombro, para no violar las tradiciones de sus mayores. Y no digamos de los egipcios que tiemblan de las flatulencias del cuerpo;⁶ si a uno de éstos le da por hacerse filósofo y quiere guardar las costumbres patrias, será ridículo filósofo haciendo cosas que no dicen con un filósofo. Así también, aquel que por el Logos ha sido llevado a adorar al Dios del universo y por razón de sus tradiciones paternas se queda por bajo de imágenes y estatuas humanas y no quiere levantar su espíritu al Creador, ese tal se asemejaría a los que profesan la filosofía y temen, sin embargo, lo que no es de temer y tienen por impiedad comer de ciertos alimentos.

36. ¿Por qué no comer carne de vaca?

¿Y quién es ese Ammón de Heródoto, cuyas palabras cita Celso para probar, según cree, que cada uno ha de observar sus tradiciones? El hecho es que el Ammón de ellos no permite a los habitantes de la ciudad de Merea y Apis, colindante con la Libia, que miren con indiferencia el uso de las vacas; cosa que no solo es, por naturaleza, indiferente, sino que tampoco impide a nadie que sea bueno y noble. Si su Ammón les prohibiera comer vaca por tratarse de un animal útil para la agricultura y, además, porque la raza se propaga señaladamente por las hembras, la cosa tendría acaso sus visos de razón; pero no, quiere simplemente que guarden las leyes de los egipcios acerca de las vacas por el mero hecho de beber del Nilo. Y, como epílogo, se mofa Celso de los ángeles de los judíos, que traen las órdenes de Dios y dice “no ser peor Ammón para anunciar las cosas divinas que los ángeles de los judíos”. Pero no se detuvo a examinar lo que quieren decir las palabras y apariciones de los mismos. En otro caso hubiera visto que Dios no se cuida de los bueyes (1 Co 9,9), aun cuando parece dar leyes acerca de ellos o de otros irracionales. Todo está escrito por razón de los hombres y, bajo la apariencia de animales irracionales, contienen alguna verdad

6 Sobre estos edificantes rasgos de la religión de Egipto, he aquí dos Textos cristianos: Min., Fel, XXVIII 9: “Idem Aegyptii cum plerisque vobis non magis Isidem quam cepanim acrimonias metuunt, nec Serapidem magis quam strepitus per pudenda corporis expressos contremescunt”; Hieron., Comm. in Is. XIII 43 (PL 24.467A): ut taceam de formidoloso et horribili cepe et crepitu ventris inflati, quae Pelusiaca religio est*. Una rápida alusión hay también en Theoph., Ad Autol. 1,10 (cf. mis Apologistas griegos del siglo II [BAC 1954] p.777).

natural. Como quiera que sea, Celso afirma que quien religiosamente observa sus costumbres patrias no comete iniquidad alguna; de donde se seguiría, según él, que nada malo hacen los escitas cuando, siguiendo sus costumbres patrias, se comen a los hombres. Y, por el mismo caso, aquellos indios que se comen a sus padres piensan hacer, según Celso, la cosa más santa del mundo o, por lo menos, algo que nada tiene de inicuo. Por lo menos cita un texto de Heródoto que aboga por que cada uno guarde —y así obrará convenientemente— sus leyes tradicionales; y todo hace pensar que da la razón a los indios calaítas del tiempo de Darío, que se comían a sus padres, aquellos que, preguntados por Darío a qué precio estarían dispuestos a dejar tal costumbre, lanzaron un gran grito y le mandaron callar.

37. La ley natural y la ley escrita

Hay, pues, que considerar, hablando en general, dos leyes: una, la ley de la naturaleza, cuyo autor sería Dios; y otra, la ley escrita que rige en los estados; y cuando la ley escrita no está en pugna con la ley de Dios, está bien que los ciudadanos no la abandonen so pretexto de seguir leyes extrañas.⁷ Pero si la ley de la naturaleza, es decir, la ley de Dios ordena algo contra la ley escrita, es de ver si la razón no convence de que debe decirse adiós a las leyes escritas y a la voluntad de los legisladores y acatar a Dios legislador y resolverse a vivir según su Logos, así haya que soportar para ello peligros, trabajos sin cuento, la muerte y la ignominia. Absurdo fuera, en efecto, que, en el caso de contradecirse lo que agrada a Dios y lo que ordena alguna ley de las ciudades, de ser imposible agradar a Dios y a los que tales leyes estatuyen, absurdo, digo, fuera despreciar acciones por las que se agrada al creador del universo y abrazar aquellas por las que se desagradan a Dios y se satisface a leyes que no son leyes y a los amigos de ellas.

Ahora bien, si en cualquier punto es razonable preferir la ley de la naturaleza, que es ley de Dios, sobre la ley escrita dada por los hombres contraviniendo a la ley de Dios, ¿no estará bien hacer eso, con más razón, en las leyes sobre Dios mismo? Así, ni adoraremos por dioses únicos a Zeus y Dioniso, como place a los etíopes que habitan en torno a Meroe, ni honraremos en absoluto, a la manera etiópica, a los dioses etiópicos. Ni tendremos para nada por dioses aquellos en que se glorifica lo masculino y femenino, a la manera de los árabes que adoran a Urania como femenina

⁷ La antítesis entre ley natural y escrita era un lugar común estoico (cf. VIH 26i *Sloic. vet. fragm.* III 314-26; Oc. *De leg.* 1,15.42-43; Plat., Og. 793a). Como es bien sabido, el conflicto de la *Antígona* de Sófocles radicó en la contradicción entre la ley escrita y la ley no-escrita.

y a Dioniso como masculino (cf. Herod., III 8); ni tampoco, como el común de los egipcios, tendremos por dioses a Osiris e Isis, ni a estos juntaremos a Atena, según les parece a los saítas. En cuanto a los naucratitas, a los más viejos les pareció bien dar culto a otros dioses; los modernos, en cambio, hace, como quien dice, unos días que han empezado a adorar a Serapis, que jamás había sido dios. Pero no por eso vamos a decir también nosotros que es dios un dios nuevo que no lo fue jamás antes, ni como a tal lo conocieron los hombres. Y es así que el mismo Hijo de Dios, *primogénito que es de toda la creación* (Col 1,15), si es cierto que le plugo encarnarse recientemente, pero no por eso es nuevo; pues las palabras divinas saben de Él que es más viejo que todas las criaturas y que a Él le dijo Dios al crear al hombre: *Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra* (Gn 1,26; cf. supra II 9).

38. ¿Valdría la pena morir por una costumbre patria?

Pero quiero demostrar que Celso no tiene razón en afirmar que cada uno ha de seguir la religión de su familia y patria. Dice él que los etíopes que habitan junto a Meroe solo conocen dos dioses, que son Zeus y Dioniso y solo a estos dan culto; los árabes también tienen otros dos dioses; a Dioniso, como los etíopes y a Urania, que es peculiar de ellos. Según referencia de Celso, ni los etíopes dan culto a Urania ni los árabes a Zeus. Ahora bien, si un etíope, por cualquier circunstancia, viene a parar entre los árabes y es tenido por impío por no dar culto a Urania y por ello corre peligro de muerte, ¿tendrá el etíope que morir antes que hacer nada contra la costumbre de su patria y adorar a Urania? Si tiene que obrar contra sus costumbres tradicionales, no obrará, según los argumentos de Celso, santa o piadosamente; y si se lo conduce a la muerte, demuéstrenos Celso que hay razón para aceptar la muerte. Yo no sé si los etíopes tienen una doctrina que les enseñe a filosofar acerca de la inmortalidad del alma y de la recompensa por su religión si dan culto conforme a sus costumbres tradicionales a los supuestos dioses. Y lo mismo cabe decir de los árabes que, por cualquier circunstancia, vinieran a vivir entre los etíopes de Meroe. Enseñados a dar culto solamente a Urania y Dioniso, estos árabes no adorarán al Zeus de los etíopes; y, si son tenidos por impíos y conducidos a la muerte, díganos Celso qué harán razonablemente.

En cuanto a Osiris e Isis, superfluo y fuera de razón me parece trazar aquí una lista de sus mitos. Y si estos mitos se interpretan tropológicamente, nos enseñarán en definitiva a adorar el agua, sin alma y la tierra, que pisan hombres y animales. Porque así transforman, según creo, a

Osiris en agua y a Isis en tierra. De Serapis se cuenta una historia múltiple y diversa y es dios que apareció ayer o anteayer por ciertas artes mágicas de Ptolomeo, que quería mostrar a los alejandrinos una especie de dios visible y tangible. En el pitagórico Numenio hemos leído acerca de su fabricación que participa de la sustancia de todos los animales y plantas que suministra la naturaleza; y así parece que, aparte de iniciaciones impías y magias evocadoras de demonios, no se fabrica el dios solamente por obra de escultores, sino también por magos y hechiceros y por los demonios evocados por sus encantamientos.⁸

39. No merecen culto animales que nos devoran

Es, pues, menester inquirir qué haya de comer o no comer conforme a su naturaleza un ser vivo, racional y manso, que obra en todo según la razón y no dar culto, al azar, a ovejas, cabras o vacas. Abstenerse de estos animales puede ser cosa razonable, pues de ellos sacan los hombres mucho provecho; pero tener consideración a los cocodrilos y pensar que están consagrados a no sabemos qué dios mitológico, ¿no será la más grande de las necedades? De gentes muy estúpidas es, efectivamente, tener consideración a animales que no nos la tienen a nosotros y rodear de solicitud a los que se dan un banquete a nuestra costa. Y, sin embargo, le placen a Celso los que, siguiendo costumbres tradicionales, dan culto y solícitamente cuidan a los cocodrilos y ni una sola palabra ha escrito contra ellos. Los cristianos, en cambio, le parecen reprensibles, porque se les enseña a abominar la maldad, a apartarse de las obras que proceden de ella y a dar culto y honrar a la virtud, como engendrada por Dios e hija de Dios. Porque no hay que pensar que, por ser femenino el nombre de la sabiduría y la justicia, lo son también en su sustancia estas virtudes, que,

8 De Serapis cuenta Tácito (*Hist.* 1.4) dos milagros en que interviene Vespasiano: “En aquellos meses que Vespasiano se entretuvo en Alejandría esperando a que la mar se sosegase y soplasen los vientos del estío, sucedieron muchos milagros, que testificaron el favor de los cielos y una cierta buena inclinación de los dioses para con él. Un hombre de la plebe alejandrina, harto conocido por su ceguera, arrodillándosele delante y pidiendo con grandes llantos y gemidos remedio a su trabajo, afirmando ser aquella la voluntad del dios Serapis, a quien tiene en gran veneración aquella gente supersticiosa, suplicaba con gran instancia al príncipe que se dignase de mojarle con la saliva de su boca los parpados y niñas de los ojos. Otro, manco de una mano, alegando el mandamiento del mismo dios, pedía el ser pisado con la planta del pie de Cesar. Se reía al principio Vespasiano, haciendo gran burla de semejantes pretensiones; pero instando ellos siempre, comenzó unas veces a temer la fama de ser tenido por hombre que se creía de ligero, otras a entrar en esperanza y fuerza de los ruegos y adulaciones de los circunstantes. Finalmente, manda a los médicos que consulten sobre si aquella ceguera y manquedad se podían curar por medios humanos. Discurrieron variamente los médicos, y resolvieron que, no habiéndosele apagado al ciego totalmente la virtud visiva, si le quitaban los impedimentos, era posible restituírle la vista y que al manco, habiéndosele encogido los nervios, con aplicarle medicamentos saludables, podía también recobrar salud; añadiendo que, por ventura, era aquello voluntad de los dioses y que tenían ya escogido al príncipe para aquel divino ministerio, en el cual, si la salud tenía efecto, sería de Cesar la gloria, y no teniéndole, de aquellos miserables el escarnio. Con esto Vespasiano, prometiéndose aquello y mucho más de su buena fortuna y no teniendo ya en orden a ella cosa alguna por imposible, con rostro alegre, en presencia de gran multitud de pueblo que estaba presente, ejecuta el mandamiento que refería ser de los dioses. Se le restituyó con esto al manco el uso de su brazo y al ciego, la luz del día. Cuentan hoy entrambas cosas los que se hallaron presentes, no teniendo para que esperar premio alguno de la mentira”. Seguidamente relata Tácito una visión de Vespasiano y el origen del dios Serapis (versión de A. Carlos Coloma, ed. Aguilar, Madrid s.a.).

según nuestra creencia, se identifican con el Hijo de Dios, como nos lo demostró su discípulo genuino, que dice sobre el mismo: *El cual se hizo para nosotros, de parte de Dios, sabiduría, justicia y santificación y redención* (1 Co 1,30).⁹ Y aun cuando lo llamemos segundo Dios,¹⁰ sepan que por segundo Dios no entendemos otra cosa que una virtud que comprende en sí todas las virtudes y una razón (*logos*) que comprende en sí toda otra cualquier razón de lo que sucede según naturaleza y, principalmente, para bien del universo. Y esta razón o *logos* afirmamos haberse unido e identificado, en medida superior a todas las almas, con el alma de Jesús, el único que pudo alcanzar de manera perfecta la participación del *logos* en sí, de la sabiduría en sí y de la justicia en sí.

40. Puntualizando a Píndaro

Pero, como quiera que Celso, ya que ha hablado de las diferentes leyes, añade: “Me parece que Píndaro tuvo razón al afirmar que la ley (o costumbre) es reina de todos”, vamos también a discutir este punto. ¿Qué ley dices, amigo, ser reina de todos? Si te refieres a las de las ciudades, eso es falso, pues no todos están regidos por la misma ley; y entonces habría que haber dicho que las leyes son reinas de todos, pues en cada pueblo hay una ley que es reina de todos. Pero si te refieres a la ley propiamente dicha, esta es por naturaleza la reina de todos, por más que algunos, al estilo de los bandidos, se aparten de las leyes y vivan como salteadores y criminales. Ahora bien, los cristianos, que hemos conocido la ley que, por naturaleza, es reina de todos, que es la misma ley de Dios, conforme a ella procuramos vivir, dando un total adiós a las leyes que no son leyes.

41. Gran charla anti judía de Celso

Pues veamos lo que dice seguidamente Celso, siquiera muy poco se refiera a los cristianos y la mayor parte a los judíos. Dice, pues: “Pues bien, si, conforme a esto, honran los judíos su propia ley, nada hay que reprocharles en ello, sino más bien a los que abandonan la suya propia y aceptan seguir la de los judíos. Pero si se enorgullecen como poseedores de una ciencia superior y se apartan del trato de los otros por no igualárseles en pureza, ya han oído que ni lo que sobre el cielo

9 Sin embargo, disuena a oídos españoles llamar a la virtud “Hijo de Dios”. La terminación en *a*, digan lo que quieran las “catedráticos”, es signo de femenino en buen castellano. ¡Jamás se dijo en nuestra lengua la “maestro”! La Virgen, *abogada nuestra*, abogue por que entren en razón (!si es posible!) las que, después de ponerse a sí mismas pantalones, se los quieren poner también a la gramática.

10 Sobre el Logos como segundo Dios, cf. VI 61; VII 57. Es sabido que Orígenes tiende al subordinacionismo.

creen es dogma propio suyo, sino que, para omitir todo otro ejemplo, lo profesan muy de antiguo los persas, como lo manifiesta en algún pasaje Heródoto. “Porque tienen —dice— por ley subirse a los más altos montes para ofrecer sacrificios a Zeus y llaman así a todo el ciclo del cielo (Herod., I 131). Porque lo mismo da que a Zeus se le llame Altísimo, o Zen, o Adonai, o Sabaoth, o Amón, como los egipcios, o Papeo, como los escitas.¹¹ Y tampoco van a ser más santos que los demás por el hecho de que se circunciden, pues en eso se les adelantaron los egipcios y los colcos (Herod., II 104); ni porque se abstengan de comer cerdo, pues tampoco los egipcios lo comen y, por añadidura, se abstienen de cabras, ovejas, vacas y peces; Pitágoras y sus discípulos, de las habas y de todo lo animado.¹² Y, en fin, no es probable que tengan particular crédito delante de Dios ni sean de él amados con preferencia a los otros por el hecho de haberles caído en suerte una tierra que fuera como el lugar de los bienaventurados para mandarles a ellos solos sus mensajeros, pues a la vista tenemos qué suerte han corrido ellos y su tierra. Salga, pues, de la escena este coro de mi comedia, que ya lleva su castigo por su arrogancia, gente que no conocen al Dios grande, sino que se dejó seducir y engañar por la magia de Moisés, que de él aprendió para malos fines” (cf. I 23).

42. La admirable educación judía

Evidentemente, Celso acusa aquí a los judíos de suponer, mentirosamente, que son la porción del Dios supremo (Dt 32,9) con preferencia a todos los otros pueblos, no menos que de arrogancia cuando alardean del Dios grande, al que, sin embargo, no conocen; gentes más bien que fueron seducidas por la magia de Moisés y por este embaucadas, del que se hicieron discípulos y no para fin bueno alguno. Ahora bien, siquiera parcialmente, ya antes hemos hablado (IV 31) de la venerable y singular constitución política de los judíos, cuando aún subsistía lo que era símbolo de la ciudad de Dios y de su templo y del culto sacerdotal que se practicaba en él y en el altar. Y quienquiera dedique su atención a la mente del legislador y examine la constitución por él establecida, si compara su situación con la actual conducta de los otros pueblos, a ningún otro admirará como a los judíos, que, en cuanto cabe entre los hombres, suprimieron todo lo inútil para el género humano y solo aceptaron lo útil. De ahí que entre ellos no hubiera certámenes gimnásticos, ni teatrales, ni hípicas; ni tampoco mujeres que vendieran su belleza a quien quisiera abusar de ellas e

11 Ct. Herod., II 18.42; IV 59; Plutarch., *Mor.* S54c.

12 Sobre las abstinencias pitagóricas, cf. Diog. Laert., VIII 34, etc.; también Celso en VIII 28.

inferir un ultraje a la naturaleza de los gérmenes humanos (cf. Lv 19,29; Dt 23,17-18). ¡Y qué cosa tan excelente era para ellos que, desde la más tierna edad, se les enseñara a levantarse por encima de toda la naturaleza sensible y que en ninguna parte de ella tiene Dios su asiento, sino que se lo ha de buscar arriba, por encima de los cuerpos! ¡Qué cosa tan grande que, casi a la par del nacimiento y apenas llegado al uso de la razón, se le enseña al niño la inmortalidad del alma y los tribunales bajo tierra (cf. Plat., *Phaidr.* 249a) y los premios a los que hubieren vivido bien! Todo lo cual, como a niños que pensaban cosas de niños, se les predicaba en forma más o menos mítica; pero para quienes ahora buscan la razón y quieren adelantarse en ella, los que entonces eran mitos (llamémoslos así) se han transformado en la verdad que estaba escondida en ellos. Por mi parte, los tengo por dignos de llamarse porción escogida de Dios por el mero hecho de haber despreciado toda adivinación, que embauca vanamente a los hombres y procede de demonios malignos, más bien que de una naturaleza superior. Ellos, en cambio, buscaban el conocimiento de lo futuro en almas que, por su pureza señera, recibían el espíritu del Dios sumo.

43. Prosigue la alabanza judaica

¿Y qué necesidad hay de decir lo bien pensado de aquella ley por la que no era lícito que uno de la misma religión fuera esclavo por más de siete años (Ex 21,2; Dt 15,12; Jr 41,14), ley que no dañaba ni al amo ni al criado? No pueden, pues, los judíos, honrar su propia ley a la manera de los otros pueblos y merecerían que se les culpara de no haber comprendido la excelencia de sus leyes si creyeran haberse escrito del mismo modo que las de los otros pueblos. Y más sabios, no solo que el vulgo, sino más, también, que los que parecen consagrarse a la filosofía, pues estos, después de sus solemnes razonamientos filosóficos, vienen a parar en los ídolos y demonios; el último, en cambio, de los judíos solo fija su mirada en el Dios supremo. Y, por lo menos en este punto, tienen derecho a gloriarse y evitar la comunicación con los otros, como gentes sacrílegas e impías. ¡Y pluguiera a Dios no hubieran pecado, infringiendo la ley, matando primero a los profetas (Mt 23,37) y atentando más tarde contra la vida de Jesús! Así tendríamos un ejemplo de la ciudad celeste que trató de describir Platón (*Pol.* 369-372.327-434), pero no sé si lo logró tanto como Moisés y los que le sucedieron, que formaron una raza escogida, una nación santa y consagrada a Dios con doctrinas limpias de toda superstición.

44. Persas y judíos

Pero como Celso se empeña en identificar los ritos de los judíos con las leyes de ciertas naciones, vamos a examinar también este punto. Piensa, pues, que la doctrina acerca del cielo no se diferencia en nada de lo que se enseña acerca de Dios y afirma que, a la manera de los judíos, también los persas ofrecen sacrificios a Zeus sobre los montes más altos. Pero Celso no ve que los judíos, así como conocían a un solo Dios, así solo tenían una casa de oración y un altar de los holocaustos y un incensario de perfumes y un solo sumo sacerdote de Dios. Nada, pues, tuvieron de común los judíos con los persas, que se subían a los montes más altos a ofrecer unos sacrificios que no se parecían tampoco para nada a los de la ley de Moisés. Según esta, los sacerdotes de los judíos servían a una figura y sombra de las cosas celestes (Hb 8,5) y secretamente explicaban el sentido de la ley sobre los sacrificios y los que estos significaban simbólicamente. Enhorabuena, pues, que los persas llamen Zeus a todo el círculo del cielo; nosotros, en cambio, afirmamos que este no es ni Zeus ni Dios, pues sabemos que algunas criaturas, muy por debajo de Dios, se han remontado por encima de los cielos y de toda la naturaleza sensible. Y así entendemos lo del salmo: *Alabad al Señor, los cielos de los cielos y las aguas que están sobre los cielos alaben el nombre del Señor* (Ps 148,4).

45. Virtud mágica de los nombres

Según Celso, “no hay diferencia en que a Zeus se le llame Altísimo, Zen, Adonai, Sabaoth, o Amón, como los egipcios, o Papeo, como los escitas”.¹³ Discurremos, pues, también brevemente sobre este punto, recordando, a la vez, al lector lo que anteriormente (I 24-25) dijimos sobre este problema, cuando las palabras de Celso nos obligaron a tratarlo. Pues también ahora decimos que la naturaleza de los hombres no depende, como opina Aristóteles (*De invent. c.2*), de la convención de los que los ponen. Y es así que las lenguas que se hablan entre los hombres no vienen de los hombres, como es evidente para quienes son capaces de comprender la naturaleza de los encantamientos que adaptaron los autores de las lenguas según las distintas lenguas y los sonidos distintos de los nombres. Sobre este punto discutimos brevemente arriba (I 25) y dijimos que palabras que en tal o cual lengua tienen virtud natural, trasladadas a otra, no pueden ya nada, como podían en

13 Como Celso opinan, en punto a indiferencia de los nombres de Dios, Senec., *De benef.* IV 7,1-2; Pseudo Arist., *De mundo* 7; August., *De civ. Dei* IV 11. Cf. E. Peterson, *Εἰς Θεός* (Gotinga 1926) p.254.

su propia pronunciación. El mismo fenómeno se advierte en las personas. Efectivamente, si este o el otro lleva desde su nacimiento un nombre griego, si lo trasladamos al egipcio o al latín o a otra lengua cualquiera, no lograremos que sufra o haga lo que sufriría o haría al llamarlo con el nombre que se le impuso primero. Ni, por lo contrario, a quien se llame desde el principio por un nombre latino, si lo trasladamos al griego, tampoco lograremos hacerle lo que promete hacer un encanto que se valga del nombre que se le impuso primero.

Pues ya, si esto es verdad respecto de los nombres humanos, ¿qué habrá que pensar sobre los que, por la causa que fuere, se refieren a la divinidad? Porque algo se puede trasladar al griego, por ejemplo, del nombre de Abrahán; algo significa también la denominación de Isaac y algo se nos sugiere con la voz Jacob; y si uno que invoca o conjura, nombra al Dios de Abrahán y al Dios de Isaac y al Dios de Jacob, estos nombres pueden hacer algo, ya por la naturaleza, ya por el poder de los mismos, hasta el punto de que los demonios son vencidos y se someten al que los pronuncia. Pero si se dice: “El dios del padre escogido del eco y el dios de la risa y el dios del que agarra el carcañal”, lo que se nombra no producirá más efecto que si se nombrara otra cosa que no tiene virtud alguna. De modo semejante, si trasladamos el nombre de Israel al griego o a otra lengua, no haremos nada; pero si lo dejamos tal como está y lo juntamos con lo que piensan los expertos en esta materia debe juntarse, entonces puede suceder algo de lo que prometen tales invocaciones hechas con tal sonido. Lo mismo diremos acerca de la voz “Sabaoth”, que se emplea en muchos conjuros. Si traducimos el nombre por “Señor de los poderes”, o “Señor de los ejércitos” u “omnipotente” (todas estas versiones dan efectivamente los intérpretes), no haremos nada; pero si lo dejamos en sus propios sonidos, haremos algo, al decir de los entendidos en la materia. Y lo mismo sobre Adonai. Ahora, pues, si ni Sabaoth ni Adonai pueden nada traducidos al griego en lo que parecen significar, ¿cuánto menos podrán en quienes piensan “ser indiferente que se llame a Zeus Altísimo, Zen, Adonai o Sabaoth”?

46. El cristiano morirá antes que confesar que Zeus es Dios

Ahora bien, Moisés y los profetas, que sabían estos misterios y otros semejantes, prohíben que se tome el nombre de otros dioses en una boca que se ocupa en orar al solo Dios supremo, ni los recuerden en un corazón al que se enseña a conservarse limpio de toda vanidad de pensamientos y palabras (Ex 23,13; Sal 15,4). Por eso estamos prontos a soportar cualquier tormento antes que

confesar que Zeus es Dios. Porque no creemos que Zeus y Sabaoth son el mismo; es más, ni siquiera creemos que Zeus tenga nada de divino, sino que algún demon gusta que se le llama así, un demon, digo, enemigo de los hombres y del Dios verdadero. Y si los egipcios nos presentaran a Amón para adorarlo, amenazándonos de muerte, moriríamos antes que proclamar Dios a Amón, nombre que se emplea, como es natural, en ciertos conjuros egipcios que invocan a este demon. Digan también en hora buena los escitas que Papeo es el Dios supremo; afirmamos ciertamente al Dios supremo, pero no lo llamamos, como si fuera su nombre propio, con el de Papeo, que es como gusta llamarse el demon a quien cupo en suerte la soledad de la Escitia, su nación y su lengua. No peca, en efecto, quien llama a Dios con el nombre que lo designa en lengua escita, en egipcio o en cualquiera otra en que cada uno se ha educado.

47. La circuncisión judaica

En cuanto a la circuncisión, no la practican los judíos por la misma causa que los egipcios o colcos, porque no debe considerarse la misma circuncisión. El que sacrifica, no sacrifica al mismo dios, por más que parezca practicar los mismos ritos en el sacrificio; ni el que ora, ora al mismo dios, por más que pida lo mismo en sus oraciones; así tampoco el que se circuncida dejará, por el mero hecho, de distinguirse de la circuncisión de otro. Efectivamente, el propósito, la ley y la voluntad del que circuncida hace diferente la cosa misma. Para que mejor se comprenda todo este punto, digamos que la palabra “justicia” es la misma para todos los griegos; sin embargo, bien demostrado está que una es la justicia según Epicuro, otra según los estoicos, que niegan la tripartición del alma¹⁴ y otra según los platónicos, para quienes la justicia es un acto individual de las partes del alma (Plat., *Pol.* 441-443).¹⁵ Por el mismo caso, una es la fortaleza de Epicuro, que aguanta trabajos para huir de otros mayores; otra la del estoico, que abraza la virtud por la virtud; otra la del platónico, que afirma que es virtud de la parte irascible del alma y le asigna su asiento en torno al pecho (Plat., *Pol.* 442c; *Tim.* 69e-70a). Así, según las doctrinas de los que circuncidan, puede ser distinta la circuncisión, sobre la que no hay por qué hablar en escrito como el presente. El que quiera saber lo que sentimos sobre este punto, lea lo que sobre él decimos en nuestro co-

14 El alma, según los estoicos, tiene ocho partes (Diog. Laert., Vil 110).

15 Chadwick remite, además, a Clem. Al., *Strom.* VI 125,6; Porphy., *Sent.* XL 6; Iamel., *De myst.* IV 5; Gregok. Thaummat. *Paneg.* XI 139; Athen., *De resurr.* 22. Todo este pasaje (cf. *Apologistas griegos del siglo II* p.745s) es del más puro platonismo.

mentario a la carta de Pablo a los romanos (II 12-13).

48. Razón, según Orígenes, de la circuncisión

Así, pues, si los judíos se glorían de la circuncisión, la distinguirán no solo de la que practican los colcos y egipcios, sino también de la de los árabes ismaelitas, por más que Ismael descende de su antepasado Abraham y juntamente con él fue circuncidado (Gen 17,23-27). Dicen, por otra parte, los judíos, que la circuncisión hecha al octavo día es la principal; cualquier otra es de circunstancias. Y acaso fue introducida por algún ángel hostil al pueblo judío, ángel que podía dañar a quien no se circuncidara de entre ellos, pero era impotente con los circuncidados. Se diría que así aparece por lo que se escribe en el Éxodo, cómo el ángel tenía poder contra Moisés antes de circuncidar a Eleazar, pero nada pudo después de circuncidado. Eso debió de entender Séfora, que tomó una piedra y circuncidó a su hijo y, según los códices corrientes, se escribe que dijo: *Ha parado la sangre de la circuncisión de mi hijo*; pero, según el texto hebreo: *Esposo de sangre eres para mí* (Ex 4,24-26; el otro texto, *iuxta LXX*). Sabía, en efecto, la naturaleza de este ángel, que tenía poder antes de la efusión de la sangre y se calmaba por la sangre de la circuncisión; de ahí que dijera: *Esposo de sangre eres para mí*.

Pero ya que hemos dicho todo esto, con algún peligro, por parecer más bien curioso y no acomodado a los oídos del vulgo, añadiré un solo punto, más propio de cristianos, para pasar a lo que sigue. Según mi opinión, este ángel tenía poder contra los no circuncidados del pueblo y, en general, contra todos los que daban culto al solo Creador; pero ese poder lo tuvo hasta que Jesús tomó cuerpo humano. Una vez que lo tomó y fue circuncidado en su cuerpo, quedó destruido todo su poder contra los no circuncidados en esta religión, pues Jesús destruyó a ese ángel con su inefable divinidad. De ahí que a sus discípulos les esté prohibido circuncidarse y se les diga: *Si os circuncidáis, Cristo no os valdrá de nada* (Ga 5,2).

49. El comer, cosa indiferente

Pero tampoco se glorían los judíos, como de magna hazaña, de abstenerse de comer cerdo, sino de que saben distinguir la naturaleza de los animales puros e impuros y de conocer la causa de esta distinción, por lo que ponen al cerdo entre los impuros. Pero todo esto eran símbolos de ciertas cosas hasta el advenimiento de Jesús. Después de este, a un discípulo suyo que no comprendía aún

la razón de estas prescripciones y decía: *Nada profano ni impuro ha entrado jamás en mi boca, se le dice: Lo que Dios ha purificado no lo llames tú impuro* (Hch 10,14-15). Así, pues, ni con los judíos ni con nosotros tiene nada que ver eso de que los sacerdotes egipcios se abstengan no solo de los cerdos, sino también de cabras, ovejas, bueyes y peces. No mancha al hombre lo que entra por la boca (Mt 15,11.17), ni la comida nos recomienda ante Dios (1 Cor 8,8); de ahí que no nos envanecemos demasiado por no comer, ni vamos tampoco a comer por mera gula. Por lo mismo y en cuanto a nosotros toca, alégrese los pitagóricos de abstenerse de todo lo animado. Lo que importa es la diferente causa por que los discípulos de Pitágoras se abstienen de comer seres vivos y por la que lo hacen nuestros ascetas. Aquéllos se abstienen de lo animado por razón del mito de la transmigración de las almas:

“Y alguien, gran insensato, al hijo caro levantando,
lo inmolará, entre preces, sobre el ara”

(Empédocles, fragm.137, Diels);¹⁶

pero nosotros, si algo de eso hacemos, es que abofeteamos nuestro cuerpo y lo reducimos a servidumbre (1 Co 9,17) y queremos mortificar los miembros que están en la tierra, la fornicación, la impureza, la disolución, la pasión y el mal deseo (Col 3,5) y todo lo ordenamos a matar las acciones del cuerpo (Rm 8,13).

50. La predilección de Dios por los judíos ha pasado a los cristianos

Continuando el tema de los judíos, dice Celso: “Tampoco es probable que tengan particular crédito delante de Dios, ni sean de Él amados con preferencia a otros pueblos, por el hecho de

16 Sexto Empírico (*Adv. Mathem.* VIII p.331) dice que, por creer estos filósofos (los pitagóricos) en la metempsicosis o transmigración de las almas, exhortaban a abstenerse de comer seres vivos y decían que los hombres cometían una impiedad "si con cálida sangre en rojo tiñen las aras de los dioses bienhadados".

Y en alguna parte dice Empédocles:

“No acabareis de cometer horrendas muertes? .No estáis viendo que unos a otros os coméis con mente insana?”

Y:

“Y mudada la forma, el padre al hijo caro levántalo y degüella, el insensato, entre plegarias. Vacilantes están los que quisieran sacrificar al misino orante; pero, sordo a los gritos, al hijo ha degollado, y con él, en su casa, un funesto festín ha preparado. Por modo igual, al padre el hijo y a la madre los niños, el aliento les quitan y se tragan carnes”.

Tomo la versión del texto de Diels (II 137). Hay un pasaje de tradición textual muy dudosa.

haberles cabido en suerte una tierra que fuera como el país de los bienaventurados, para mandarles a ellos solos sus mensajeros, pues a la vista tenemos qué suerte hayan corrido ellos y su tierra”. Refutemos también esto diciendo que el crédito de este pueblo delante de Dios se pone de manifiesto, entre otras cosas, por el hecho de que aun gentes ajenas a nuestra fe invocan como a Dios supremo al Dios de los hebreos (cf. IV 34). Y, como acreditados delante de Dios mientras no fueron de Él abandonados, a pesar de su corto número, fueron constantemente custodiados por el poder divino. Así, ni siquiera bajo el reinado de Alejandro de Macedonia hubieron de sufrir nada por parte suya, a pesar de que, a causa de ciertas alianzas y juramentos, no quisieron tomar las armas contra Darío. Y en esta ocasión dicen que el sumo sacerdote judío, revestido de sus ornamentos sacerdotales, fue adorado por el propio Alejandro, que dijo que alguien así revestido le había anunciado entre sueños que conquistaría el Asia entera (Flav. Joseph., *Ant. iud.* XI 8,3-5.317-339). Así, pues, los cristianos decimos que, en efecto, los judíos gozaron desde todo punto de crédito ante Dios y fueron amados de Él con preferencia a otros; pero esta dispensación y gracia ha pasado a nosotros, pues Jesús traspasó el poder que obraba en los judíos a los que de entre las naciones creen en Él. De ahí es que, si bien los romanos han maquinado muchas cosas contra los cristianos a fin de impedir que siguieran existiendo, no lo han logrado, pues la mano divina luchaba en favor de ellos y quería que la palabra de Dios, desde un rincón (VII 68; IV 36) de la Judea, se esparciera por todo el género humano.

51. Jesús, Dios

Pero ya que hemos respondido, según nuestras fuerzas, a las acusaciones citadas de Celso contra los judíos y su doctrina, citemos también lo que sigue y demostremos que no somos unos fanfarrones al afirmar que conocemos al Dios grande, ni nos hemos dejado embaucar, como opina Celso, de la magia de Moisés, ni de la del mismo Jesús, salvador nuestro. No, nosotros oímos para buen fin al Dios que habla en Moisés y recibimos a Jesús como Hijo de Dios, por haber sido atestiguado como Dios por Dios mismo y tenemos las más bellas esperanzas si conformamos nuestra vida con su doctrina. Sin embargo, renunciamos de propósito a repetir lo que ya expusimos al indicar de dónde venimos y a quién tenemos por fundador y la ley que nos ha dado (cf. V 33). Y si se aferra a que no hay diferencia entre nosotros y los egipcios que dan culto al macho cabrío, al carnero, al cocodrilo, al buey, al hipopótamo, al cinocéfalos y al gato, allá se las haya Celso y

quienquiera piense como él. En cuanto a nosotros, ya anteriormente, según nuestros alcances, hemos justificado con muchos argumentos el honor que tributamos a nuestro Jesús y demostramos que hemos hallado en Él algo superior. Y si nosotros solos afirmamos que la verdad pura y sin mezcla de mentira se halla en la enseñanza de Jesucristo, no nos recomendamos en ello a nosotros mismos, sino al maestro que ha sido atestiguado de formas varias por el Dios supremo, por los libros proféticos de los judíos y por la evidencia misma de los hechos. Pues probada cosa es que, sin asistencia de Dios, no pudiera hacer tan grandes cosas.

52. ¿Fue Jesús un ángel?

El texto de Celso que queremos discutir ahora, es como sigue: “Vamos a dejar a un lado cuanto se les puede argüir sobre su maestro y pase que sea realmente un ángel. Ahora pregunto: ¿Fue este el primero y único que vino, o han venido otros antes? Si dicen que el único, se contradicen mentirosamente, pues muchas veces afirman que vinieron otros, una vez sesenta o setenta de golpe, que, por cierto, se volvieron malos y están encadenados en castigo bajo tierra, cuyas lágrimas son las fuentes termales (*Enoc* 10,67-69; cf. V 54-55). Además, al sepulcro de este mismo (de Jesús), cuentan, unos, que fue un ángel; otros, dos, para comunicar a las mujeres que había resucitado. Y es que el Hijo de Dios, por lo visto, no podía por sí mismo abrir el sepulcro y necesitó de otro que le removiera la piedra. Además, en la preñez de María, fue enviado otro ángel al carpintero y otro para mandarles que tomaran al niño y huyeran. ¿Y para qué llevar la averiguación tan minuciosa y enumerar los ángeles que se cuenta haber sido enviados a Moisés y a otros? Si, pues, fueron otros enviados, es evidente que este vino de parte del mismo Dios. Pase que su mensaje fuera de más importancia, por pecar en algo los judíos o adulterar la religión y no obrar piadosa y santamente. Eso, en efecto, se da a entender”.

53. Ángel del gran consejo

Ahora bien, lo anteriormente dicho al tratar especialmente de nuestro Salvador, bastará contra lo que dice aquí Celso; pero, para no dar la impresión de que nos saltamos adrede punto alguno de su escrito como si no pudiéramos refutarlo, aun a costa de repetirnos, puesto que a ello nos provoca Celso, vamos a resumir, en cuanto podamos, nuestro razonamiento. Acaso, volviendo sobre lo mismo, se nos ocurra algo más claro o de alguna novedad. Dice, pues, primeramente “dejar a un

lado todo lo que se les puede argüir a los cristianos respecto de su maestro”; pero la verdad es que nada dejó a un lado de cuanto pudo decir, como se ve claro por lo que anteriormente dijo; habla, pues, aquí por mera figura retórica (cf. II 13; III 78). Pero que realmente nada se nos pueda argüir acerca de nuestro gran Salvador, por más que a nuestro acusador se lo parezca, será cosa patente para quienes con amor a la verdad y penetración crítica leyeren todo lo que sobre Él fue profetizado y se consignó por escrito. Seguidamente, se imagina Celso hacer una concesión al decir del Salvador “que se le puede tener realmente por un ángel o mensajero”. Pero nosotros afirmamos que no tomamos eso como concesión hecha por Celso, sino que vemos de hecho cómo vino a todo el género humano, por su doctrina y enseñanza, en la medida que la comprendía cada uno de los que lo recibieron. Ello no fue obra de un ángel cualquiera, sino, como lo llamó la profecía que a Él se refiere, del ángel del gran consejo, pues Él anunció, en efecto, a los hombres el gran consejo del Dios y Padre del universo acerca de ellos, a saber: que los que quieran vivir en religión pura subirán a Dios por medio de sus grandes acciones; pero los que no reciben al Salvador, se alejan de Dios y, por su desobediencia a Dios, caminan a su perdición (Mt 7,13).

Seguidamente, dice: “Aun dado que este viniera como un ángel a los hombres, ¿fue acaso el primero y solo que vino, o vinieron otros antes?”. Y a cualquiera de los dos extremos cree que puede responder copiosamente. Pero nadie que sea de verdad cristiano dice haber sido Cristo el único que vino al género humano. Otros, dice Celso que aparecieron a los hombres, “si es que los cristianos dicen haber sido Él solo”.

54. Celso oyó campanadas

Luego, como quien se responde a sí mismo, responde como quiere: “Así que no solo de él se cuenta haber venido al género humano; hasta tal punto, que los que se apartaron, so pretexto de la enseñanza de Jesús, del Demiurgo o Creador, como de ser inferior y se adhirieron, como a más poderoso, a cierto Dios, padre que es del que vino al mundo, afirman que antes de este vinieron al género humano algunos de parte del Demiurgo”. Como aquí estamos examinando el tema con amor a la verdad, diremos que Apeles, discípulo de Marción, padre que fue de cierta secta y que tenía por mito los escritos de los judíos, dijo efectivamente haber sido Jesús el único que vino al

género humano (cf. IV 41).¹⁷ Así, pues, ni siquiera contra este, según el cual solo Jesús vino de parte de Dios a los hombres, pudiera alegar Celso razonablemente eso de que también vinieron otros, pues (como hemos antes dicho) Apeles no cree en las Escrituras de los judíos que cuentan hechos milagrosos; y mucho menos admitiría lo que Celso presenta tomado, a lo que parece, de lo que se escribe en el *Libro de Enoc* y que él no entendió. Nadie, pues, nos convencerá de que mentimos y nos contradecemos afirmando haber sido solo nuestro Salvador el que vino al mundo y que otros muchos vinieron también muchas veces. Él, en cambio, con un embrollo completo en el recuento de ángeles que han venido a los hombres, pone lo que oscuramente le llegó de pasajes del *Libro de Enoc*, que no parece haber leído, como tampoco está enterado de que los libros que llevan el nombre de Enoc no son tenidos en las iglesias por enteramente divinos; de ellos parece haber sacado que bajaron juntos sesenta o setenta ángeles que se volvieron malos.

55. Las lágrimas de los ángeles

Pero tratémoslo con más benignidad y concedámosle lo que él no vio de lo que se escribe en el Génesis (6,2), que, *viendo los hijos de Dios que las hijas de los hombres eran hermosas, se tomaron de ellas mujeres, de todas las que escogieron*. No por eso dejaremos de persuadir a los que son capaces de entender el sentido profético, que uno de los que nos han precedido (Philo., *De gig.* 6-18) refirió este pasaje a la doctrina sobre las almas que desearon vivir en cuerpo humano; y tropológicamente decía él que se las llamaba hijas de los hombres. Pero, como quiera que se entienda eso de que los hijos de Dios desearon a las hijas de los hombres, de nada le puede valer el pasaje contra la afirmación de que solo Jesús vino como un ángel o mensajero a los hombres y solo Él fue claramente salvador y bienhechor de todos los que se salen, por su conversión, del torrente de la maldad.

Luego, revolviendo y embrollando lo que oyó no sabemos dónde o leyó en este o el otro libro, sin pararse a considerar si son cosas que los cristianos tengan, o no, por divinas, dice que “sesenta o setenta ángeles que bajaron de golpe al mundo, fueron castigados, aherrojados entre cadenas bajo tierra”. Y del Libro de Enoc, aunque no lo nombra, trae aquello de que “las fuentes termales

17 Por qué vino Cristo al mundo, según Apeles, nos lo dice Epifanio (*Haer.* 42): “Rechaza además la ley y todos los profetas, que, según él, profetizaron inspirados por el príncipe (o arconte) que hizo este mundo. Cristo dice haber bajado de lo alto, del Padre invisible e inominable, para salvación de las almas y para argüir al Dios de los judíos, la ley y los profetas”.

son lágrimas de ellos”, cosa nunca dicha ni oída en las iglesias de Dios. Nunca, en efecto, ha habido nadie tan tonto que corporice, como las de los hombres, las lágrimas de unos ángeles bajados del cielo. Y, si fuera bien bromear sobre lo que Celso dice muy en serio contra nosotros, diríamos que nadie dirá que las fuentes termales, que por lo general son de agua dulce, sean lágrimas de los ángeles, pues las lágrimas son por naturaleza saladas; a no ser que, por lo visto, los ángeles de Celso lloren agua dulce”.

56. Los ángeles junto al sepulcro de Jesús

Seguidamente, mezclando lo que no puede mezclarse y comparando entre sí lo incomparable, después de hablar de los —como él dice— sesenta o setenta ángeles bajados del cielo, cuyas lágrimas, según él, son las fuentes termales, añade que “también al sepulcro de Jesús mismo se cuenta haber venido, según unos, dos ángeles; según otros, uno”; sin notar, a lo que creo, que Mateo y Marcos hablan de uno (Mt 28,2; Me 16,5) y Lucas y Juan de dos (Le 24,4; Jo 20,12). Lo cual no implica contradicción. Porque los que hablan de uno, dicen que fue el que removió la piedra del sepulcro; los que dos, se refieren a los que se aparecieron, en vestidos radiantes, a las mujeres que fueron al sepulcro, o fueron vistos dentro sentados, vestidos de blanco. Ahora bien, demostrar cómo cada una de estas cosas fuera posible y real, a la vez que indicaba un sentido más oculto de lo que acontecía a los que estaban preparados para contemplar la resurrección del Logos no pertenece al presente trabajo, sino a los comentarios del Evangelio.

57. Tenemos siempre ángeles a nuestro lado

Por lo demás, que a veces hayan aparecido a los hombres cosas maravillosas, lo narran también los griegos, no solo aquellos de quienes cabe sospechar que se inventan mitos,¹⁸ sino los que en muchos casos han dado pruebas de ser auténticos filósofos y exponen con amor a la verdad lo que les acontezca. Cosas semejantes hemos leído en Crisipo de Solos y algunas sobre Pitágoras; y añadido que también en escritores más recientes y, como quien dice, de ayer o anteayer, por ejemplo, Plutarco de Queronea en su obra *Sobre el alma*¹⁹ (cf. Eus., *Praep. Ev.* 11,36,1) y el pitagórico

18 De fantasías semejantes de los valentinianos habla Tren., *Adv. haer.* 1,4, y Tertull., *Adv. val.* 15. La mente gnóstica era feraz en mitos.

19 La obra de Plutarco *Sobre el alma* se ha perdido. Orígenes pone a Plutarco entre los que vivieron “ayer o anteayer”. Le lleva, sin embargo, una tira de años. Fue contemporáneo de los emperadores Trajano y Adriano, que lo distinguieron con altos cargos en la administración de la provincia de Acaya. Filósofo académico, fiel a Platón, sacerdote de Apolo en Delfos los últimos años de su vida, ciudadano de honor de Atenas, Plutarco fue un gran rezagado, desconocedor absoluto de los signos de los tiempos. Su mirada estuvo siempre dirigida al pasado,

Numenio en el libro segundo Sobre la inmortalidad del alma. Ahora bien, ¿es que, cuando los griegos y señaladamente los que entre ellos profesan la filosofía, cuentan tales cosas, no se trata de cosas de burla y risa, ni son cuentos y fantasías (cf. III 27) y cuando hombres que están consagrados a Dios y que aceptarían cualquier tormento y la muerte misma antes que decir una mentira acerca de Dios, refieren haber visto apariciones de ángeles, no son juzgados dignos de crédito y ni se ponen sus palabras entre las verdaderas?

Pero no es esta manera razonable de juzgar sobre los que dicen la verdad o los que mienten. Efectivamente, los que tienen interés en que no se los engañe, indagan y examinan larga y puntualmente cada caso y solo lentamente y con pies de plomo afirman que estos dicen la verdad y estos otros mienten en las cosas extraordinarias que cuentan, pues ni todos ostentan la marca de su credibilidad ni todos dejan ver claramente que están contando cuentos y fantasías a los hombres. Acerca, en cambio, de la resurrección de Jesús de entre los muertos, hay que decir también que nada tiene de extraño que se aparecieran uno o dos ángeles para anunciar que había resucitado y cuidar de los que, para su bien, habían de creer en aquel hecho; y a mí no me parece fuera de razón, que quienes creen en la resurrección de Jesús y muestran como fruto no despreciable de su fe una vida moralmente sana, apartada del torrente del mal, no están nunca sin la compañía de ángeles que les ayudan a llevar a cabo su conversión a Dios.

58. Acaba el tema de los ángeles

Ataca también Celso el paso en que se dice que un ángel removió la piedra del sepulcro donde había estado el cuerpo de Jesús y nos da la impresión de un chiquillo a quien le han puesto en clase por tema atacar a uno. Y, como si hubiera dado con un maravilloso argumento contra ese paso, dice: “No podía, a lo que parece, el Hijo de Dios abrir por sí mismo el sepulcro, sino que necesitó de otro que removiera la piedra”. No voy a decir nada curioso sobre este punto ni expondré una interpretación figurada, dando la impresión de filosofar inoportunamente; me contentaré con decir acerca de la historia misma, que parece evidentemente cosa de más reverencia que removiera la piedra el inferior y servidor, que no hacer eso el que resucitaba para bien de los hombres. Y nada

“como al paraíso de hombres más sanos, más bellos y más libres” (Wilamowitz-Moellendorff, O.C., p.241) que sus contemporáneos. Hombre esencialmente supersticioso, es creíble contara “cosas maravillosas” en su libro *Sobre el alma*, razón por que lo cita Orígenes. Todo ello sea dicho sin merma del valor, en otros conceptos señero, de su extensa producción literaria.

digo de que quienes atentaron contra el Logos (hecho hombre) y decidieron matarlo y mostrarlo a todos como muerto y reducido a nada, no querían que en modo alguno se abriera su sepulcro (Mt 27,64), para que nadie viera al Logos vivo después de su conspiración contra Él. Pero el ángel de Dios (Jesús) (cf. V 52), que había venido para salvar a los hombres, por ser más poderoso que los que habían conspirado contra Él, cooperó con el otro ángel y removió la pesada piedra. De este modo, los que pensaban que el Logos estaba muerto, se persuadirían de que no estaba entre los muertos, sino que vivía y se adelantaba a los que quisieran seguirle, a fin de enseñarles lo que aún faltaba a lo que antes les enseñara, al tiempo de su primera iniciación, cuando aún no podían comprender las cosas más altas (Jn 16,57).

Después de esto, no sé por qué razón, trae a cuento lo del ángel que fue a José para anunciarle la preñez de María, cosa que no se me alcanza para qué pueda servir a su propósito; y luego lo del ángel que les mandó tomar al niño recién nacido, contra cuya vida se conspiraba y huyeran a Egipto. Sobre esto discurrimos ya anteriormente (I 34-38), rebatiendo lo dicho por Celso. ¿Y qué tendrá que ver con Celso que las Escrituras cuenten que fueron enviados ángeles a Moisés y a otros? Para mí es evidente que eso no favorece para nada su tesis, más que más que ninguno de ellos luchó, según sus fuerzas, por convertir al género humano y librarlo de sus pecados. Concluamos, pues, que fueron enviados otros de parte de Dios, pero que Jesús trajo un mensaje más alto y que, por pecar los judíos y adulterar la religión y no obrar santamente, traspasó el reino de Dios a otros labradores (Mt 21, 41.43), que son los que, dondequiera, en las iglesias de Dios, atienden a su propia salvación y no dejan piedra por mover para atraer también a otros, siguiendo las enseñanzas de Jesús, al Dios del universo, por medio de una vida pura y palabras en consonancia con la vida.

59. “La gran Iglesia”

Seguidamente dice Celso: “Luego, el mismo Dios que los judíos, tienen estos”, es decir, los cristianos. Luego, como si sacara una conclusión que no se le concediera, dice: “Así lo confiesan claramente los de la grande Iglesia²⁰ y aceptan por verdadera la cosmogonía que corre entre los

20 Sobre este nombre que da Celso a la Iglesia, cf. P. Batiffol, *La Iglesia primitiva y el catolicismo* (versión española de F. Robles Dégano (Buenos Aires 19501 p. 149s). Ahí se da una idea, algo rápida, de la idea que tenía Celso de la Iglesia. Con todas sus aberraciones y su profundo rencor, no se le puede negar que estuvo afortunado en su frase “la gran Iglesia”. Lo de ella separado había que calificarlo de minúsculo y despreciable.

judíos, con lo que se dice sobre los seis días y sobre el séptimo”, en que, como dice la Escritura, Dios cesó en sus obras, retirándose a la contemplación de sí mismo (Plat., *Politicus* 272e); o, según Celso, que no miró bien lo escrito ni lo entendió, “descansó”, palabra que no usa la Escritura. Ahora bien, acerca de la creación del mundo y del descanso sabático que se le reserva al pueblo de Dios, pudiera tenerse un razonamiento largo, misterioso y profundo y difícil de interpretar (Hb 5,11; 4,9).

Luego, con el fin de hinchar su libro y que parezca grande, me parece que añade lo que bien le viene; por ejemplo, lo que se dice sobre el primer hombre, que decimos nosotros ser el mismo que dicen los judíos y que de él tomamos la misma genealogía que ellos. Tampoco sabemos nada de “insidias de unos hermanos contra otros” (IV 43). Sabemos que Caín atentó contra la vida de Abel y Esaú contra Jacob, pero no que Abel atentara contra Caín, ni Jacob contra Esaú. De haber sido así, hubiera podido decir Celso que “nosotros contamos la misma historia que los judíos sobre las asechanzas de unos hermanos contra otros”. Pero demos que hablemos nosotros del mismo viaje a Egipto que ellos y de la misma salida de allí —no “fuga”, como piensa Celso—, ¿qué tiene esto que ver para acusarnos a nosotros o a los judíos? Eso sí, donde Celso pensaba que había materia de burla en lo que decimos sobre los hebreos, habló de “fuga”; pero cuando era su deber examinar la historia sobre las plagas que, por orden de Dios, vinieron sobre Egipto, no suelta, adrede, una palabra.

60. En qué estamos y en qué no, de acuerdo con los judíos

Pero si hemos de responder puntualmente a lo que piensa Celso, sobre que opinamos lo mismo que los judíos acerca de los textos citados, diremos que unos y otros estamos de acuerdo en que los libros sagrados fueron escritos por inspiración del Espíritu Santo; pero ya no lo estamos cuando se trata de la interpretación del contenido de aquellos libros; y justamente no vivimos como los judíos, porque pensamos que la interpretación literal de las leyes no comprende plenamente la mente de la legislación. Así decimos que *cuando se lee a Moisés, se tiende un velo sobre el corazón*, pues a los que no siguen el camino trazado por Jesucristo se les esconde el sentido de la ley de Moisés. Sabemos, en cambio, que cuando uno se convierte al Señor (*y el Señor es el Espíritu*), alzado el velo, a cara descubierta, contempla como en espejo la gloria del Señor, que está en los pensamientos ocultos según la letra y participan, para su propia gloria, de la llamada gloria divina

(2 Co 3,15-18). Figuradamente se habla ahí de *cara*, que pudiera llamarse desnudamente la inteligencia, en que está la faz del *hombre interior* (Rm 7,22), que se llena de luz y gloria cuando se entiende la verdad de lo que atañe a las leyes.

61. Uno solo es el Dios de judíos y cristianos

Después de esto, dice: “Nadie se imagine que ignore yo, que algunos de ellos convendrán en que tienen el mismo Dios que los judíos; otros, otro, contrario a aquel de quien vino el hijo”. Pero si piensa que por haber entre cristianos sectas varias, es motivo de acusar al cristianismo, ¿no habría que considerar, por el mismo caso, como culpa de la filosofía, que, entre las sectas o escuelas de los filósofos, hay desacuerdo no sobre temas mínimos o cualesquiera, sino sobre los más importantes? Y este fuera también el momento de acusar a la medicina por las escuelas varias que se dan en ella (III 12). Demos, pues, que haya entre nosotros quienes dicen no ser nuestro Dios el mismo que el de los judíos; pero no por eso son de culpar quienes, por las mismas Escrituras, demuestran ser uno y el mismo el Dios de los judíos y el de las naciones, de suerte que Pablo mismo, que de los judíos se pasó al cristianismo, dice claramente: *Doy gracias a mi Dios, a quien sirvo desde mis antepasados con pura conciencia* (2 Tm 1,3).

Demos que haya aún un tercer género, “de los que llaman a unos psíquicos (o animales) y a otros pneumáticos (o espirituales)”, con los que creo se refiere a los valentinianos. Pero ¿qué tiene eso que ver con nosotros, que pertenecemos a la Iglesia (cf. V 59) y condenamos a quienes imaginan naturalezas que se salvan por su constitución y otras que por su constitución se condenan? Concedemos que hay también “quienes se proclaman a sí mismos gnósticos” (o conocedores), al modo que los epicúreos se proclaman filósofos. Pero ni los que destruyen la providencia pueden ser verdaderos filósofos, ni los que enseñan extrañas fantasías, ajenas a la doctrina tradicional de Jesús, pueden ser cristianos. Demos también que haya “quienes reciben a Jesús” y por ello blasonan de ser cristianos, pero que “se empeñan en vivir aún según la ley de los judíos, a la manera de la muchedumbre de los judíos”. Es la doble secta de los ebionitas, de los que unos confiesan, como nosotros, que Jesús nació de una virgen; otros, que no nació virginalmente, sino como los otros hombres. Pero ¿qué dice eso contra nosotros, los que pertenecemos a la Iglesia y nos apodó Celso

*los de la muchedumbre?*²¹ Dijo también haber *sibilistas*, acaso por haber malentendido a quienes reprenden a los que se imaginan haber habido una profetisa Sibila y a estos llamó sibilistas.²²

62. Desfile de herejes

Luego, juntando un montón de nombres de sectarios entre nosotros, dice conocer a ciertos simonianos que dan culto a Helena o a Heleno como maestro, por lo que se llaman helenianos. Pero se le pasó por alto a Celso que los simonianos no reconocen para nada a Jesús por Hijo de Dios, sino que dicen que Simón es la fuerza de Dios (Act 8,10). De él cuentan algunos prodigios, pues pensaba que, de hacer él los mismos aparentes milagros que, según él, había hecho Jesús, tendría tanto poder entre los hombres como el que tuvo Jesús entre las turbas. Pero ni Celso ni Simón fueron capaces de comprender que Jesús, como buen labrador de la palabra de Dios (Is 5,7), ha podido sembrar la mayor parte de Grecia y la mayor parte de las tierras bárbaras y llenarlas de doctrinas que apartan al alma de todo mal y la levantan al Creador de todas las cosas. Ahora bien, Celso conoce también a los marcelianos, que vienen de una tal Marcelina y a los harpocracianos de Salomé y a otros de Mariamne y a otros de Marta, pero nosotros jamás hemos topado con ninguno de ellos, a pesar de que, llevados de nuestro amor al saber, no solo hemos estudiado nuestra doctrina y las distintas opiniones de los que las profesan, sino también, en lo posible y con amor a la verdad, los sistemas de los filósofos. Recuerda también Celso a los marcionitas, que tienen por cabeza a Marción.

63. Actitud cristiana con los disidentes

Luego, para dar la impresión de que conoce a otros, aparte los que ha nombrado, dice, según su costumbre: “Unos se han inventado un maestro o demon que los presida y otros, otro, errando míseramente y rodando de acá para allá, entre unas tinieblas más desaforadas y abominables que

21 “Los de la muchedumbre” son los que forman la gran Iglesia. Acaso Celso, de quien hay que pensar mal y no se yerra, habla aquí despectivamente; pero aun así, la gran Iglesia es la mayoría.

22 Secta desconocida. Orígenes no tomó en serio los oráculos sibilinos, que no cita nunca en sus obras (Chadwick). No así Justino Mártir, que los pone al lado de los libros proféticos: “Sin embargo, por la acción de los malvados demonios, se decretó pena de muerte contra quienes lean los libros de Histaspes, de la Sibila y de los profetas, a fin de apartar, por el terror, a los hombres de alcanzar, leyéndolos, conocimiento del bien, y retenerlos ellos como esclavos suyos; cosa que, en definitiva, no pudieron conseguir los demonios. Porque no solo los leemos intrépidamente nosotros, sino que, como veis, os los ofrecemos para que los examinéis vosotros, seguros como estamos que han de aparecer gratos a todos. Y aun cuando solo a unos pocos logremos persuadir, nuestra ganancia será muy grande, pues recibiremos del amo, como buenos apicultores, nuestro galardón” (1 *Apol.* 44,12; cf. *Apologistas griegos del siglo II* p. 231). ¡Extraña mezcolanza en la noble mente—tan noble como acrítica— del filósofo mártir!

las de los cofrades de Antínoo en Egipto”. Me parece que, al tocar este punto, ha dicho algo de verdad; a saber, que unos se inventaron un demon y otros otro, andando míseramente errantes y rodando de acá para allá por las densas tinieblas de su ignorancia. Respecto, en cambio, de Antínoo, al que se compara con nuestro Jesús, ya hablamos de él anteriormente (III 36-38) y no queremos repetirnos aquí.

“Unos a otros, dice, se denigran, lanzándose todo linaje de vituperios, decibles y no decibles y, en el odio absoluto que se tienen, no hay modo de que cedan un punto por amor a la concordia”. Contra esto hemos dicho ya que también en filosofía, no menos que en medicina, hay escuelas contra escuelas (III 12ss; V 61). Por lo demás, nosotros, que seguimos la doctrina de Jesús y nos esforzamos en pensar, hablar y obrar en consonancia con sus palabras, *al ser maldecidos, bendecimos; perseguidos, lo soportamos, e injuriados, exhortamos* (1 Co 4,12) y no podemos lanzar vituperios decibles y no decibles contra los que opinan de modo distinto que nosotros. Eso sí, si podemos, hacemos cuanto cabe para convertirlos a mejor conducta, cual es adherirse solo al Creador y obrar en todo con la mira puesta en el juicio; pero si los heterodoxos no nos hacen caso, guardamos el precepto que nos ordena respecto de ellos: *Al hereje, después de una o dos advertencias, evítalo, sabiendo que el tal está extraviado y peca, condenado por sí mismo* (Tt 3,10). Además, los que han comprendido el dicho evangélico: *Bienaventurados los pacíficos*; y el otro: *Bienaventurados los mansos*, no pueden odiar a los que deforman el cristianismo, ni llamar a los que yerran “Circes” ni “revolvedores astutos”.

64. Malas inteligencias de Celso

Me parece claro que Celso malentendió el pasaje del Apóstol que dice: *En los tiempos venideros apostatarán algunos de la fe dando oídos a espíritus falaces y doctrinas demoniacas, enseñadas por impostores hipócritas, que llevan su conciencia marcada a fuego, que prohibirán el matrimonio y el uso de manjares que Dios creó para que los tomen los fieles con hacimiento de gracias* (1 Tm 4,1-3); y no menos parece haber malentendido a los que emplean estas palabras del Apóstol contra los que corrompen el cristianismo. Así se explica que diga Celso, entre los cristianos, algunos son llamados “cauterios del oído” y por su cuenta, sin duda, dice que otros se llaman “enigmas”, cosa que nosotros no hemos averiguado. En cambio, es cierto que la palabra “escándalo” o piedra de tropiezo ocurre frecuentemente en estos escritos y con ella solemos designar a

los que apartan de la sana doctrina a los sencillos y fáciles de engañar. Que haya quienes se llamen “sirenas bailarinas y engañosas, que sellan las orejas de los que las escuchan y les ponen cabezas de cerdo” (cf. Hom., *Odyssea* 10,239), es cosa de que nada sabemos nosotros ni creo que sepa nadie de los que perseveran en la doctrina ni de los que siguen las herejías. Pero este, que “baladrona de saberlo todo”, dice también lo que sigue: “Y a todos esos que así están divididos y en sus disputas se ponen de vuelta y media, los oirás que dicen: *Para mí está crucificado el mundo y yo para el mundo*” (Ga 6,14). Porque este es el único pasaje de Pablo que parece haber recordado Celso (cf., sin embargo, I 9). Pero ¿por qué no alegar otros innumerables, como este: *Porque, aunque vivimos en la carne, no militamos según la carne, pues las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas ante Dios para derribar fortalezas, echando por tierra razonamientos y toda altura que se levante contra el conocimiento de Dios?* (2 Co 10,3ss).

65. Se apunta a una grave objeción

Dice Celso que puede oírse decir a todos estos que están tan profundamente desunidos: *El mundo está crucificado para mí y yo para el mundo*. Pero también vamos a demostrar que es mentira. Hay, en efecto, sectas que no aceptan las cartas del apóstol Pablo; por ejemplo, los dos grupos de “ebionitas (II 1; V 61) y los encratitas (Eus., *HE* IV 29). Ahora bien, los que no tienen al Apóstol por bienaventurado y sabio, no van a decir: *El mundo está crucificado para mí y yo para el mundo*. De modo que también aquí miente Celso.

Por lo demás, insiste en culpar la diferencia de sectas, pero no me parece deslindar bien lo que dice ni haber examinado el tema con todo cuidado. Tampoco creo haya comprendido en qué sentido dicen los cristianos adelantados en sus doctrinas que saben más que los judíos. ¿Se trata de los que aceptan las Escrituras de estos, pero que les dan un sentido distinto, o de quienes no aceptan siquiera las letras de los judíos? Pues de una y otra especie pueden encontrarse en las sectas.

Seguidamente dice: “Ea, pues, aunque ningún origen pueden presentar de su doctrina, vamos a examinar en sí mismo lo que dicen. Y hay que hablar en primer lugar de lo que en su ignorancia han malentendido y corrompen, discutiendo con arrogancia, desde el principio mismo y sin moderación, sobre cosas que ignoran. He aquí ejemplos”. Y, a renglón seguido, opone sentencias de filósofos a palabras que los creyentes en la doctrina cristiana traen constantemente en su boca. Su tesis es que cuanto de bueno cree decirse entre los cristianos está mejor y más claramente dicho

por los filósofos, con lo que pretende atraer a la filosofía a quienes se han dejado convencer por doctrinas cuya belleza y piedad salta a los ojos.

Pero aquí damos fin al libro quinto y comenzamos el sexto con lo que sigue.

LIBRO SEXTO

1. ¿Platón en lugar de Cristo?

En este sexto libro que ahora emprendemos contra las acusaciones de Celso contra los cristianos, no deseamos, piadoso Ambrosio, impugnar, como alguien creería, lo que él toma de la filosofía. Y es así que Celso ha alegado muchos pasajes, señaladamente de Platón, comparándolos con otros de las sagradas letras, capaces de convencer a un hombre inteligente. Y dice a este propósito “que mejor han sido dichas esas cosas por los griegos, sin tanto aparato de que fueran anunciadas por un dios o hijo de Dios”. A esto respondemos que el objeto de los que predicán la verdad es hacer bien a los más posibles y llevar a ella, por amor a la humanidad, a todos en absoluto, no solo a los inteligentes, sino también a los necios; ni solo tampoco a los griegos, sino también a los bárbaros. Y obra aún de mayor bondad es convertir, quien sea capaz de ello, a los rústicos y vulgares. De donde resulta evidente que quienes tal intento tienen han de buscar un modo de hablar que pueda aprovechar a todos y atraer la atención de cualquier oído. Aquellos, en cambio, que se desentienden en absoluto de la gente vulgar, como de seres serviles, incapaces de seguir la ilación de los discursos bien dichos y de los razonamientos bien ordenados; los que solo miran a los que se han formado en las letras y ciencias, esos limitan lo que debiera ser bien común a un sector realmente muy estrecho y limitado.

2. La virtud interna de la palabra divina

Esto digo para defender la sencillez de estilo de las Escrituras, que recriminan Celso y otros como él y que parece quedar en la sombra ante la brillantez de la dicción de los griegos. La verdad es que nuestros profetas, Jesús y sus apóstoles miraban a una manera de decir que no solo contuviera la verdad, sino que pudiera también atraer al pueblo. Luego, una vez convertidos e iniciados, cada uno se levantaría según sus fuerzas a las cosas misteriosamente dichas en el lenguaje al parecer sencillo. Y si se nos permite hablar un tanto audazmente, el estilo muy bello y trabajado de Platón y de los que escriben como él, a muy pocos ha sido de provecho (si es que ha aprovechado a alguno); a muchos, en cambio, el de quienes enseñan y escriben con más sencillez y mirando, a la vez, a la práctica y al común de las gentes. El hecho es que a Platón solo se lo ve en manos de

los que parecen ser doctos; a Epicteto, en cambio, vemos que lo admira todo el mundo, todo el que tenga alguna gana de aprovecharse, pues se dan cuenta del bien que les hace su lectura.¹

Al hablar así, no intentamos menospreciar a Platón, pues el mundo inmenso de los hombres ha sacado también de él provecho; lo que queremos es poner de manifiesto lo que quisieron decir los que decían: *Y mi palabra y mi predicación no estribó en discursos elocuentes de sabiduría humana, sino en ostentación de espíritu y de poder, a fin de que nuestra fe no se funde en sabiduría de hombres, sino en poder de Dios* (1Co 2,4-5). Ahora bien, la palabra divina dice que no basta lo que se dice, por muy verdadero y elocuente que sea, para llegar al alma humana, si no se da, a la par, al que habla un poder que viene de Dios y si en sus palabras no florece aquella gracia que tampoco se da sin disposición divina a los que hablan provechosamente. Y es así que en el salmo 67 dice el profeta: *El Señor dará palabras a los que llevan la buena nueva con virtud grande* (Sal 67,12). Demos, pues, de barato que, en ciertos puntos, las mismas doctrinas se hallan en los griegos y entre los que profesan nuestra religión; pero no tienen en uno y otro caso la misma virtud para atraer las almas y conformarlas con ellas. Por eso los discípulos de Jesús, que, respecto de la filosofía griega, eran gentes ignorantes, recorrieron muchos pueblos de la tierra y suscitaban en sus oyentes, según el mérito de cada uno, las disposiciones que el Verbo quería y ellos, según la inclinación de su libre albedrío a aceptar lo bueno, se hicieron mucho mejores.

3. La revelación natural de Dios

Manifiesten, pues, en buena hora, hombres antiguos y sabios, su sentir a los que son capaces de entenderlos; y, señaladamente, Platón, hijo de Aristón, defina en una de sus cartas el bien sumo, diciendo: “El bien primero no es en modo alguno decible, sino que, por la mucha familiaridad, viene a estar en nosotros y súbitamente, como de chispa que salta, se torna luz encendida en el alma” (Plat., *Epist.* VII 34le). También nosotros, al oír esto, lo aceptamos como cosa bien dicha, pues eso y cuanto bien se dice, Dios lo ha manifestado. Por eso justamente afirmamos que quienes han conocido la verdad acerca de Dios y no practicaron la religión digna de esa verdad, merecen el castigo de los pecadores. Y es así que sobre ellos dice literalmente Pablo: *La ira de Dios se*

1 ¿Leería Orígenes a Epicteto? En todo caso califica bien su estilo: “Como acontece con tal moral” no hay que leer demasiado de un tirón, pues tiene derecho a repetirse, y es palabra realmente viva, palabra de un hombre que no tiene siquiera formación retórica y a quien le redundará por la boca aquello de que tiene lleno el corazón. Habla la lengua plebeya de la vida diaria, solo íntimamente formado por los estoicos, cuya doctrina aprendió y profesa, sin que fuera, sin embargo, lo esencial, ni siquiera para sus discípulos, como el contacto con la diatriba cínica no es tampoco literario. Aquí no hay en absoluto literatura” (Wilamowitz-Moellendorff, o.c., p. 244).

revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que suprimen la verdad por la iniquidad. Porque lo que puede conocerse de Dios es manifiesto para ellos, puesto que Dios se lo ha manifestado. Porque lo que Él tiene de invisible, entendido, desde la creación del mundo, por medio de las criaturas, se contempla claramente: su eterno poder y su divinidad. De suerte que son inexcusables, pues, habiendo conocido a Dios, no lo glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se desvanecieron en sus razonamientos y su corazón insensato quedó entenebrecido. Los que decían ser sabios se hicieron necios y así mudaron la gloria del Dios incorruptible por la semejanza de una imagen de un hombre mortal y hasta de volátiles, cuadrúpedos y reptiles (Rm 1,18-23).

Ahora bien, también suprimen la verdad, como lo atestigua nuestra doctrina, los que piensan que el bien primero no es en manera alguna decible y afirman que, “gracias a la mucha familiaridad o trato con la cosa misma y a fuerza de convivencia, súbitamente, como de chispa que salta, se torna luz encendida en el alma y a sí mismo se nutre”.

4. “Debemos un gallo a Esculapio”

Sin embargo, los que tales cosas escribieron acerca del bien sumo, se bajan al Pirco para hacer oración a Artemis, a la que tienen por diosa y a ver la fiesta que organizan gentes vulgares (Plat., *Pol.* 327a). Y los que tan altamente filosofaron sobre el alma y explicaron la suerte que espera a la que vivió bien, abandonan la grandeza de las cosas que Dios les manifestó y piensan en cosas viles y minúsculas, como la paga del gallo a Asclepio (Plat., *Phaid.* 118a). Contemplaron, cierto, lo invisible de Dios y las ideas por la creación del mundo y las cosas sensibles, de las que se remontaron al mundo inteligible; vieron de manera no poco noble su eterno poder y divinidad; pero no por eso dejaron de desvanecerse en sus razonamientos y su corazón insensato se revolcó entre tinieblas e ignorancia acerca del culto de Dios. Y es de ver cómo los que alardean de su propia sabiduría y de la ciencia de Dios, se postran ante la semejanza de una imagen de hombre mortal, para honor, dicen, de Dios mismo. Y a veces, como los egipcios, se rebajan a los volátiles, cuadrúpedos y reptiles. Pero demos que, al parecer, algunos se hayan remontado sobre todo eso; sin embargo, se hallará que *cambiaron la verdad de Dios por la mentira y dieron culto a la criatura en lugar del Creador* (Rm 1,25). Por eso, ya que los sabios y eruditos entre los griegos erraron en sus prácticas acerca de la divinidad, Dios escogió lo necio de este mundo para confundir a los

sabios; y escogió lo innoble, lo débil, lo despreciado, lo que no tiene ser, para destruir lo que tiene ser y así, a la verdad, nadie pueda gloriarse delante de Dios (1 Co 1,29-29).

Nuestros primeros sabios, en cambio, Moisés, el más antiguo de todos y los profetas que le sucedieron, sabiendo que el bien primero no es en modo alguno decible, escribieron ciertamente, como si Dios se manifestara a sí mismo a los dignos y capaces, que Dios fue visto por Abrahán, Isaac y Jacob (cf. Gn 12,7; 26,2; 35,9). Pero quién fuera el que fue visto y de qué naturaleza y de qué modo y a quién semejante de los que hay entre nosotros, son puntos que dejaron para que los examinaran quienes pueden mostrarse semejantes a aquellos a quienes se apareció Dios, que no fue visto, por cierto, con ojos corporales, sino con el corazón limpio. Y es así que, según nuestro Jesús, *bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios* (Mt 5,8).

5. La luz, tema bíblico

En cuanto a lo otro de que “súbitamente, como de chispa que salta, se enciende una luz en el alma”, antes que Platón lo supo la palabra divina, que dijo por el profeta: *Encended para vosotros luz de conocimiento* (Os 10,12). Y Juan, que fue posterior al profeta mencionado, dice: *Lo que se hizo, en el Verbo era vida y la vida era la luz de los hombres, luz verdadera que alumbra a todo hombre que viene al mundo*, al mundo verdadero e inteligible y lo hace a Él mismo luz del mundo (Jn 1,3-4,9; Mt 5,14). *Esta luz brilló en nuestro Corazón, para iluminar el Evangelio de la gloria de Dios en la faz de Cristo* (2 Co 4,6). Por eso dice un profeta antiquísimo que profetizó muchas generaciones antes de Ciro (le llevaba en efecto cuarenta generaciones: cf. Mt 1,17): *El Señor es mi luz y mi salvador, ¿a quién temeré?* (Sal 26,1). Y: *Lámpara para mis pies es tu ley y luz para mis sendas* (Sal 118,105). Y: *Se ha señalado sobre nosotros la luz de tu rostro, Señor* (Sal 4,7). Y: *En tu luz veremos la luz* (Sal 35,10). E incitándonos a esta luz, la palabra divina nos dice por el profeta Isaías: *Ilumínate, ilumínate, Jerusalén, porque viene tu luz y la gloria del Señor ha amanecido sobre ti* (Is 60,1). Y el mismo Isaías, profetizando el advenimiento de Jesús, que nos aparta del culto de los ídolos, estatuas y demonios, dice: *Una luz ha aparecido a los que se sentaban en la región y sombras de la muerte; y otra vez: El pueblo que se sentaba en las tinieblas ha visto una luz grande* (Is 9,2).

He ahí, pues, la diferencia entre lo que bellamente dice Platón acerca del sumo bien y lo que se dice en los profetas sobre la luz de los bienaventurados. Y es de ver también que la verdad que

sobre esto hay en Platón de nada aprovechó a sus lectores en orden a la verdadera religión, ni al mismo Platón, que tales cosas especuló acerca del bien primero. El estilo, en cambio, sencillo de las divinas letras, hace que se sientan llenos de Dios quienes debidamente las leen y esta luz se alimenta en ellos por el aceite con que en cierta parábola (Mt 25,1ss) se dice que las vírgenes prudentes sustentan la luz de sus lámparas.

6. Lo que se puede y lo que no se puede escribir

Celso cita otro pasaje de la carta de Platón que dice así: “De haberme parecido que estas cosas podían escribirse o decirse suficientemente para el común de las gentes, ¿qué cosa más bella pudiéramos hacer en la vida que escribir cosas tan útiles a los hombres y sacar a luz la naturaleza ante los ojos de todos?” (Plat., *Epist.* VII 341d). Pues discurremos también brevemente sobre este punto. Que Platón tuviera o no algo más sagrado que escribir que lo que escribió, o algo más divino que lo que dejó a la posteridad, es punto que dejamos examine quien quiera según sus fuerzas; lo que queremos demostrar es que nuestros profetas pensaron cosas más altas que las que escribieron. Así Ezequiel recibe el rollo de un libro, *escrito por delante y por detrás, en que había lamentaciones, canto y ayes* y, por mandato de la palabra divina, se come el libro, para no escribirlo y entregarlo a los indignos (Ez 2,9-10; Ez 3,1). Y de Juan se escribe haber visto y hecho algo semejante (Ap 10,9). Pablo, por su parte, *oyó palabras indecibles, que no es lícito al hombre pronunciar* (2 Co 12,4). Y de Jesús, que es superior a todos estos hombres, se dice que hablaba la palabra de Dios a sus discípulos *en particular* (Me 4,34) y señaladamente al retirarse de entre la muchedumbre; pero qué cosas les dijera, no ha quedado escrito. No pareció, en efecto, a los evangelistas, que fuera posible escribir o decir estas cosas de modo conveniente para la multitud. Y, a decir verdad, con venía de tan grandes varones, mejor que Platón sabían ellos, por las ideas que por gracia de Dios recibían, qué cosas debían escribirse y cómo debían escribirse y qué otras no debían en manera alguna escribirse para el vulgo; y no menos, qué cosas debían decirse y qué otras callarse. Y el mismo Juan, para enseñarnos la diferencia de lo que se debe, o no, escribir, dice haber oído siete truenos que lo instruían acerca de ciertas cosas, pero que le prohibían, a la vez, poner por escrito sus palabras (Ap 10,4).

7. Ni Moisés ni los apóstoles dependen de Platón

Por lo demás, en Moisés y los profetas, que son más antiguos no solo que Platón, sino también que Hornero y aun anteriores a la invención de las letras entre los griegos (cf. IV 21), se pueden hallar cosas dignas de la gracia de Dios que los inspiraba y llenas de altos pensamientos. Y no hablaron así, como piensa Celso, malentendiendo a Platón. ¿Cómo iban a entender, ni bien ni mal, al que no había aún nacido? Y si se quiere aplicar el dicho de Celso a los apóstoles de Jesús, que fueron ciertamente posteriores a Platón, véase si no resulta de suyo absurdo decir que Pablo, fabricante de tiendas y Pedro, pescador y Juan, que dejó las redes de su padre, enseñaron cosas tan sublimes acerca de Dios por haber malentendido lo que dice Platón en sus cartas. Y aquí Celso, que ha comentado muchas veces que los cristianos piden fe inmediata, repite la misma canción como una novedad no antes dicha (cf. I 9; VI 10-11). Por nuestra parte, en cambio, nos remitimos a lo que sobre ello hemos dicho.

Celso cita otro pasaje de Platón en que dice que, “valiéndose de preguntas y respuestas” (Plat., *Epist.* VII 344b), ilumina con sus pensamientos a los que siguen su filosofía. A propósito de lo cual, demostremos por las sagradas letras, que también a nosotros nos exhorta la palabra divina a cultivar la dialéctica. Así Salomón dice: *La instrucción no argüida extravía* (Pr 10,17). Y Jesús, hijo de Sirac, que nos dejó el libro de la Sabiduría, afirma: *La ciencia del insensato son discursos sin examen* (Si 21,21). Los argumentos, pues, son mejor recibidos entre nosotros, pues sabemos que quien preside a la Iglesia ha de ser idóneo para argüir a los que contradicen (Tt 1,9). Y, si es cierto que algunos son negligentes en el ejercicio de atender a las lecturas sagradas (1 Tm 4,13) y de escudriñar las Escrituras (Jn 5,9) y en buscar, según el mandato de Jesús (Mt 7,7), el sentido de ellas y pedir a Dios luz sobre ello y llamar para que se nos abra lo que tiene cerrado, no por eso la palabra divina está vacía de sabiduría.

8. ¿Platón, hijo de Apolo?

Luego cita otros pasajes de Platón para probar que “el bien es conocido por pocos”, porque los muchos, “henchidos de desdén nada bueno y de alta y vana esperanza, como si hubieran aprendido cosas sagradas” (Plat., *Epist.* VII 341e), dan ciertas cosas por verdaderas y añade: “A pesar de que Platón pone estas palabras por proemio, no cuenta, sin embargo, prodigios, ni tapa la boca a quien quiera preguntar qué es a la postre lo que él profesa; ni manda sin más ni más que se empiece

creyendo que Dios es tal o cual y tiene tal o cual hijo y que este, bajado del cielo, habló conmigo. Pues también sobre esto puedo decir que Aristandro, si no me engaño, escribió sobre Platón que no fue hijo de Aristón, sino de un fantasma que, en forma de Apolo, se acercó a Anfictione. Y otros muchos platónicos han dicho lo mismo en la vida de Platón.² ¿Y qué decir de Pitágoras, que tantos prodigios se atribuyó a sí mismo, que en una fiesta general de los griegos mostró su muslo de marfil y dijo reconocer el escudo de cuando era Euforbo y del que se dice haber sido visto el mismo día en dos ciudades? El que quiera tachar de milagrería una historia sobre Platón y Sócrates, puede echar mano también del cisne que se puso junto a Sócrates en sueños y del maestro que, al presentársele el niño, dijo: “Este era, pues, el cisne” (Dioc. Laert., III 5). Y a “milagrería” atribuirá también, el tercer ojo que Platón vio que tenía el mismo. A los maliciosos y con ganas siempre de censurar las experiencias visionarias de los hombres que descuellan sobre el vulgo, jamás les faltará materia de calumnia y acusación. Y así se mofarán, como de una fantasía, del demonio o genio de Sócrates (cf. Plat., *Apol.* 3Id).

No inventamos, pues, prodigios increíbles al explicar la vida de Jesús, ni sus verdaderos discípulos escribieron discursos semejantes sobre Él. Pero Celso, que alardea de saberlo todo y que alega tantas cosas de Platón, se calló adrede, según creo, del texto sobre el Hijo de Dios que se halla en la carta de Platón a Hermias y Corisco. He aquí las palabras de Platón: “Y juraréis por el Dios de todas las cosas, príncipe de lo que es y de lo que será, padre y señor de la mente y de la causa; al que, si somos de verdad filósofos, conoceremos con tanta claridad como cabe en hombres bienaventurados” (Plat., *Epist.* VI 323; cf. Clem. Alex., *Strom.* V 102).

9. Platón, “cristianizado” por Orígenes

Celso cita otro pasaje de Platón que dice así: “Todavía tengo intención de hablar largamente de estas cosas; pues acaso, dichas estas, aparecerá más claro aquello de que hablo. Hay, en efecto, una palabra verdadera, contraria a quien se atreva a escribir nada sobre tales cosas, palabra por mí dicha ya antes, pero que parece debe repetirse aquí. En todo ser que existe hay tres factores de los que es menester que venga la ciencia; el cuarto es la ciencia misma; el quinto, hay que poner lo

² He aquí las referencias de Chadwick. Plutarch., *Mor.* 717e-718b; Diog. Laert., III, 2; Apul., *De Platone* 1,1; Olimpiod., *Vita Plat.* 1 (en el *Plato*, de Hermann, VI 191,2); Suidas s. v. *Plato*; Hieron., *Adv. Iovin.* 1,42. Era natural que, al hacerlo “divino”, se le buscara también nacimiento divino.

que es cognoscible y verdadero. De estos, el primero es el nombre, el segundo la palabra, el tercero la imagen y el cuarto la ciencia” (Plat., *Epist.* VII 342ab). Según esto, pudiéramos decir que Juan es introducido antes de Jesús como *voz que grita en el desierto* (Mt 3,3) por analogía con el *nombre* de Platón; segundo, después de Juan, viene Jesús, mostrado por aquel, a quien se aplican las palabras: *El Logos se hizo carne* (Jn 1,14), por analogía con el *logos* o palabra de Platón. Platón pone en tercer lugar la imagen; pero nosotros, aplicando el nombre de imagen a otra cosa, diremos más claramente que la impresión de las llagas que después del Logos se da en el alma, es el Cristo que mora en cada uno y viene del Cristo Logos. Ahora bien, la sabiduría, que es Cristo y mora en los perfectos de entre nosotros (1 Co 2,6), corresponde al cuarto elemento platónico, que es la ciencia, sépalo el que sea capaz de ello .

10. La fe cristiana no es ajena a la razón

Luego dice: “Ya ves como Platón, aunque ha asentado que el bien primero no es pronunciable con palabras, aduce, sin embargo, la razón de esta dificultad, para que no parezca que se refugia en lo indiscutible; pues tal vez la nada misma pudiera explicarse con palabras”. Celso alega el pasaje para demostrar que no debe creerse simplemente, sino dar razón de lo que se cree. Pues también nosotros vamos a aprovechar un texto de Pablo en que reprende a quien cree al azar, aquel en que dice: *A no ser que hayáis creído al azar* (1 Co 15,2).

Por lo demás, con sus repeticiones, nos fuerza Celso a que también nosotros nos repitamos. Así, después de las bravuconadas que ha dicho, como si fuéramos verdaderos bravucones, dice que “Platón no es arrogante ni miente, diciendo haber inventado algo nuevo ni haber bajado del cielo para anunciarlo, sino que confiesa de dónde procede lo que dice”. Ahora bien, quien tenga ganas de contradecir a Celso pudiera decir que también Platón fanfarronea cuando, en el discurso del *Timeo* que pone en boca de Zeus, dice: “Dioses de dioses, de los que yo soy artífice y padre”, etc. (Plat., *Tim.* 41a). Y si quiere defenderse eso por la mente de Zeus en ese discurso de Platón, ¿por qué quien examina la mente o sentido de las palabras del Hijo de Dios o del Creador en los profetas no dirá algo más que Zeus en el discurso del *Timeo*? Pues lo que distingue a la divinidad es la predicción de lo futuro, que no se dice según la naturaleza humana y por cuyo cumplimiento se juzga haber sido el Espíritu divino quien lo predijo.

Así, pues, no decimos a todo el que se nos acerca: “Ante todo cree que este de quien te hablo

es el Hijo de Dios”. No, a cada uno acomodamos nuestro discurso, conforme a su carácter y disposición, pues sabemos *cómo debemos responder a cada uno* (Col 4,6). Hay algunos a quienes solo cabe exhortar a que crean y eso les predicamos; a otros, en cambio, nos acercamos, en lo posible, con argumentos “por medio de preguntas y respuestas” (Plat., *Epist.* VII 344b). Ni decimos tampoco lo que en son de burla dice Celso: “Cree que este de quien te hablo es hijo de Dios, por más que fue prendido de la manera más deshonrosa y ajusticiado ignominiosísimamente y hace, como quien dice, unos días andaba a los ojos de todos, errante vergonzosamente” (cf. I 62; II 9). Ni tampoco afirmamos: “Por esto cree aún más”.³ No, nosotros procuramos decir a cada uno muchas más cosas aún que las arriba expuestas (II 10.17.18 etc.).

11. Jesús, Hijo de Dios

Después de esto dice Celso: “Si unos (se refiere a los cristianos) proclaman a este y otros, a otro y todos, tienen a mano como un santo y seña: Cree, si quieres salvarte, o márchate, ¿qué harán los que de veras quieren salvarse? ¿Tendrán que tirar dados al aire para adivinar a dónde hayan de volverse y a quién adherirse?” A esto también responderemos partiendo de la evidencia de los hechos: Si hubiera muchos de quienes se contara, como se cuenta de Jesús, que vino a vivir entre los hombres como hijos de Dios y cada uno de ellos se hubiera atraído gentes que lo siguieran, de suerte que resultara dudoso, por la similitud de sus pretensiones de filiación divina, quién fuera el atestiguado por sus creyentes, habría lugar para decir: “Si unos proclaman a este y otros, a otro y todos, tienen a mano como común santo y seña: Cree o márchate”, etc. Pero la verdad es que por todo lo habitado de la tierra se predica a Jesús como único Hijo de Dios, que vino a vivir entre los hombres. Porque los que, a la manera de Celso, supusieron que Jesús hizo falsos prodigios y por eso quisieron también hacerlos ellos, imaginando que habrían de poseer el mismo poder sobre los hombres, se demostró que no eran nada. Tales son Simón Mago, natural de Samaría y Dositeo, oriundo de la misma región. El uno decía ser la fuerza de Dios, llamada grande (Hch 8,10) y el otro se vendía por el mismo Hijo de Dios. Porque en ninguna parte de la tierra hay simonianos y eso que Simón, con el fin de atraerse más adeptos, libró a sus discípulos del peligro de muerte que

3 Esta afirmación de que los maestros cristianos exhortaban a creer más cuanto más ignominioso pareciera al objeto de la fe, la hubo de recoger Celso, como recogió otras, de boca misma de ellos; pero sin comprender su profundo sentido. Con su estilo inconfundible, erizado de paradojas, le hubiera replicado Tertuliano: “Crucificado fue el Hijo de Dios; no me avergüenzo de ello porque es cosa de que no hay que avergonzarse. Murió el Hijo de Dios; es cosa creíble porque es increíble. Resucitó después que fue sepultado; es cierto porque es imposible” (*De carne Christi* V 4: CCh 2,881).

se enseña a abrazar a los cristianos, enseñándoles a mirar la idolatría como cosa indiferente. Además, los simonianos no fueron en absoluto objeto de persecución, pues el demon malo que perseguía la doctrina de Jesús sabía que, por las enseñanzas de Simón, ninguna de sus particulares intenciones sería destruida. En cuanto a los dositeanos, ni en sus comienzos florecieron; ahora, en cambio, han decaído absolutamente, de suerte que se dice no llegar su número a treinta (cf. I 57).

También Judas el Galileo, como escribe Lucas en los Hechos de los Apóstoles, quiso proclamarse a sí mismo como hombre grande y antes de él Teudas; pero, como su doctrina no era de Dios, fueron muertos, e inmediatamente se dispersaron los que habían creído en ellos (Hch 5,36-37). No echamos, pues, dados al aire para adivinar a dónde hayamos de volvernos y a quién seguir, como si hubiera muchos que pudieran atraernos a sí, anunciándonos haber venido por disposición divina al género humano. Pero basta ya de esto.

12. Sabiduría humana y divina

Pasemos, pues, a otra acusación de Celso, que no conoce nuestros textos, sino que los tergiversa y así nos achaca afirmar nosotros que “la sabiduría de los hombres es necesidad delante de Dios”, siendo así que Pablo dice que la sabiduría del mundo es necesidad delante de Dios (Col 1). Y añade que “la causa de ello está de muy atrás dicha”; y la causa, según él se imagina, es que, por este texto, solo queremos atraer a los incultos y tontos. Pero, como él mismo indica, lo mismo dijo ya más arriba (I 27; III 44.50.55.74.75; VI 13.14) y nosotros, según nuestras fuerzas, refutamos su discurso. Sin embargo, quiso hacer ver que esto fue inventado por nosotros y tomado de los sabios griegos, según los cuales, una es la sabiduría humana y otra la divina. Y alega a este propósito dos textos de Heráclito, uno en que dice: “El carácter humano no tiene conocimiento, lo tiene, en cambio, el divino” y otro: “Un hombre maduro es reputado necio respecto de la divinidad, como un niño respecto de un hombre maduro” (Heracl., fragm.78-79, Diels). También cita de la Apología de Sócrates, escrita por Platón, estas palabras: “Porque yo, atenienses, no por otra razón he adquirido este renombre (de sabio), sino por algún linaje de sabiduría. Pero ¿de qué sabiduría? La que es tal vez sabiduría humana, pues en esta pudiera yo ser sabio” (PLAT., Apol. 20d). Tales son las citas de Celso; pero yo puedo añadir a ellas otra tomada de la carta platónica a Hermias, Erasto y Coriseo: “No obstante ser viejo, afirmo que a Erasto y Hermias les falta, además de esa hermosa

sabiduría de las formas, la otra sobre los hombres malvados e inicuos, que es una fuerza de prevención y defensa. Son, en efecto, inexpertos, por haber vivido mucha parte de su vida con nosotros, que somos hombres moderados y no malvados. Por eso dije que les faltaban estas cosas, a fin de que no se vean forzados a descuidar la verdadera sabiduría y se entreguen más de lo debido a la sabiduría humana, también necesaria” (PLAT., Epist. VI 322de).⁴

13. La sabiduría divina, carisma del Espíritu

Así, pues, según esto, hay una sabiduría divina y otra humana. Y la humana es la que se llama, según nosotros, sabiduría del mundo, que es necedad delante de Dios; la divina, en cambio, que es distinta de la humana, si es realmente divina, procede de la gracia de Dios, que la da a los que se hacen idóneos para recibirla; a aquellos señaladamente que, por conocer la diferencia que va de una a otra, dicen a Dios en sus oraciones: *Aunque alguien fuere perfecto entre los hijos de los hombres, si de él se aparta tu sabiduría, será reputado en nada* (Sb 9,6). Y por nuestra parte afirmamos que la sabiduría humana es palestra del alma; el fin, en cambio, la divina, que se dice también ser manjar sólido del alma por el que dijo: *De los perfectos es el manjar sólido, de los que por el hábito tienen ejercitados sus sentidos para discernir lo bueno y lo malo* (Hb 5,14).

Antiguo, en verdad, es este modo de pensar y su antigüedad no se remonta, como piensa Celso, a Heráclito y Platón. Efectivamente, mucho antes que estos, distinguieron los profetas una y otra sabiduría. De momento basta citar, de las Palabras de David, lo que se dice del sabio en sabiduría divina: *No verá, dice, la corrupción, cuando viere morir a los sabios* (Sal 48,10). Así, pues, la divina sabiduría, en cuanto es distinta de la fe, es el primero de los que se llaman carismas o dones de Dios; el segundo después de ella es la llamada gnosis o ciencia, que se concede a los que saben puntualmente estas cosas; y el tercero es la fe, pues también han de salvarse los sencillos que se acercan según sus fuerzas a la religión. De ahí que se diga en Pablo: *A uno, por el Espíritu, se le da palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia, según el mismo Espíritu; a otro, fe por el*

⁴ La razón porque a Hermias y compañía les falta la sabiduría sobre los malvados e inicuos, es porque han vivido la mayor parte de su vida con gentes honradas. Es la misma doctrina de la *Politeia* (409cd): “Pero el hábil aquel y rápido en la sospecha, que ha cometido por su cuenta muchas iniquidades y se imagina ser astuto y sabio, cuando trata con gentes de su calaña, aparece como un genio en precaverse, pues no tiene sino mirar a modelos de maldad que en sí mismo lleva; pero cuando se acerca a hombres buenos y ya ancianos, aparece como un necio, desconfiando a destiempo y desconociendo todo buen carácter, pues no tiene dentro de sí modelo del mismo. Pero como trata más veces con malvados que con buenos, le parece a sí mismo y a los otros ser más bien sabio que ignorante”. ¡De pareja sabiduría y de parejos sabios, *liberanos, Domine!* ¡Y cuantos se nos han acercado con su “paradigma” de astucia y maldad! ¡Dios los haya perdonado, pues algunos andan ya por el otro mundo! A los que quedan los perdonamos nosotros, pues nos han enseñado, siquiera en “el umbral de la vejez”, paradigmas que no conocimos jamás por experiencia propia.

mismo Espíritu (1 Co 12,8-9). Por eso no se ve que cualquiera participe de la sabiduría divina, sino los que descuellan y se distinguen entre todos los que profesan el cristianismo; ni nadie expondrá los temas de la sabiduría divina “a las gentes más incultas, a los esclavos e ignorantes”.

14. Los cristianos no son una muchedumbre de incultos

Celso, en verdad, llama incultísimos, esclavos e ignorantes a los que ignoran, creo, sus propios temas y no están instruidos en las ciencias de los griegos; nosotros, en cambio, tenemos por la gente más inculta a los que no se avergüenzan de hablar a seres inanimados (cf. Sb 1,17-18), invocan para salud a lo enfermo, piden vida a lo muerto y suplican socorro de lo más impotente. Y si hay quienes sostienen que eso no son los dioses, sino imitaciones y símbolos de los verdaderos dioses (cf. III 40; VII 62), no por eso dejan de ser incultos, esclavos e ignorantes los que se imaginan que de manos de artesanos puedan salir imitaciones de la divinidad (cf. I 5); y afirmamos que los últimos de los nuestros están libres de esta incultura e ignorancia, mientras los más inteligentes entienden y comprenden la divina esperanza. Pero también decimos que no es posible que comprenda la divina sabiduría quien no se haya ejercitado en la humana; lo que no es obstáculo para que confesemos que, en parangón con la divina, toda humana sabiduría es necesidad.

Luego, cuando su deber era demostrar su tesis, nos llama “hechiceros” y dice que “huimos a todo correr de gentes educadas, por tenerlas por poco preparadas para ser engañadas y atrapamos a los más rústicos” (cf. I 27). Es que no vio cómo desde los orígenes y desde el principio hubo entre nosotros sabios formados también en las ciencias de fuera; un Moisés, que estaba en toda la sabiduría de los egipcios (Hch 7,22); Daniel, Ananías, Azarías y Misael en todas las letras de los asirios (Dn 1,17ss), de suerte que se halló que ellos sabían diez veces más que los sabios de allí. Y, actualmente, si se comparan con el tumulto, las iglesias tienen pocos sabios que se hayan convertido procedentes de la que nosotros llamamos sabiduría carnal; pero los tienen incluso los que se han pasado de esa sabiduría a la divina.

15. La humildad cristiana

Seguidamente, como quien ha oído campanadas sobre la humildad, pero no la ha entendido puntualmente, quiere Celso desacreditar la que nosotros enseñamos, que, según él, sería una mala inteligencia de palabras de Platón en algún pasaje de las *Leyes*: “Dios, según nos dice la misma

tradición antigua, teniendo en sí el principio, fin y medio de todo lo que existe, camina por vía recta y marcha conforme a naturaleza. A él acompaña siempre la justicia, vengadora de las infracciones de la ley divina y todo el que quiera ser feliz la ha de seguir humilde y templado” (Plat., *Leg.* 715e). Pero no advirtió que hombres mucho más antiguos que Platón oraban de esta manera: *Señor, mi corazón no se ha exaltado, ni se alzaron mis ojos altaneros, ni he caminado en cosas grandes, ni en maravillas que me sobrepasan, pero he sentido humildemente* (Sal 130,1-3). El pasaje pone además de manifiesto que el humilde “no se abate indecorosa e inconvenientemente, postrándose sobre sus rodillas y echándose a tierra boca abajo, vistiendo hábitos de mendigos y ensuciándose de ceniza la cabeza”.⁵ Y es así que el humilde, según el profeta, no obstante caminar en cosas grandes y maravillosas que están por encima de él, que son los dogmas verdaderamente grandes y los maravillosos pensamientos, se humilla bajo la poderosa mano de Dios (1 P 5,6). Ahora bien, si hay quienes, no penetrando por su ignorancia la doctrina sobre la humildad, hacen esas cosas, no hay por qué culpar a nuestra religión, sino tener consideración a quienes en su ignorancia aspiran a lo mejor; pero, por esa misma ignorancia, no lo consiguen. Más humilde y ordenado efectivamente que el humilde y ordenado del que habla Platón es el que, ordenado al caminar en cosas grandes y maravillosas que lo sobrepasan, es, no obstante, humilde, porque, aun estando entre esas cosas, se humilla voluntariamente, no bajo el primero que viene, sino bajo la poderosa mano de Dios, por amor de Jesús, maestro de esta doctrina: *Él, que no tuvo por rapiña ser igual a Dios, sino que se anonadó a sí mismo, tomando forma de siervo; y, visto en lo externo como hombre, se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz* (Flp 2,6-8). Y es tan grande esta doctrina de la humildad, que por maestro de ella tenemos, no a cualquiera, sino a nuestro gran salvador mismo que dijo: *Aprended de mí, porque soy manso y humilde de corazón y hallaréis descanso para vuestras almas* (Mt 11,29).

16. ¿Jesús, plagario de Platón?

Luego nos viene Celso con que la sentencia de Jesús contra los ricos: *Más fácil es que un*

⁵ Según Chadwick, aquí reproduciría Celso rasgos del sistema penitencial primitivo, tal como los trae Tertull. (*De Paenit.* 9 cf. 11) sobre la repugnancia que sentían algunos cristianos por su práctica. Teofrasto (*Char.* 16) tiene la postración por característica del hombre supersticioso: “Y al pasar junto a una de esas piedras relucientes que hay en las encrucijadas, verter el aceite de su alcuza y ponerse de rodillas y adorarla y luego marcharse”. Y aunque no ataña ya al tema, no es posible omitir el rasgo que sigue: “Y si un ratón ha roído un saco de cebada, presentarse al intérprete y preguntarle qué debe hacer, y sí responde que lo dé al saquero para que lo remiende, no atender a esto, sino sacrificar para librarse del maleficio” (versión de M. F. Galiano, Madrid 1956).

camello pase por el ojo de una aguja que no que un rico entre en el reino de los cielos (Mt 19,24), fue dicha derechamente por Platón y Jesús no habría hecho sino corromper el pasaje platónico que dice “es imposible que uno sea extraordinariamente bueno y extraordinariamente rico” (Plat, *Leg.* 743a). Pero ¿quién que sea medianamente capaz de interpretar los hechos no se reirá de Celso, no sólo de entre los que creen en Jesús, sino de entre los demás hombres, al oírle decir eso? ¡Jesús, que nació y se crió entre los judíos, que era tenido por hijo de José, el carpintero y no aprendió las letras no solo de los griegos, pero ni siquiera (de los hebreos, como atestiguan con amor a la verdad las Escrituras que de Él tratan (Mt 13,54; Mc 6,2; Jn 7,15), habría leído a Platón y, enamorado de la sentencia de este sobre los ricos de que “es imposible ser uno a la vez extraordinariamente bueno y rico”, la corrompió y de ella hizo la suya de “es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que no que un rico entre en el reino de los cielos!” Si Celso no hubiera leído los evangelios con odio y hostilidad, sino con amor a la verdad, hubiera comprendido por qué se tomó el camello, animal voluminoso y torcido por constitución, como término de comparación con el rico y qué quería decir el ojo estrecho de la aguja para quien dijo ser estrecho y angosto el camino que lleva a la vida (Mt 7,14). Y hubiera podido notar que, según la ley, este animal se cuenta como impuro, pues tiene algo aceptable, que es ser rumiante; pero algo también reprehensible, que es no tener la pezuña hendida; hubiera examinado cuántas veces y a qué propósitos se toma el camello como ejemplo en las divinas Escrituras y ver así la mente de la palabra divina sobre los ricos y no hubiera pasado por alto las bienaventuranzas de Jesús en favor de los pobres y sus imprecaciones contra los ricos (Mt 5,3; Lc 6,2).. ¿Hablabas así de pobres y ricos respecto de las cosas sensibles, o conoce el Logos una pobreza desde todo punto de vista bienaventurada y una riqueza desde todo punto de vista condenable? Porque ni el más vulgar alabaría sin distinción a los pobres, la mayor parte de los cuales son de malísimas costumbres.⁶ Pero basta de esto.

17. Las tinieblas, escondrijo de Dios

Luego pretende Celso rebajar lo que nuestras Escrituras dicen acerca del reino de Dios (cf. I 39; III 59; VIII 11); pero nada cita de ellas, como si no merecieran que él las extractara; o acaso porque ni las conocía; alega, en cambio, textos de Platón, tomados de las cartas y del *Fedro*, como

⁶ Cf. Clem. Alex., *Strom.* IV 25,4; *Quis dives* XVII 4: “Del mismo modo hay una pobreza bienaventurada, que es la espiritual. Por eso añadió Mateo: *Bienaventurados los pobres...* ¿Como? *Los de espíritu.* Y en lo otro: *bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia de Dios* (Mt 5,3,6). Luego desgraciados los pobres contrarios, que no tienen parte en Dios y menos en la posesión humana, ni gustan de la justicia de Dios”.

cosas divinamente dichas, lo que no tendrían nuestras letras. Vamos, pues, a alegar nosotros unas pocas cosas para contrastarlas con lo que dice Platón, no sin elocuencia, pero que no fue parte para que el filósofo adoptara una conducta, digna siquiera de sí mismo, en orden a la religión del Hacedor del universo. Esa religión no debió mancharla ni profanarla con la que nosotros llamamos idolatría, o, usando el nombre que diría el vulgo, con la superstición.

Ahora bien, en el salmo 17 se dice, con cierto estilo hebraico, acerca de Dios que *puso por su escondrijo las tinieblas* (Sal 17,12). Con lo que quiso dar a entender la Escritura que es oscuro e incognoscible lo que dignamente pudiera pensarse de Dios, como quiera que Él mismo se esconde entre tinieblas de los que no pueden soportar los esplendores de su conocimiento⁷ ni verlo a Él mismo, ya fuera por causa de la impureza del espíritu, ligado que está al cuerpo de humillación humano (Flp 3,21), ya por su misma limitada capacidad para comprender a Dios. Rara vez llega a los hombres el conocimiento de Dios y en muy pocos se encuentra y, para poner este hecho de manifiesto, se escribe de Moisés que *entró en la oscuridad donde estaba Dios* (Ex 20,1). Y del mismo Moisés se dice: *Solo Moisés se acercará a Dios, pero los otros no se acercarán* (Ex 24,2). Otra vez, para representarnos el profeta lo profundo de las doctrinas sobre Dios, profundidad incomprendible para quienes no tienen aquel espíritu que todo lo escudriña, hasta las profundidades de Dios (1 Cor 2,10), dice así: *El abismo es su vestimenta, como un manto* (Sal 103,6). Es más, nuestro mismo Salvador y Señor, Verbo que es de Dios, nos hace ver la grandeza del conocimiento del Padre cuando nos dice que, digna y principalmente, solo por Él mismo es comprendido y conocido y, en segundo lugar, por los que tienen iluminada su mente por el mismo Verbo-Dios: *Nadie conoce al Hijo sino el Padre; ni nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo revelar* (Mt 11,27). Y es así que ni al increado y primogénito de toda la creación (Col 1,15) lo puede nadie conocer dignamente como el Padre que lo engendró, ni al Padre como el que es Verbo vivo, sabiduría y verdad suya. Participando de Él, que es quien quita del Padre las tinieblas que puso por su escondrijo y el abismo de que se cubrió como de vestimenta y revelándonos así al Padre, lo conoce todo el que es capaz de conocerlo.

⁷ Alusión verbal a Plat., *Pol.* 518a; cf. *supra* IV 15.

18. Sublimidades platónicas

Estas pocas cosas he pensado alegar de entre tantas como los hombres santos pensaron acerca de Dios, para demostrar que, para quienes tienen ojos capaces de ver lo que de sagrado hay en las Escrituras, las letras inspiradas de los profetas contienen algo más venerable que los discursos platónicos tan admirados por Celso. Ahora, pues, el texto de Platón alegado por Celso es de este tenor: “En torno al rey de todas las cosas gira todo y todo es por causa suya y él es la causa de todo lo bello. Lo segundo gira en torno a lo segundo y lo tercero en torno a lo tercero. Ahora bien, el alma humana apetece conocer esas cosas y su naturaleza, mirando a lo que está emparentado con ella, nada de lo cual la satisface. Respecto, en cambio, del rey y de las cosas que he dicho, no sucede nada semejante” (Plat., *Epist.* II 312e).⁸ Por mi parte, pudiera citar lo que se dice sobre los que llaman los hebreos serafines, que se describen en Isaías y velan la faz y los pies de Dios (Is 6,2) y sobre los que se llaman querubines, que describió Ezequiel y sobre sus formas, digámoslo así, y de qué modo se dice que Dios es llevado por los mismos (Ez 1,5-27; 10,1-21). Pero como estas cosas están dichas de forma muy oscura por razón de los indignos e irreligiosos, incapaces de seguir la magnificencia y sublimidad de la ciencia de Dios, no he creído conveniente disertar en este escrito acerca de ellas.

19. Platón y los profetas

Seguidamente dice Celso que algunos cristianos, tergiversando dichos de Platón, “se glorían de un Dios supra celeste y trascienden el cielo de los judíos”. No dice aquí Celso con toda claridad si trascienden también el Dios de los judíos o solo el cielo por el que juran los judíos (Mt 5,34). Ahora bien, no es nuestro propósito hablar aquí de los que predicán un Dios distinto del que adoran los judíos; queremos más bien defendernos a nosotros mismos y mostrar cómo los profetas de los judíos, que nosotros aceptamos, no pudieron tomar nada de Platón, pues fueron más antiguos que él. Luego tampoco hemos tomado de Platón la frase que dice: “En torno al rey de todas las cosas gira todo y por causa de él es todo”. No, nosotros hemos aprendido cosas mejor dichas por los profetas, una vez que Jesús y sus discípulos nos aclararon la mente del Espíritu que hablaba por

⁸ Este pasaje platónico fue interpretado de la Trinidad por Justino (I *Apol.* 60.7): “Porque Platón da el segundo lugar al Verbo, que viene de Dios y Él dijo estar esparcido en forma de x por el universo; y el tercero al Espíritu, que dijo cernirse por encima de las aguas y así dice: Y lo tercero sobre lo tercero” (cf. mis *Apol. griegos del siglo II* p.248). Cf. también Clem. Al., *Strom.* V 103,1; Athen., *Leg.* 23. Según Hippol. VI 37,5), Valentín tomó la idea del Pléroma de este pasaje (Chadwick). Platón rondaba las cabezas de los padres como las de cualesquiera otros.

ellos y que no era otro que el Espíritu de Cristo. Ni fue tampoco el filósofo quien primero habló del lugar supra celeste; mucho antes había hablado David de la profundidad y muchedumbre de ideas acerca de Dios de quienes se remontan por encima de lo sensible, cuando dijo en el libro de los Salmos: *Load a Dios los cielos de los cielos y las aguas que están sobre los cielos loen el nombre del Señor* (Sal 148,4).

Por mi parte, no dudo que Platón aprendió de algunos hebreos las palabras que escribe en el *Fedro*, o que, como algunos han escrito (cf. Josef., *Contra Ap.* II 36; Justin., *Apol.* I 59-60, y Clem. Alex., *passim*),⁹ después de leídos los escritos proféticos, citó de ellos lo que dice: “El lugar supra celeste ni lo ha cantado hasta ahora poeta alguno terreno, ni lo cantará jamás dignamente”, etc. (Plat., *Phaidr.* 247c). Donde se dice también esto: “Este lugar ocupa la esencia sin color ni figura, intocable, la que es de verdad esencia, solo contemplable por la inteligencia, piloto del alma, sobre la que versa el género de la verdadera ciencia” (ibid.). En los discursos de los profetas estaba educado Pablo y ansiando las cosas supra terrenas y supra celestes y no dejando piedra por mover para alcanzarlas, dice en su segunda carta a los corintios: *Porque una tribulación nuestra, momentánea y ligera, nos produce, sobre toda ponderación, un eterno peso de gloria, a condición de que no miremos las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son transitorias, y las que no se ven, eternas* (2 Co 4,17-18).

20. Comentario paulino y platónico

Para quienes son capaces de entender, Pablo presenta aquí derechamente las cosas sensibles, a las que llama cosas que se ven y las inteligibles, solo comprensibles por la mente, a las que da nombre de *cosas que no se ven*. Y sabe además que las cosas sensibles y que se ven son temporales y las inteligibles y que no se ven, eternas. Y como quería llegar a la contemplación de las cosas eternas, sostenido por su deseo de ellas, toda tribulación la reputaba por nada y por cosa ligera. Y en el momento mismo de la tribulación y los trabajos, lejos de dejarse abatir por ellos, se le hacía ligero todo tormento por razón de la contemplación de aquellas realidades eternas. Porque nosotros tenemos un sumo sacerdote que, por la grandeza de su poder y de su inteligencia, atravesó los

⁹ La idea de que Platón dependía de Moisés fue lugar común de la apologética judía y cristiana; así Josefo (*Contra Ap.* II 36): “Platón señaladamente imitó a nuestro legislador, aun en lo de no encarecer enseñanza alguna a los ciudadanos como la de que todos aprendieran puntualmente las leyes y sobre la necesidad de que ningún extraño se mezclara al azar con ellos; y así proveyó a que se mantuviera pura la constitución de los que perseveraban en la guarda de las leyes”. ¡Realmente, Platón visto por un judío!

cielos, a Jesús, Hijo de Dios (Hb 4,14). El prometió a los que de veras aprendan las verdades divinas y conforme a ellas vivieren, llevarlos por encima de las cosas terrenas, pues dice: *Para que, donde yo voy, estéis también vosotros* (Jn 14,3). Por eso, nosotros esperamos que, después de los trabajos y combates de aquí, llegaremos a lo más alto de los cielos y, tomando, según nos enseña Jesús, *fuentes de agua que salta hasta la vida eterna* (Jn 4,14) y, abarcando ríos de contemplaciones, estaremos con las que se llaman aguas encima de los cielos que alaban el nombre del Señor (Sal 148,4-5). Y en tanto lo alabamos, “no seremos llevados fuera de la circunferencia del cielo” (Plat., *Phaidr.* 247c), sino que contemplaremos continuamente lo invisible de Dios; no ya entendido por nosotros, por las criaturas desde la creación del mundo (Rm 1,20), sino, como dijo el auténtico discípulo de Jesús, *cara a cara*; a lo que añade: *Cuando viniere lo perfecto, desaparecerá lo parcial* (1 Co 13, 12. 10).

21. Mitología celeste

Las Escrituras recibidas en las iglesias de Dios nos hablan de siete cielos, ni, en general, de un número determinado de ellos; sí, de cielos, ya sea que sus palabras se refieran a las esferas de lo que llaman los griegos planetas, o quieran enseñar algo más misterioso. Que haya para las almas un camino hacia la tierra y desde la tierra, Celso lo afirma, siguiendo a Platón (Plat., *Phaidr.* 248cd; *Tim.* 41d-42e), y dice que pasa por los planetas; pero Moisés, el más antiguo de nuestros profetas, en una visión de nuestro antepasado Jacob, dice que vio este un ensueño divino, una escalera que llegaba hasta el cielo y ángeles de Dios que subían y bajaban por ella y al Señor fijo en su punta (Gn 28,12-13). Si Moisés, con este relato de la escalera, aludía a eso o quiso dar a entender cosas más altas, no lo sabemos. Sobre el tema escribió Filón un libro (Philo, *De somniis*), que merece prudente e inteligente examen por parte de los amantes de la verdad.

22. Los misterios de Mitra

Luego, queriendo Celso ostentar su erudición en el libro escrito contra nosotros, expone también ciertos misterios persas, en que dice: “También se da oscuramente a entender esto en la doctrina de los persas y en los misterios de Mitra, que son de origen persa. Hay, efectivamente, en ellos una representación de las órbitas del cielo, de la fija y de la de los planetas y del paso por ellas del alma. He aquí el símbolo: una escalera de siete puertas y en su cima una octava puerta.

La primera de las puertas es de plomo, la segunda de estaño, la tercera de bronce, la cuarta de hierro, la quinta de aleación, la sexta de plata y la séptima de oro. La primera la atribuyen a Cronos (Saturno), significando con el plomo la lentitud de este astro; la segunda a Afrodita (Venus), comparando con ella lo brillante y blando del estaño; la tercera a Zeus (Júpiter), por ser de base broncea y firme; la cuarta a Kermes (Mercurio), porque tanto el hierro como Kermes resisten todo trabajo, ganan dinero y están muy elaborados; la quinta a Ares (Marte), por ser desigual y diversa por causa de la mezcla; la sexta a la Luna, por ser de plata y la séptima al Sol, por dorada, metales que imitan los colores del Sol y la Luna”. Luego examina la causa del orden de los astros así enumerados, indicado simbólicamente en los nombres de la desigual materia, e inserta discursos musicales con la teología persa que expone. Luego tiene empeño en añadir una segunda explicación, que se atiende también a teorías musicales. Ahora bien, me ha parecido fuera de lugar alegar aquí los textos de Celso sobre el particular, pues sería hacer lo mismo que él hace, trayendo impertinentemente a cuento, para acusar a cristianos y judíos, no solo sentencias de Platón, con que debiera haberse contentado, sino también, como él dice, “los misterios persas de Mitra y su explicación”. Pero sea mentira o verdad lo que los persas predicán acerca de Mitra, ¿por qué razón expuso Celso esos misterios con preferencia a otros y sus explicaciones? Porque no parece que los misterios de Mitra gocen entre los griegos de más predicamento que los eleusinos o los de Mecate, que se muestran a los iniciados en Egina. Y si prefería describir misterios bárbaros con sus interpretaciones, ¿por qué no echó más bien mano de los egipcios, de que muchos alardean, o de los capadocios bajo la advocación de Artemis en Comana, o de los tracios o de los mismos romanos, en que se inician los miembros más nobles del senado? Y si le pareció impertinente tomar nada de ellos, por no venir en absoluto a cuento para acusar a judíos y cristianos, ¿cómo no vio la misma impertinencia en los misterios mitríacos?

23. Misterios bíblicos

Pero si alguien desea iniciarse en una ciencia misteriosa sobre la entrada de las almas a lo divino, no por datos de la más oscura secta citada por Celso, sino por libros originariamente judaicos, leídos en las sinagogas, pero que también los cristianos aceptan, o por otros puramente cristianos, lea las visiones del profeta Ezequiel consignadas al final de su profecía (Ez 48,31-35); o lea también, del Apocalipsis de Juan, la descripción de la ciudad de Dios, la Jerusalén celeste, de

sus cimientos y sus puertas (Ap 21). Y si es capaz de entender por símbolos el camino señalado para los que han de caminar a lo divino, lea el libro de Moisés que lleva por título Números y busque quien lo introduzca sobre los misterios que encierran los campamentos de los hijos de Israel; averigüe de qué naturaleza eran los campamentos ordenados hacia las partes de oriente, que son los primeros; de qué naturaleza los ordenados hacia el sudoeste y sur, cuáles junto al mar y cuáles, mencionados los últimos, hacia el norte (Nm 2). En estos pasajes hallará seguramente ideas no despreciables y no, como imagina Celso, de las que piden oyentes necios y esclavos. Comprenderá, en efecto, de quién se habla en ellos, así como la naturaleza de los números allí designados y que convienen a cada tribu. Exponer aquí cada uno de estos puntos no nos ha parecido oportuno.

Por lo demás, sepa Celso y los que lean su libro, que en ningún pasaje de las Escrituras tenidas por auténticas y divinas se dice que existan “siete cielos”; y que ni nuestros profetas, ni los apóstoles de Jesús, ni el Hijo mismo de Dios dicen nada que “hayan tomado de los persas o de los cabiros”.

24. El diagrama de los ofitas

Después de lo que dice tomado de los misterios mitríacos, afirma Celso: “Quien quiera examinar a la vez un misterio o iniciación cristiana y el antedicho de los persas, comparándolos unos con otros y poniendo al desnudo el misterio cristiano, comprenderá la diferencia que va de uno a otro”. Y es de notar que, cuando Celso sabía nombres de sectas, no vaciló en citar las que parecía conocer; pero donde más era menester hacer eso, si las sabía y señalar qué secta usa el diagrama que describe, no lo hace. Sin embargo, por lo que sigue me parece que su diagrama, descrito en parte, se funda en malas inteligencias de la secta, a mi juicio, más oscura, la de los ofitas. Llevados de nuestro amor a la verdad, hemos dado con ese diagrama, en que encontramos fantasías, como las llamó Pablo, de *hombres que se cuelan en las casas y cautivan a mujercuelas, cargadas de pecados, traídas y llevadas de concupiscencias varias, que están siempre aprendiendo y no son jamás capaces de llegar al conocimiento de la verdad* (2 Tm 3,6-7). Pero el diagrama era tan de todo en todo inverosímil, que ni siquiera lo aceptaban las mujercuelas, tan fáciles de engañar, ni esos rústicos en grado superlativo, prontos a dejarse llevar por todo lo que tenga visos de probabilidad. Como quiera que sea, por más que hemos recorrido por muchos lugares de la tierra y hemos inquirido por todas partes a los que profesaban saber algo, a nadie hemos encontrado que enseñara

lo que contiene el diagrama.

25. Se describe, en parte, el diagrama

En él había una pintura de diez círculos, separados entre sí, pero encerrados dentro de otro círculo, que se decía ser el alma del universo y se llamaba Leviatán. De este decían las Escrituras de los judíos, sea cual fuere su sentido oculto, que fue plasmado por Dios como un juguete. Así hallamos en los Salmos: *Todo lo has hecho sabiamente, la tierra henchida está de tus hechuras. ¡Mira ese grande mar, su anchura inmensa! Por él corren las naves, animales pequeños, otros grandes y ese dragón, juguete que tú hicieras* (Sal 103,24-26). En lugar de *dragón*, el texto hebraico trae *leviatán*. Ahora bien, el impío diagrama dice que es el alma, que penetra el universo, ese leviatán que tan claramente condena el profeta. Hallamos también en él al que se llama Beemoth, colocado después del círculo más bajo. El autor de este abominable diagrama inscribió a este leviatán sobre el círculo y en el centro de este, de forma que puso dos veces su nombre.

Dice además Celso que “el diagrama estaba dividido por una gruesa raya negra” y afirma habersele dicho que esta era la *gehenna*, llamada también tártaro. Como quiera que en el Evangelio hallamos escrito *gehenna* como lugar de tormentos (Mt 5,22 *et passim*), hemos inquirido si aparece ese nombre en algún pasaje de las antiguas Escrituras, ya que también los judíos emplean la palabra. Hemos hallado, pues, que en la Escritura se nombra un “valle del hijo de Ennom”; pero hemos sabido que en el texto hebreo, en vez de valle, aunque con el mismo significado, se dice “valle de Ennom y gehenna” (cf. Jr 7,31ss; 39,32-35). Leyendo más despacio, hemos hallado que la gehenna o valle de Ennom se enumera en la suerte que le tocó a la tribu de Benjamín, donde estaba también Jerusalén. Y examinando la ilación o consecuencia de haber una Jerusalén celeste con la herencia de Benjamín y el valle de Ennom, hemos descubierto algo que puede aplicarse al tema de los castigos, a la purificación, por el tormento, de tales almas, según el texto que dice: *Mirad que el Señor viene como fuego de horno de fundición y como hierba de batanero; y se sentará a fundir y purificar, como si fuera plata y oro* (Ml 3,2-3).

26. Celso da golpes de ciego

Y así, en torno a Jerusalén serán castigados los que son fundidos, porque admitieron en la sustancia misma de su alma la maldad, que figuradamente se llama en alguna parte plomo. De ahí

que, en Zacarías, la iniquidad estaba sentada en un talento de plomo (Za 5,7). Ahora bien, todo lo que sobre este tema pudiera decirse, ni son cosas que puedan explicarse a todos ni es este momento oportuno. Ni deja de tener también su peligro confiar claramente a la escritura estos temas, como quiera que el vulgo no necesita más enseñanza sobre este punto sino que un día serán castigados los que pecan. Ir más allá de esa enseñanza no es cosa provechosa, pues hay quienes a duras penas se contienen, por el miedo al castigo eterno, de precipitarse en el torrente de la maldad y de los pecados que de ella nacen.

Así, pues, ni los autores del diagrama ni Celso conocen la doctrina sobre la gehenna; pues ni aquéllos blasonarían de pinturas y diagramas como si con ellos pusieran la verdad ante los ojos, ni Celso hubiera insertado en su escrito contra los cristianos, como acusación contra ellos, cosas que los cristianos no dicen, sino algunos que tal vez ni existen ya, sino que han desaparecido de todo punto o, por lo menos, se han reducido a un puñado, contables con los dedos de la mano. Y como no atañe a los que profesan la filosofía platónica salir en defensa de Epicuro y sus impías doctrinas, así tampoco nos incumbe a nosotros defender lo que en el diagrama se contiene ni rebatir lo que dice Celso contra el mismo. Por eso omitimos como cosas impertinentes y dichas al aire todo lo que a ese propósito dice Celso. Con más energía que Celso condenaríamos nosotros a quienes se dejaran vencer por tales doctrinas.

27. Las viejas calumnias anticristianas

Después de lo que dice del diagrama, se inventa cosas extrañas, que no toma siquiera de malas inteligencias, acerca del que los autores eclesiásticos llaman el sello (2 Co 1,22; Ef 1,13; Ap 7,3-8; 9,4) y ciertas voces alternas o diálogo, en que “el que imprime el sello es llamado padre y el que lo recibe se llama joven e hijo, y responde: Estoy ungido con el unguento blanco del árbol de la vida” (cf. *Recognitiones Clem.* 1,45). Cosa que no hemos oído se haga ni entre los herejes. Luego define el número dicho por los que administran el sello “de los siete ángeles que asisten a cada lado del alma cuando está el cuerpo para morir; de ellos, unos son ángeles de la luz; otros, de los que se llaman arcónticos”. Y añade que “el principal de los que tienen nombre de arcónticos se llama Dios maldito”. Luego, atacando esa expresión, condena con razón a los que osan hablar de ese modo. En este punto, también nosotros compartimos la indignación de los que reprenden a los tales, supuesto haya quienes llamen maldito al Dios de los judíos, al Dios que llueve y truena y es

creador de este mundo, al Dios de Moisés y de la creación del mundo narrada por él.

Sin embargo, parece que Celso no tuvo en estas palabras buena intención, sino la más perversa que le inspiró el odio, indigno de un filósofo, contra nosotros. Quiso, en efecto, que quienes no conocen de cerca nuestra religión, al leer su libro, nos declaren la guerra, como a gentes que llaman maldito al Dios, artífice bueno de este mundo. Y me parece que ha hecho algo semejante a aquellos judíos que, a los comienzos de la predicación del cristianismo, esparcieron calumnias contra nuestra doctrina, como la de que sacrificábamos un niño y luego nos repartíamos sus carnes. Otra, que, cuando los que profesaban la doctrina de Cristo, querían cometer pecados tenebrosos, apagaban la luz (en sus reuniones) y cada uno se ayuntaba con la primera que se topara. Estas calumnias, por muy insensatas que fueran, dominaron antaño a muchísima gente y persuadieron a los extraños a nuestra religión que así eran los cristianos (cf. Arist., 17 (siríaco); Justin., *Apol.* I 27; II- 12; *Dial. cum Tat.* 25; *Athen.*, Leg. III 31; Theoph., *Ad Autol.* III 4; Min. Fel., IX 28; Eus., *HE* V 1,14.52; Tertull., *Apol.* IV 11). Y aun ahora engaña a algunos, que por esa causa se abstienen de entablar la más sencilla conversación con los cristianos.¹⁰

28. La secta de los ofitas, ajena al cristianismo

Algo semejante me parece a mí que intenta Celso, al afirmar que los cristianos llaman “Dios maldito” al Creador. Así, quien le crea esa calumnia contra nosotros, se sentirá incitado a aniquilar, de ser posible, a los cristianos, como a los más impíos entre los hombres. Sin embargo, confundiendo las cosas, alega la causa por la que el Dios de la cosmogonía mosaica sea nombrado Dios maldito: “Semejante Dios merece que se le maldiga, según los que piensan eso sobre él, pues maldijo a la serpiente, que introducía a los primeros hombres en la ciencia del bien y del mal” (Gn 2,17; 3,5.14).¹¹

Pero Celso debiera saber que quienes aceptan la historia de la serpiente en el sentido de que aconsejó bien a los primeros hombres, gentes que sobrepasan a los titanes y gigantes míticos, lla-

10 Sobre estas calumnias anticristianas que envenenaron el ambiente del siglo II y eran materia inflamable de las persecuciones, traté ampliamente en mis *Apologías griegas del siglo II*, donde cabe consultar los textos citados. Orígenes no se las atribuye a Celso y es honor de este que no las sacara a relucir en su obra. Infestaban más bien las fantasías populares, aunque un Frontón, maestro de Marco Aurelio, se hizo odiosamente eco de ellas (cf. Labriolle, O.C., p.87ss). Las obras de Frontón fueron descubiertas modernamente; su editor, Naber, dijo que “para la gloria de Frontón hubiera sido mejor que no se hubieran descubierto”. El discurso en que recogía las calumnias populares contra los cristianos no se ha descubierto. Y ello es, sin duda, mejor para su gloria.

11 Sobre los ofitas, cf. Pseudo-Tertull., *Adv. omnes haer.* 2 y Epiphán., *Panar.* XXXVII 3,1. Siempre es cierto que resulta una secta oscurísima y que no hubo de tener nada de cristiano.

mados por ello ofitas, están tan lejos de ser cristianos, que no van a la zaga del mismo Celso en condenar a Jesús y no admiten en su gremio a nadie que no haya antes maldecido a Jesús. He ahí, pues, la insensatez suma de Celso, que, en sus discursos contra los cristianos, toma por cristianos a quienes no quieren oír ni el nombre de Jesús, ni siquiera como hombre sabio o de costumbres templadas. ¿Qué puede haber más tonto y loco, no solo que quienes quieren llamarse por la serpiente, como autora del bien, sino que Celso, cuando piensa que las acusaciones contra los ofitas tengan algo que ver con los cristianos? Antaño, en verdad, aquel filósofo griego que amó la pobreza y quiso mostrar un ejemplo de vida feliz, sin que fuera óbice para la felicidad el carecer absolutamente de todo, se puso a sí mismo el nombre de cínico (= perruno; cf. II 41: Grates); pero estos impíos blasonan de llamarse ofitas, tomando su nombre de la serpiente (ophis), el animal más enemigo del hombre y que más horror le infunde, como si no fueran hombres, cuyo enemigo es la serpiente, sino serpientes también ellos. Y se glorían de un tal Eufrates, como iniciador de tales impías doctrinas.¹²

29. Cristianos y judíos creen en el mismo Dios

Luego, como si insultara a los cristianos al condenar a los que llaman “maldito al Dios de Moisés” y de su ley, imaginando que son cristianos los que eso dicen, prosigue Celso: “¿Qué cosa puede haber de más necia y loca que semejante sabiduría estúpida? Porque ¿en qué erró el legislador de los judíos? ¿Y cómo aceptar su cosmogonía por no sé qué alegoría típica, como tú te explicas y hasta la ley de los judíos y luego, hombre impiísimo, solo a regañadientes alabas al hacedor del mundo, que les hizo todo género de promesas, como aseverarles que dilataría su linaje hasta los confines de la tierra (Gn 8,17; 9,9.17 *et passim*) y los resucitaría de entre los muertos con su misma carne y sangre? El inspiró también a los profetas, ¿y tú insultas a este Dios? Por otra parte, cuando los judíos te aprietan, confiesas adorar al mismo Dios que ellos; pero cuando tu maestro Jesús legisla cosas contrarias a Moisés (cf. VI 18), buscas otro Dios en lugar de este, que es el Padre”.

Pero también aquí calumnia patentemente este nobilísimo Celso a los cristianos al decir que, cuando son apretados por los judíos, confiesan adorar al mismo Dios que ellos; cuando, en cambio,

12 Sobre este Eufrates, cf. Hippol.. Ref. IV 2,1; V 13,9; X 10,1. Nombre también oscuro (*Euphraten tina*).

Jesús manda cosas contrarias a la ley de Moisés, buscan otro en su lugar. La verdad es que, ya sea que discutamos con los judíos, o entre nosotros mismos, solo conocemos un mismo Dios, el Dios a quien de antiguo dieron culto los judíos y aun ahora profesan dárselo y en modo alguno somos impíos contra Él. Por lo demás tampoco afirmamos que Dios haya de resucitar a los muertos con la misma carne y sangre, como ya anteriormente tratamos (IV 57; V 18-19.23). Y es así que no decimos que el cuerpo animal que se siembra en corrupción, ignominia y flaqueza, se levante tal como fue sembrado (1 Co 15,42-44). Pero sobre esto bastante hemos hablado arriba (V 18-19).

30. Otra vez el diagrama

Seguidamente vuelve al tema de los siete demonios arcóticos, que realmente no se nombran entre los cristianos, sino usados, según creo, por los ofitas. Y, a decir verdad, en el diagrama que nosotros adquirimos de ellos, hallamos un orden semejante al que expone Celso. Dice, pues, Celso, que el primero estaba representado en forma de león; pero no cuenta el nombre que le dan estos, en verdad, impiísimos sectarios; nosotros hemos encontrado que este que tiene forma de león, decía aquel abominable diagrama, es Miguel, el ángel del Creador, de que hablan con loa las sagradas Escrituras. Del mismo modo dice Celso que el segundo, que le sigue, es un toro; el diagrama que nosotros teníamos decía que el tauriforme era Suriel. El tercero dice Celso que era anfibio y silbaba terriblemente; pero el diagrama decía que el tercero era Rafael en forma de dragón. Del mismo modo dice Celso que el cuarto tenía forma de águila; según el diagrama, el que tiene forma de águila era Gabriel. El quinto dice Celso que tenía el rostro de oso; según el diagrama, este con forma de oso era Thauthabooth. Luego dice Celso que el sexto se decía entre ellos que tenía cara de perro; el diagrama decía que este era Erataoth. Luego dice Celso que el séptimo tenía rostro de asno y se llamaba Thaphabooth u Onoel; pero nosotros hallamos en el diagrama que este que tiene forma de asno se llama Thartharaoth. Por lo demás, nos ha parecido exponer puntualmente estas cosas porque no parezca ignoramos lo que Celso alardea de saber; es más, los cristianos presentamos más puntualmente que él estas fantasías, que conocemos bien, no como dichos de cristianos, sino de hombres desde todo punto ajenos a la salud y que no reconocen a Jesús como salvador, ni como a Dios, ni maestro, ni hijo de Dios.

31. Fantasías gnósticas

Pero, si alguno gusta de saber las fantasías de aquellos charlatanes, con las que quisieron, sin lograrlo, atraer adeptos a su doctrina, como si poseyeran no sabemos qué misterios, oiga lo que enseñan, después de atravesar la que llaman barrera de la maldad, a las puertas de los arcontes (= príncipes) eternamente encadenadas:

“Rey solitario, vínculo de la ceguera, olvido inconsciente, yo te saludo, fuerza primera, guardada por el espíritu de la providencia y sabiduría, de donde soy enviado puro, hecho ya parte de la luz del Padre y del Hijo. La gracia esté conmigo; sí, Padre, esté conmigo”.

Y de aquí dicen que proceden los poderes de la ogdóada. Luego, al pasar el que llaman Yaldabaoth, enseñan a decir: “¡Oh tú, Yaldabaoth, primero y último, nacido para imperar con audacia, palabra que eres dominante de una mente pura, obra perfecta para el Hijo y el Padre!, traigo un símbolo marcado con la marca de la vida, después de abrir al mundo la puerta que tú cerraste con tu eternidad, para pasar de nuevo libre tu goder. La gracia esté conmigo; sí, Padre, esté conmigo”.

Y dicen que con este arconte simpatiza la estrella Fenonte (*phainon* = Saturno). Luego piensan que quien ha pasado Yaldabaoth y ha llegado a Yao debe decir: “¡Oh tú, Yao, segundo y primero, señor de los ocultos misterios del Hijo y del Padre, que brillas en la noche, soberano de la muerte, parte del inocente, llevando ya tu propio...!, como un símbolo, me dispongo a entrar en tu imperio, después de dominar por una palabra viva al que nació de ti. La gracia esté conmigo, Padre, esté conmigo”.

Luego viene Sabaoth, al que piensan hay que decir: “Señor de la quinta autoridad, poderoso Sabaoth, defensor de la ley de tu creación, destruida por la gracia, con una péntada más poderosa, déjame pasar, contemplando un símbolo intachable de tu arte, preservado por la imagen de una figura, un cuerpo liberado por la péntada. La gracia esté conmigo, Padre, esté conmigo”.

Seguidamente viene Astafeo, al que creen hay que decir lo siguiente:

“Señor de la tercera puerta, Astafeo, inspector del primer manantial del agua, mirando a un iniciado, déjame pasar, purificado que estoy por el espíritu de una virgen, contemplando la esencia del mundo. La gracia esté conmigo, Padre, esté conmigo”.

Después de este viene Eloeo, al que piensan ha de decirse lo siguiente:

“Señor de la segunda puerta, Eloeo, déjame pasar, pues te traigo un símbolo de tu madre, la

gracia escondida por las potencias de las autoridades. La gracia esté conmigo, Padre, esté conmigo”.

Al último lo llaman Oreo, y a este piensan que le dicen:

“Tú que pasaste intrépidamente la barrera del fuego y alcanzaste el imperio de la primera puerta, déjame pasar, mirando el símbolo de tu propia fuerza, destruido por una figura del árbol de la vida, tomado por la imagen según la semejanza de un hombre inocente. La gracia esté conmigo, Padre, esté conmigo”.

32. Mezcolanzas de gente ignorante

La supuesta erudición de Celso, que es más bien vana curiosidad y charlatanería, nos ha obligado a mencionar todas estas fantasías, pues queremos demostrar a los que leyeren su escrito y nuestra refutación del mismo que, para nosotros, no constituyen un embarazo esos saberes de Celso, por los que intenta calumniar a los cristianos que no piensan ni saben nada de eso. Y si nosotros hemos querido saber y citar todo eso, es para evitar que esos embaucadores, alardeando saber más que nosotros, engañen a los que se dejan arrebatar por el estruendo de los nombres. Y más pudiéramos aún alegar para demostrar que conocemos lo que forjan esos embusteros, pero renegamos de todo ello, como de cosas ajenas e impías que no concuerdan con las doctrinas verdaderamente cristianas, que nosotros confesamos hasta la muerte.

Sin embargo, es de saber que quienes todo eso han inventado, al no entender las artes de la magia ni discernir los dichos de las Escrituras divinas, lo han confundido todo; así de la magia han tomado a Yaldabaoth, Astafeo y Oreo; y de las Escrituras hebraicas a Iaoia, tal como se dice entre los hebreos y a Sabaoth, Adoneo y Eloeo; ahora bien, los nombres tomados de las Escrituras son sinónimos de un solo y mismo Dios. No comprendiéndolo esos enemigos de Dios, como lo confiesan ellos mismos, se imaginaron ser uno Yao, otro Sabaoth y un tercero, distinto de este, Adoneo, que las Escrituras dicen Adonai; y otro, en fin, Eloeo, que los profetas dicen, en hebreo, Eloí.

33. Se vuelve sobre el diagrama

Seguidamente expone Celso otros cuentos, en el sentido de que “algunos se transforman en las figuras de los arcontes, de suerte que unos se llaman leones, otros toros, otros dragones, águilas, osos y perros”. Por nuestra parte, en el diagrama que poseíamos hallamos también lo que Celso

llama la figura cuadrangular y lo que aquellos infelices dicen ante las puertas del paraíso. Allí estaba pintada, como diámetro de un círculo ígneo, una espada fulgurante, como si montara guardia al árbol de la ciencia y de la vida. Ahora bien, Celso, o no quiso o no pudo citar los discursos que, según las fábulas de aquellos impíos, dicen en cada puerta los que van a pasar por ellas; nosotros lo hemos hecho, para demostrar a Celso y a los lectores de su escrito, que conocemos el fin de esa profana iniciación y la rechazamos como ajena a la reverencia de los cristianos por las cosas divinas.

34. Gran tirada de Celso

Después de alegar todo lo antedicho —y lo que, por el estilo, hemos añadido nosotros— prosigue diciendo Celso: “Y todavía amontonan cosas sobre cosas: discursos de los profetas y círculos sobre círculos y emanaciones de una iglesia terrena y de la circuncisión y una virtud que fluye de cierta virgen Prúnico y un alma viviente y el cielo degollado para que viva y la tierra degollada por una espada y muchos degollados para que vivan y la muerte que cesa en el mundo cuando muera el pecado del mundo y una bajada, estrecha de nuevo y puertas que se abren por sí mismas. Y por doquiera es de ver allí el árbol y la resurrección de la carne por el árbol; sin duda, a lo que yo me imagino, porque su maestro fue clavado en un madero y fue carpintero de oficio. Porque, si la suerte hubiera querido que se precipitara desde un despeñadero, o hubiera sido arrojado a una fosa, o se hubiera ahorcado con una soga, o hubiera sido zapatero, picapedrero o herrero, tendríamos un despeñadero de la vida sobre los cielos, o una fosa de la resurrección, o una cuerda de la inmortalidad, o una piedra bienaventurada, o un hierro del amor, o un cuero santo. Ahora bien, ¿qué vieja de las que cuentan un cuento para adormecer al niño, no se avergonzaría de canturrearle tales cosas?”

Aquí me parece que mezcla Celso cosas que ha oído y no entendido. Es probable, en efecto, que haya oído frases de cualquier secta de por ahí, y, no habiendo penetrado su sentido, ha amontonado aquí palabras sobre palabras, a fin de demostrar a quienes nada saben, ni de nosotros ni de las sectas, que él sabe, por lo visto, todo lo que atañe a los cristianos (I 12). El pasaje citado nos lo pone de manifiesto.

35. Refutación punto por punto

Porque valernos de los discursos de los profetas es cosa, efectivamente, nuestra, pues por ellos demostramos que Jesús es el Mesías por ellas de antemano anunciado; y por los escritos proféticos comprobamos que es cumplimiento de las profecías lo que acerca de Él narran los Evangelios. En cuanto a hablar “de círculos sobre círculos”, tal vez sea cosa de la secta susodicha, que encierra en un solo círculo —que dicen es el alma del universo y leviatán— los siete círculos de los ángeles arcónticos (cf. VI 25 *ubi de decem drculis sermo est*). Pero tal vez sea una mala inteligencia de lo que dice el Eclesiastés: *Girando en círculos marcha el viento y otra vez a sus círculos retorna* (Qo 1,6).

Lo de “emanación de una Iglesia terrena y de una circuncisión”, tal vez fue tomado de lo que algunos dicen sobre que la Iglesia de la tierra es emanación de una Iglesia celeste y de un tiempo mejor; y que la circuncisión prescrita por la ley es símbolo de cierta circuncisión hecha allí en cierta purificación. En cuanto a Prúnico, así llaman los valentinianos a no sabemos qué sabiduría según su extraviada sabiduría, cuyo símbolo quieren que sea la mujer que sufrió por doce años flujo de sangre (Mt 9,20-22). Celso, que lo confunde todo: lo de los griegos, lo de los bárbaros y lo de los herejes, no lo entendió, y así habló “de la virtud que fluye de cierta virgen Prúnico”.

Lo de “alma viva” tal vez se diga en los misterios de algunos valentinianos, que aplican la expresión al que ellos llaman el demiurgo animal; acaso también se diga por algunos así —y no es innoble dicho—, alma viva la del que se salva, para distinguirla del alma muerta (del que no se salva).

De lo que no sé nada es de ese “cielo degollado, ni de la tierra degollada por una espada, ni de muchos degollados para que vivan”. Y no sería extraño que Celso se sacara todo eso de su propia cabeza.

36. Orígenes puntualiza

Ahora bien, que la muerte cesará en el mundo tan pronto cese el pecado del mundo, lo pudiéramos decir nosotros para explicar lo que misteriosamente se dice en el Apóstol, y es de este tenor: *Pero cuando hubiere sometido a todos los enemigos bajo sus pies, entonces, como postrer enemigo, será también destruida la muerte* (1 Co 15,15-26). Y también se dice: *Cuando esto corruptible se vistiere de incorrupción, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Absorbida*

ha quedado la muerte por la victoria (1 Co 15,54). “De una bajada que de nuevo se estrecha”, tal vez hablen los que introducen la transmigración de las almas. De “puertas que se abren por sí mismas” no sería improbable que hablaran algunos que aludieran y explicaran este texto: *Abridme ya las puertas de justicia; una vez que por ellas que haya entrado, le daré al Señor gracias. Esta es la puerta del Señor; por ella solo entrarán los justos* (Sal 117,19-20). Y otra vez se dice en el salmo 9: *Sácame de las puertas de la muerte y así publicaré, junto a las puertas de la hija de Sión, tus alabanzas* (Sal 9,14-15). Puertas de la muerte dice la palabra divina que son las que llevan a la perdición del pecado y puertas de Sión, por el contrario, las buenas obras; y lo mismo las puertas de justicia, que vale tanto como decir las puertas de la virtud y estas se abren por sí mismas a los que fervorosamente siguen las acciones virtuosas.

Acerca, en cambio, del árbol de la vida, fuera más oportuno discutir al interpretar lo que atañe al paraíso de Dios, que se describe en el Génesis, plantado por el mismo Dios (Gn 2,9; 3,22.24). Muchas veces hizo ya Celso mofa de la resurrección, que no entendió; y ahora, no contento con lo dicho, afirma que la resurrección de la carne viene de un madero; sin duda, según pienso, por malentender lo que se dice simbólicamente que por un árbol vino la muerte y por un árbol la vida; la muerte por Adán, la vida por Cristo (1 Co 15,22). Luego se burla del madero y por dos capítulos lo hace objeto de su risa, diciendo que nosotros lo veneramos o porque nuestro maestro fue clavado en una cruz, o porque fue de oficio carpintero. Pero no vio que del árbol de la vida se escribe ya en los libros de Moisés, ni que, en los evangelios recibidos en las iglesias, no se escribe que Jesús mismo fuera carpintero (cf. Mc 6,3 cum Mt 13,55).

37. Pocos entienden lo que enseña la Iglesia

Se Imagina Celso que nosotros hemos inventado el árbol de la vida para entender figuradamente la cruz y, en armonía con ese error suyo, dice que, “si la suerte hubiera querido que fuera precipitado desde un despeñadero, o arrojado a una fosa, o que se hubiera ahorcado con una soga”, nos hubiéramos inventado un despeñadero de la vida sobre los cielos, una fosa de la resurrección o una soga de la inmortalidad”. Y luego dice también: “Si por haber sido carpintero se ha inventado el árbol de la vida, fuera lógico que, de haber sido zapatero, se nos hablara de un cuero santo; de haber sido picapedrero, de una piedra bienaventurada; de haber sido herrero, de un hierro de amor”. Ahora bien, ¿quién sin más no ve lo vano de la acusación, pues no hace sino insultar a hombres a

quienes se había propuesto convertir, como a gentes embaucadas?

Lo que dice seguidamente armonizaría muy bien con los que han fantaseado los arcontes en forma de leones, con cabezas de asnos y cuerpos de dragones y con quienquiera invente cuentos semejantes; pero no con los creyentes de la Iglesia. En verdad, aun una vieja borrachuela se avergonzaría de canturrear para adormecer a un niño cuentos como los que inventan los de las cabezas de asno y los discursos, digámoslo así, que han de decirse en cada puerta. Lo que creen, en cambio, los fieles de la Iglesia no lo sabe Celso, como, por lo demás, son muy pocos los capaces de comprenderlo; aquellos, digo, que, según el mandato de Jesús (Jn 5,39), consagran su vida entera a escudriñar las Escrituras, y en el escrutinio del sentido de las sagradas letras ponen más empeño que los filósofos griegos para adquirir una supuesta ciencia.

38. Más sobre el diagrama

Pero no contento el magnífico señor con lo que sacara del diagrama, con el fin de acumular acusaciones contra nosotros, que nada tenemos que ver con tal diagrama, quiso añadir otras cosas, a modo de paréntesis y las toma de nuevo de aquellos herejes, como si fueran nuestras. Dice, en efecto: “No es la menor de las cosas que están inscritas entre los dos círculos supra celestes de arriba, entre ellas, dos: “Mayor” y “Menor”, que entienden del Hijo y del Padre”. Efectivamente, en el diagrama hemos hallado el círculo menor y mayor, en cuyo diámetro estaba escrito: *Padre e Hijo*. Y entre el mayor, dentro del cual estaba el menor y otro compuesto de dos círculos, el interior amarillo, el exterior azul, hallamos inscrito el diafragma (o valla) en forma de hacha y encima de él un círculo pequeño, que tocaba al mayor que los primeros y llevaba inscrito ágape (amor) y más abajo, tocando al círculo, tenía escrito *zoé* (vida). En el segundo círculo, que encerraba y comprendía otros dos círculos y otra figura romboidal, estaba inscrito: *Providencia de la sabiduría* y dentro de la sección común a los dos: *naturaleza de la sabiduría*. Y encima de la sección común a los dos había un círculo, en que estaba inscrito *gnosis* (ciencia) y debajo otro, en que estaba inscrito: *sínesis* (inteligencia).

Todo esto hemos insertado también en nuestro razonamiento contra Celso, para demostrar a nuestros lectores que conocemos más a fondo que él —y no de oídas— lo que también nosotros condenamos. Ahora bien, si los que se enorgullecen de estas fantasías profesan también algún embuste mágico y esto es para ellos la cifra y trasunto de la sabiduría, es cosa que nosotros no

afirmamos, pues es punto que no hemos averiguado. Celso, que muchas veces ha quedado convicto de falsos testimonios y acusaciones sin razón, sabrá si también en esto miente o ha tomado todo eso de gentes extrañas y ajenas a nuestra fe y lo ha insertado en su escrito.

39. Mitología comparada

Luego, contra los que “ejercen cierta magia y hechicería e invocan con nombres bárbaros a ciertos démones” dice que “obran de modo semejante a los que, sobre los mismos démones, parecen hacer prodigios ante gentes que ignoran ser unos los nombres de ellos entre los griegos y otros entre los escitas”. Luego, tomándolo de Heródoto (IV 59), explica que “Apolo se llama Gorgosiro entre los escitas; Posidón, Tagimasada; Afrodita, Argimpasa, y Hestia, Tabito”. Compruebe quien pueda si también en esto no miente Celso junto a Heródoto, pues los escitas no saben una palabra de que los griegos supongan las mismas cosas que ellos acerca de los que tienen por dioses. Porque ¿qué prueba hay de que Apolo se llame Gorgosiro entre los escitas? Yo no pienso que, vertido al griego, Gorgosiro tenga la misma etimología que Apolo, o que Apolo, traducido a la lengua escita, quiera decir Gorgosiro. Y así tampoco se atribuirá la misma significación a otros nombres, pues los griegos partieron de unos hechos y significaciones para dar nombre a los que tenían por dioses y de otros los escitas; de otros, por el mismo caso, los persas, los indios, etíopes o libios; o como quisieron llamar a Dios cada uno de los pueblos que no mantuvieron la primigenia y pura concepción del Creador del universo. Pero de esto hemos dicho bastante anteriormente (I 24; V 45), cuando quisimos demostrar que tampoco era lo mismo Sabaoth que Zeus y alegamos de las divinas letras algo sobre las lenguas. Pasamos, pues, de buena gana por alto estos puntos, sobre los que nos obliga Celso a la repetición.

Luego hace un revoltijo de cosas de magia, que acaso no pueda aplicar a nadie, pues no hay quienes practiquen la magia so pretexto de hacer un acto de religión de este tipo, o tal vez lo aplique a los que se valen de estos medios con los bobalicones, para hacerles ver que pueden hacer algo por virtud divina; como quiera, he aquí sus palabras: “¿Qué necesidad hay de enumerar los que han enseñado purificaciones, o himnos de expiación, o fórmulas apotropaicas, o ruidos o configuraciones demónicas de vestidos, o de números o de piedras, o plantas y de todo género de remedios de males?” Pero la buena razón no pide que nos defendamos de nada de eso, pues de todo ello no nos toca la más leve sospecha.

40. Calumnia exorbitante

Después de esto, me parece que Celso hace algo semejante a quienes, llevados de su odio profundo hacia los cristianos, afirman delante de quienes no los conocen haber sorprendido ellos de hecho a los cristianos comiendo carnes de niños y uniéndose al puro azar con las mujeres de entre ellos (cf. VI 27). Estos dichos son ya reconocidos aun por el común de las gentes, hasta por gentes del todo ajenas a nuestra religión, como calumnias contra los cristianos. Pues, de modo semejante, pudiera verse que habla Celso con intención calumniosa cuando dice “haber visto en manos de muchos ancianos que son de nuestra opinión, libros con nombres bárbaros de démones y fórmulas mágicas”. Y añade que “estos (los ancianos, naturalmente, de nuestra opinión) nada bueno prometen, sino todo para daño de los hombres”. ¡Ojalá todo lo que dice Celso contra los cristianos fueran enormidades como ésa! El vulgo mismo las rebatiría, pues saben por experiencia que son falsas, por haber convivido con la mayoría de los cristianos y no haber oído jamás nada semejante sobre ellos.

41. Sobre la fuerza de la magia

Seguidamente, como si se hubiera olvidado que su objeto era escribir contra los cristianos, dice que un tal Dionisio, músico egipcio con quien él trató, le dijo sobre la magia que “esta tiene poder sobre los incultos y de costumbres corrompidas; pero que nada puede contra los que profesan la filosofía, así como quienes se han prevenido con un sano régimen de vida”. Ahora bien, si nuestro objeto fuera ahora discutir el tema de la magia, añadiríamos algo a lo que antes (II 51; IV 33; VI 32) hemos dicho sobre el mismo. Pero, como tenemos que alegar lo que convenga mejor para refutar la obra de Celso, solo diremos acerca de la magia que quien quiera comprobar si pueden o no convencerse los filósofos por ella, lea lo que escribió Merágenes en los *Recuerdos de Apolonio de Tiana*, mago y filósofo; ahí dice, no un cristiano, sino un filósofo, que filósofos no vulgares que acudieron a él como a un charlatán, quedaron convencidos por la magia de Apolonio. Entre ellos, si no recuerdo mal, habla del famoso Eufrates y de un epicúreo. Pero lo que nosotros afirmamos —y lo sabemos por experiencia— es que quienes, por medio de Jesús, dan culto al Dios del universo y viven conforme a su Evangelio y noche y día hacen uso con fervor y reverencia de las oraciones que tienen prescritas, estos, decimos, no son atacables ni por la magia ni por los démones. Y es así que, con toda verdad, *el ángel de Señor su campo pone en derredor de aquellos que*

lo temen, y Él los salva(Sal 33,8).

Y los ángeles de los que son pequeños en la Iglesia, ordenados que están para guardarlos, se dice que están contemplando en todo momento la faz del Padre del cielo (Mt 18,10), sea lo que fuere eso de la faz y del contemplar.

42. El diablo, ¿rival de Dios?

Seguidamente, Celso nos ataca desde otro lado diciendo: “Cometen además los más impíos errores, que proceden igualmente de la suma ignorancia que sufren acerca de los divinos enigmas, al oponer a Dios una especie de rival, al que llaman diablo y, en lengua hebrea, satanás. Ahora bien, eso son ideas mortales y no es ni piadoso decir que el Dios máximo, nada menos, cuando quiere hacer algún bien a los hombres, tenga quien se le oponga y lo reduzca a la impotencia (cf. VIII 11; Plat., *Politicus* 270a). El Hijo de Dios, pues, es vencido por el diablo y, atormentado por él, nos enseña también a nosotros a despreciar sus tormentos, anunciando de antemano que satanás mismo aparecerá igualmente y llevará a cabo grandes y maravillosas obras, arrogándose la gloria de Dios. No hay, sin embargo, que dejarse engañar por ellas y apartarse de Jesús, sino creerle a Él solo. Treta, por cierto, patentemente de un charlatán que toma sus medidas y se precave contra quienes puedan pensar contra él y llevarse en su lugar la ganancia” (cf. II 38.45.47.73; sobre la ganancia 19; II 55).

Luego, queriendo explicar los enigmas de cuya mala inteligencia salió nuestra doctrina sobre satanás, dice: “De cierta guerra divina nos hablan misteriosamente los antiguos, como Heráclito cuando dice: “Es de saber que la guerra es universal y la justicia contienda y todo se produce por contienda y necesidad” (fragm.80, Diels). Y Ferecides, que fue mucho más antiguo que Heráclito, presenta el mito de los ejércitos enfrentados y da por capitán del uno a Crono y del otro a Ofione, contándonos sus retos y combates y las condiciones entre ellos establecidas, a saber, que cualquiera de los dos que cayera al Ogeno (= Océano) se diera por vencido y el que lo arrojó y venció fuera dueño del cielo”. Este sentido dice Celso que “tienen también los misterios sobre los titanes y gigantes, de los que se cuenta haber trabado combate con los dioses; y los de los egipcios, que hablan de Tifón, Horus y Osiris”.

Después de exponer todo eso sin habernos explicado de qué modo y manera contiene todo aquello un sentido superior y lo otro son solo malas inteligencias de lo mismo, se desata en injurias

contra nosotros diciendo “no poderse comparar aquello con lo que se dice de un diablo, que sería un demon, o (aquí se acercan algo más a la verdad) un charlatán que piensa de modo distinto”. Así entiende también a Homero, que en las palabras que pone en boca de Hefesto hablando con Hera, aludiría misteriosamente a cosas semejantes a las de Heráclito y Ferecides y a los que introducen los misterios de titanes y gigantes. Dice así:

“Porque ya otrora a mí, que, enardecido,
me disponía a defenderte, del pie asido,
me precipitó del umbral celeste”.

(Ilíada, 1,590-91.)

Y lo mismo cuando Zeus le dice a Hera:

“¿No recuerdas / cuando yo te colgué del alto cielo,
y a los pies te pusiera sendos yunques, y en las manos
esposas irrompibles de oro puro,
y allá tú te quedaste,
suspendida en el éter y en las nubes?
Los dioses del Olimpo se irritaron,
pero nadie, llegándose a tu lado,
fue capaz de soltarte,
y al que yo en el intento sorprendía, lo agarraba,
y, del celeste umbral precipitado,
en la tierra paraba medio exánime”.

(Ilíada, 15,18-24.)

Y comentando los versos homéricos dice, que “toda esa arenga de Zeus a Hera son palabras que dice Dios a la materia; y estas palabras a la materia dan misteriosamente a entender que, estando esta al principio desordenada, Dios la ordenó, trabándola y adornándola con ciertas proporciones; y de los démones, que rondaban en torno a ella, a cuantos fueron insolentes, los precipitó camino de nuestro mundo”. Así dice Celso haber entendido Ferecides estos versos de Homero, por lo que dijo: “Debajo de aquella región está la región del Tártaro, a la que guardan las hijas del Bóreas, las Harpías y Thiella, adonde Zeus arroja al dios que se insolente”. Dice que ideas semejantes expresan “el peplo o manto de Atenea, que todo el mundo contempla en la procesión de las

Panateneas. Por él se pone, en efecto, ante los ojos, dice, que una diosa sin madre y sin mancha domina a los audaces hijos de la tierra”.

Después de aceptar las fantasías de los griegos, epiloga así acusando nuestra doctrina: “Que el Hijo de Dios sea atormentado por el diablo nos enseña también a nosotros a permanecer firmes cuando seamos por él atormentados. También esto es desde todo punto ridículo. Lo que en mi opinión debiera hacer es castigar al diablo mismo y no amenazar a los hombres atacados por él”.

43. Pasajes bíblicos sobre el diablo

Pues veamos ahora si quien nos echa en cara que cometemos los más impíos errores y nos desviamos de los divinos enigmas, no cae él mismo en patente error, pues no ha comprendido que los escritos de Moisés, mucho más antiguos no solo que Heráclito y Fecides, sino que el mismo Homero (IV 21), hablan ya de este maligno, que cayó del cielo. Y es así que la serpiente (Gn 3,1ss), de donde procedió el Ofioneo de Fecides, causa que fue de la expulsión del hombre del paraíso divino, algo de eso da misteriosamente a entender, al engañar por la promesa de la divinidad y de cosas más altas al sexo femenino, al que se nos cuenta haber seguido también el varón. Y el exterminador de que habla Moisés en el Éxodo (Ex 12,23), ¿qué otro puede ser sino el que es causa del exterminio o perdición de quienes le obedecen y no combaten y resisten a su maldad? Ni era tampoco otro el macho cabrío emisario del Levítico (16,8.10), al que llama el texto hebreo Azazel; la persona a quien le tocaba en suerte, tenía que echarlo al desierto para preservación de mal. Porque todos los que por la maldad son de la parte del maligno, por ser contrarios a los que pertenecen a la herencia de Dios, son desiertos de Dios. Y los hijos de Belial del libro de los Jueces (19,22; 20,13), ¿de quién sino de este se dicen ser hijos por su maldad? Aparte de todos estos pasajes, en Job, que es más antiguo que el mismo Moisés, se escribe cómo el diablo se presenta a Dios y pide poder contra Job para dejar caer sobre él las más graves tribulaciones: primero, la pérdida de todos sus bienes y de sus hijos, luego cubrirle todo el cuerpo con la enfermedad que se llama elefantiasis (Jb 1,6-2,7). Y paso por alto lo que dice el Evangelio sobre el diablo que tienta al Salvador (Mt 4,1-11), para que no parezca que saco la prueba contra Celso de libros más recientes. Y a lo último de la historia de Job, cuando el Señor habla desde la tormenta y las nubes lo que está escrito en el libro que lleva su nombre, pueden tomarse no pocas cosas que se refieren al dragón (Jb 40,1.20). Y nada digo de los pasajes de Ezequiel que parecen hablar del faraón y de Nabucodonosor o del

príncipe de Tiro (Ez 26-32), ni de los de Isaías en que se entona una lamentación sobre el rey de Babilonia (Is 14,4), por los que no poco puede aprenderse acerca del principio y génesis que tuvo la maldad, que se produjo por haber perdido algunos sus alas (cf. Plat., *Phaidr.* 246bc y *supra* IV 40) y haber otros seguido al primero que las perdió.

44. Doble concepto de satanás

No es, en efecto, posible que el bien accidental y por añadidura sea igual a lo que es substancialmente bueno. Este bien, no hay peligro de que falte nunca al que toma, digámoslo así, el pan vivo para su conservación; y, si a alguno le falta, le falta por su culpa, por haber sido negligente en participar del pan vivo y de la bebida verdadera (Jn 6,51). Así alimentada y regada, se apresta el ala, según dice también el sapientísimo Salomón hablando del verdadero rico: *Se preparó para sí mismo alas como de águila y vuelve a la casa de su señor* (Pr 23,5).

Era menester, en efecto, que Dios, que sabe aprovecharse para fin conveniente hasta de quienes por su maldad se han apartado de Él, colocara en alguna parte del universo a los así malos y estableciera una palestra de la virtud para los que quisieran luchar según ley (Tm 2,5) a fin de recuperarla. Su fin era que, probados allí por la maldad de la tierra, como otro en el fuego y habiendo hecho todo lo posible por que nada impuro entrara en su naturaleza racional, aparecieran dignos de remontarse a lo divino y fueran levantados por el Logos hasta la más alta bienaventuranza y, si puedo darle este nombre, a la cima más alta del bien.

En cuanto al nombre que suena en hebreo satán y más helénicamente es pronunciado por algunos, satanás (Lc 10,18; 2 Ts 2,4), significa, trasladado al griego, “adversario” (*antikeimenos*). Y es así que todo el que se abraza con la maldad y vive conforme a ella, al obrar contra la virtud, es un satanás, es decir, adversario del Hijo de Dios, que es justicia, verdad y sabiduría. Pero, más propiamente, adversario es el primero de todos los que, viviendo en paz y bienaventuranza, perdió las alas y cayó de la bienaventuranza; el que, según Ezequiel (28,15), *caminaba intachable en todos sus caminos hasta que se halló en él iniquidad*. Y siendo sello de semejanza y corona de belleza en el paraíso de Dios, como si estuviera saciado de bienes, paró en perdición, como se dice de él misteriosamente: *Te has hecho perdición y no subsistirás para siempre* (28,19).

Ahora bien, al confiar a este escrito estos breves puntos, no sin audacia y exponiéndonos a peligro, tal vez no hemos dicho nada que valga la pena. Pero si alguno, con tiempo para examinar

las Sagradas Escrituras, junta en un cuerpo lo que dicen por dondequiera acerca de la maldad, cómo nació primeramente y de qué modo se destruye, verá que ni Celso ni ninguno de aquellos cuya alma arrastró este maligno demon y la apartó de Dios y de la recta concepción de Dios y de su Verbo, entendió ni por sueños lo que quisieron decir Moisés y los profetas acerca de satanás.

45. Cristo, cima del bien; el anticristo, cima del mal

Pero como Celso pone también sus objeciones a nuestra doctrina sobre el que se llama anticristo, sin haber leído lo que sobre él se dice en Daniel (8,23ss; 11,36) ni en Pablo (2 Ts 2,3-4), ni lo que el Salvador mismo profetiza en el Evangelio acerca de su venida (Mt 24,27; Lc 17,24), vamos a decir también algo sobre este tema. Como son distintos unos de otros los rostros de los hombres, así también lo son los corazones (Pr 27,19). Es, pues, evidente, que hay diferencias en los corazones de los hombres, tanto de los que se inclinan al bien, pues no todos se han moldeado y formado igualmente para él, como de los que, por negligencia de lo bueno, se arrojan a lo contrario. Y aun en estos mismos, hay en unos como un torrente de mal, en otros menos. ¿Qué absurdo hay, pues, en suponer hay en los hombres dos cimas, digámoslo así, una de bondad y otra de lo contrario, de suerte que la cima de bondad se halle en el hombre que se entendía en Jesús (cf. II 25), del que fluyó al género humano tan gran conversión y curación y mejoramiento y la de lo contrario en el que se llama anticristo? Ahora bien, Dios, que en su presciencia comprende todas las cosas, viendo estas opuestas cimas, quiso dárselas a conocer a los hombres por medio de los profetas, a fin de que los que entendieran sus palabras se adhirieran a lo mejor y se guardaran de lo contrario. Ahora bien, era menester que una de las cimas, la mejor, se llamara, por su excelencia, hijo de Dios y la contraria diametralmente a esta, hijo del demon maligno, de satanás y del diablo. Además, como lo malo se nota estar sobre todo en la profusión de la maldad y alcanzar la cima de ella precisamente cuando finge lo bueno, de ahí es que en el malo, por la cooperación de su padre el diablo, se den signos y prodigios y milagros de mentira (2 Ts 2,9). Porque muy superior a las ayudas que los démones malignos prestan a los hechiceros para engañar a los hombres y hacerles cometer las peores acciones, es la ayuda del diablo mismo para seducir al género humano. Ahora bien, de este que se llama anticristo habla Pablo, enseñando y determinando con alguna oscuridad cuándo y de qué manera y por qué causa aparecerá en el género humano. Y es de ver si lo que Pablo expone no es cosa sacratísima y que no merece la más mínima burla.

46. El anticristo en Pablo y Daniel

Dice así: *Os rogamos, hermanos, acerca del advenimiento de nuestro Señor Jesucristo y de nuestra reunión con El, no os dejéis conmovir de vuestro sentir ni os alborotéis por palabra, ni por espíritu, ni por supuesta carta nuestra en el sentido de que ha llegado ya el día del Señor. Que nadie os engañe por ningún modo; porque si antes no viniere la apostasía y se revelare el hombre del pecado, el hijo de la perdición, el adversario y que se exalta sobre todo lo que se llama Dios o cosa sagrada, de suerte que se asiente en el templo de Dios y se dé a sí mismo por Dios... ¿No recordáis que estas cosas os decía, cuando estaba aún entre vosotros? Y ahora sabéis lo que lo retiene, a fin de que se revele en su momento. Y es así que ya está operando el misterio de la iniquidad; solo que el que ahora retiene sea quitado de en medio y entonces se revelará el inicuo, a quien el Señor matará con el aliento de su boca y destruirá con el resplandor de su advenimiento; a aquel, cuyo advenimiento es, según la operación de satanás, en todo poder y signos y prodigios de mentira y en todo engaño de iniquidad para los que perecen, por no haber abrazado el amor de la verdad para salvarse. Y por eso Dios les enviará una fuerza de error, para que crean en la mentira, y así sean juzgados todos lo que no creyeron en la verdad, sino que se complacieron en la iniquidad (2 Ts 2,1-12).*

Comentar cada uno de estos puntos no dice con el tema presente; pero hay en Daniel (c.7) una profecía sobre el mismo anticristo, capaz de inspirar al lector prudente e inteligente admiración de las palabras verdaderamente divinas y proféticas, en que se habla acerca de los reinos por venir, comenzando por los tiempos de Daniel hasta la destrucción del mundo. El que tenga gusto, puede leerla; sin embargo, he aquí el pasaje que se refiere al anticristo: *Y al término del reinado de estos, cuando llegaren a su colmo los pecados, se levantará un rey de cara desvergonzada y entendedor de astucias y de mano fuerte, que destruirá cosas maravillosas y prosperará y hará lo que bien le viniere y destruirá a fuertes y a un pueblo santo. Y prosperará el yugo de su collar, la astucia estará en su mano y se exaltará en su corazón. Y por astucia destruirá a muchos y sobre la perdición de muchos se sostendrá y los aplastará como huevos con la mano (Dn 8,23-25).* En cuanto a lo que se dice en Pablo en el texto citado: *De suerte que se asiente en el templo de Dios y se dé a sí mismo como Dios (2 Ts 2,4)*, se dice también en Daniel con estas palabras: *Y sobre el templo abominación de desolaciones y hasta la consumación del tiempo se dará consumación de desolación (Dn 9,27).*

He ahí lo que me ha parecido razonable alegar de entre otros muchos textos, a fin de que el lector pueda entender siquiera un poco de lo que los discursos divinos enseñan sobre el diablo y el anticristo. Contentémonos con esto y pasemos a otro texto de Celso, contra el que combatiremos según nuestras fuerzas.

47. El mundo, ¿hijo de Dios?

Así, pues, tras lo expuesto, prosigue Celso: “Por lo demás, intentaré explicar cómo les vino a la cabeza la idea misma de llamarlo (a Jesús) Hijo de Dios. Hombres antiguos, por ser este mundo obra de Dios, lo llamaron hijo de Dios y semidiós.¹³ ¡Y en verdad que este mundo y él son hijos semejantes de Dios!” Piensa, pues, Celso, que llamamos a Jesús Hijo de Dios, tergiversando lo que se dice del mundo, como hechura que es de Dios, hijo suyo y dios. Y es que no fue capaz de ver, atendiendo a los tiempos de Moisés y de los profetas, que, antes de los griegos y antes de esos que llama Celso hombres antiguos, los profetas de los judíos profetizaron que hay en absoluto un Hijo de Dios. Tampoco quiso citar lo que dice Platón en sus cartas, de que nosotros hicimos mención antes (VI 8), acerca del que ordenó todo este universo, al que tiene él por Hijo de Dios. Así evitaba que Platón, a quien exalta muchas veces, le obligara a aceptar que el artífice de todo este universo es hijo de Dios y el Dios primero y sobre todas las cosas, padre suyo.

Por lo demás, nada tiene de extraño que afirmemos que el alma de Jesús está hecha una sola cosa con tan grande Hijo de Dios y que ya no se separa de Él, por la más alta participación del mismo; pues las divinas palabras de las sagradas letras conocen otras cosas que son dos por su naturaleza, pero que se consideran —y son— una sola entre sí. Así, del hombre y de la mujer se dice: *Ya no son dos, sino una sola carne* (Gn 2,24; Mt 19,6). Y a propósito del hombre perfecto, que se adhiere al verdadero Señor, que es Verbo, sabiduría y verdad, se dice: *El que se adhiere al Señor es un solo espíritu con Él* (1 Co 6,17). Ahora bien, si el que se adhiere al Señor es un solo espíritu con Él, ¿quién está más adherido o en grado igual que el alma de Jesús con el Señor, que es el Verbo en sí, la sabiduría, la verdad y la justicia en sí? Siendo esto así, no son dos cosas separadas el alma de Jesús y el primogénito de toda la creación (Col 1,15), el Logos Dios.

13 Doctrina platónica: “El extremo de la injusticia es parecer ser justo sin serlo” (Pol. 361a).

48. La Iglesia, cuerpo de Cristo

Por otra parte, cuando los filósofos de la Stoa afirman que es la misma la virtud del hombre y la de Dios y sacan la conclusión de que el Dios supremo no es más feliz que el sabio humano que ellos imaginan, sino que la felicidad de ambos es la misma (cf. IV 29), Celso no se ríe ni pone en burla esta tesis; pero cuando la palabra divina dice que el perfecto se adhiere por la virtud y se hace una sola cosa con el Logos en sí, de modo que, procediendo nosotros según ese principio, decimos que el alma de Jesús no se separa del Primogénito de toda la creación, se ríe Celso de que Jesús sea llamado Hijo de Dios, porque no ve lo que de Él se dice, oculta y misteriosamente, en las divinas Escrituras.

Pero para llevar a la aceptación de lo dicho a quien quiera seguir la ilación de la doctrina y así aprovecharse, digamos lo siguiente: Las divinas letras dicen que la Iglesia entera de Dios es el cuerpo de Cristo, animado por el Hijo de Dios y miembros de este cuerpo, que hay que mirar como un todo, son los creyentes, cualesquiera que fueren. Y es así que, como el alma vivifica y mueve al cuerpo, el cual, por naturaleza, no puede moverse por sí mismo de manera viva, así el Logos, moviendo y activando hacia el cumplimiento de sus deberes al cuerpo entero, que es la Iglesia, mueve a cada uno de los miembros de ella, que no hacen¹⁴ nada fuera del Logos. Ahora bien, si este razonamiento, no desdeñable, tiene lógica, ¿qué dificultad hay que el alma de Jesús y simplemente Jesús, por la suma e insuperable comunión con el Verbo mismo, no se separen del Unigénito y Primogénito de toda la creación, ni sean ya distintos de Él? Pero baste esto sobre este punto.

49. La cosmogonía mosaica

Pues veamos lo que sigue y es que, con rotunda afirmación, sin aducir prueba alguna probable, condena la cosmogonía de Moisés con esta sola frase: “Además, su cosmogonía es muy simple”. Ahora bien, si hubiera dicho en qué le parecía ser simple y hubiera alegado algún argumento para probarlo, hubiéramos tratado de impugnarlos; pero no me parece razonable demostrar, contra su afirmación, de qué modo no es simple.

14 Esta tesis está bien expresada en Seneca: “En que sobrepasa Júpiter al hombre bueno? ¡En que es bueno por más tiempo! El sabio no se estima en menos porque sus virtudes estén encerradas en menor espacio... Así, Dios no vence al sabio en felicidad, aunque lo vence en edad” (*Epist. LX3CIII 15*). ¡Fanfarronada! Pero ¿no es fanfarronada toda la filosofía estoica? Aquel dicho horaciano, que de chicos nos parecía ejemplar de sublimidad, nos suena ahora a fanfarronería: *Si fractus inlabatur orbis impavidum ferient ruinae* (*Carm. III 3*): “*Si el mundo en mil pedazos cae roto, le aplastaran impávido sus ruinas”. Por eso, a despecho de superficiales semejanzas, nada hay más antitético que estoicismo y cristianismo.

Pero si alguno quiere ver despacio las razones que tenemos expuestas con patente demostración acerca de la cosmogonía de Moisés, eche mano de nuestros estudios sobre el Génesis desde el comienzo del libro hasta donde dice: *Este es el libro de la creación del hombre* (Gn 5,1). En ellos tratamos de demostrar por las mismas letras divinas qué es el cielo hecho al principio y la tierra y lo invisible e informe de la tierra; qué es el abismo y las tinieblas que lo cubrían; qué es el agua y el espíritu de Dios que se cernía sobre ella; qué es la luz creada, qué es el firmamento distinto del cielo hecho al principio, etc. (Gn 1,1ss).

También afirmó que es muy simple lo que se escribe acerca de la creación del hombre, sin alegar los textos ni impugnarlos; y es que, según pienso, no disponía de razones capaces de refutar que el hombre fue hecho a semejanza de Dios (Gn 1,27). Pero tampoco entendió el paraíso plantado por Dios, ni la vida principal que en él llevaba el hombre, ni la que luego nació de la necesidad al ser arrojado de allí por su pecado y establecerse enfrente del paraíso de delicias. El que afirma que todo esto está dicho muy simplemente, entienda primero cada punto y este señaladamente: *Ordenó a los querubines y la espada de fuego, que se blande sola, para guardar el camino del árbol de la vida* (Gn 3,23s); a no ser que, por lo visto, Moisés escribiera todo eso sin pensar en nada, imitando a los poetas de la comedia antigua que por burla escribieron: “Preto se casó con Belerofonte” (cf. Th. Kock, *Att. Com.* fragm. p. 406 fragm. 42) y el Pegaso procedía de la Arcadia. Pero los cómicos pegaron esas cosas para hacer reír; no es, en cambio, probable que quien dejó a un pueblo entero escrituras, sobre las que quería persuadir a los que las recibían como ley que estaban inspiradas por Dios, escribiera cosas absurdas y dejara sin sentido alguno que “ordenó (Dios) a los querubines y la espada de fuego, que se blande por sí misma, para guardar el camino de paraíso”. Y dígase lo mismo acerca de lo demás sobre la creación del hombre, sobre la que filosofan los sabios hebreos.

50. Dificultades en la cosmogonía mosaica

Seguidamente, después de amontonar, por meras afirmaciones, las diferentes sentencias de los antiguos acerca del origen del mundo y de los hombres, dice que “Moisés y los profetas, que nos dejaron nuestros libros, por no saber cuál es la naturaleza del mundo y de los hombres, solo compusieron puras tonterías”. Ahora bien, si nos hubiera dicho la razón por que las divinas letras son

pura tontería, nosotros probaríamos refutar los argumentos que a él le parecen probables para demostrar que se trata de puras tonterías. Al no hacerlo, vamos nosotros a imitarlo y reírnos, afirmando que, por no haber sabido Celso, ni por señales, cuál es la naturaleza de la mente ni de la razón que hay en los profetas, compuso un montón de puras tonterías, que tuvo la arrogancia de titular *Discurso de la verdad*.

Pero, como si fuera cosa que ha entendido clara y puntualmente, presenta Celso la objeción contra lo que se dice en la cosmogonía sobre los días, de los que unos pasaron antes de la creación de la luz y del cielo, del sol, de la luna y las estrellas, y otros después de su creación (cf. VI 60). Sobre esto notaremos solo un punto para responderle: ¿Es que Moisés se olvidó de que había antes dicho: *En seis días fue acabada la obra del mundo* (Gn 1,31) y, por haberlo olvidado, añadió: *Este es el libro de la creación de los hombres, el día que hizo Dios el cielo y la tierra?* (Gn 2,4). Pero no hay probabilidad alguna de que, por no pensar en nada, después de lo dicho sobre los seis días, dijera lo del día que hizo Dios el cielo y la tierra. Pero si alguno piensa que eso puede referirse al texto: *Al principio hizo Dios el cielo y la tierra* (Gn 1,1), sepa que, antes de las palabras: *Hágase la luz, y fue hecha la luz*; y las de: *Llamó Dios a la luz día*, se dice lo de que *al principio hizo Dios el cielo y la tierra*.

51. Últimas observaciones sobre la cosmogonía mosaica

Ahora bien, no es nuestro propósito exponer la doctrina acerca de los seres inteligibles y sensibles y de qué modo las naturalezas de los días están distribuidos entre ambas especies, ni tampoco discutir estos pasajes. Explicar la cosmogonía de Moisés nos exigiría tratados enteros, cosa que ya hemos hecho mucho tiempo antes de componer el presente tratado contra Celso. Según la capacidad de que hace muchos años disponíamos, discutimos sobre los seis días de la cosmogonía de Moisés. Es de saber, sin embargo, que la palabra divina promete a los justos, por boca de Isaías, que en la restauración, habrá días en que *su luz eterna no será el sol, sino el Señor mismo y Dios la gloria de ellos* (Is 60,19). Por lo demás, malentendiendo alguna perversa secta que explica torcidamente lo de *hágase la luz*, como dicho en son de ruego por el Creador, dice Celso: “Porque, en verdad, el Creador no se valió de la luz de arriba, como los que encienden sus lámparas con las de sus vecinos”. Y entendiendo también mal alguna otra secta impía, dijo esto otro: “Pero si había otro Dios maldito (VI 27) contrario al Dios grande y hacía todo esto contra la intención de este,

¿cómo es que le procuró la luz?” Por nuestra parte estamos tan lejos de defender eso, que estamos dispuestos a condenar con más energía a quienes así extraviadamente piensan y rebatir no lo que ignoramos de ellos, como Celso, sino lo que conocemos puntualmente, parte por habérselo oído¹⁵ a ellos mismos, parte porque hemos leído despacio sus escritos.

52. Aberraciones varias sobre Dios

Después de esto dice Celso: “Por mi parte, nada voy a decir ahora acerca del origen y destrucción del mundo, ni si es increado e indestructible o creado e indestructible, o a la inversa”. Por el mismo caso, tampoco nosotros diremos ahora nada acerca de esos puntos, pues no lo pide el tema que llevamos entre manos. Pero tampoco afirmamos que “el espíritu del Dios sumo viniera a los hombres como a extraños”, según el texto: *El espíritu de Dios se cernía por encima del agua* (Gn 1,2). Como tampoco afirmamos “que fueron tramadas algunas cosas por otro creador, distinto del Dios grande, contra el espíritu de este, consintiéndolo el Dios superior, cuando era menester que fueran destruidos”. Por eso váyanse en paz los que tales cosas dicen, lo mismo que Celso, que no los condenó adecuadamente; porque su deber era no mencionar en absoluto tales aberraciones o, según le pareciera más humano, exponerlas cuidadosamente, para refutar luego lo que estuviera impíamente dicho. Ni tampoco hemos jamás oído que “el gran Dios diera su espíritu al demiurgo y luego se lo reclamara”. Y después de tan impías palabras, dice con tonta crítica: “¿Qué Dios hay que dé algo con intención de reclamarlo? Reclamar es de quien está necesitado y Dios no necesita de nada”. Y como quien dice algo ingenioso contra no sabemos quiénes, añade: “¿Cómo es que, al prestar, no cayó en la cuenta que prestaba a un maligno?” Y dice también: “¿Por qué consiente que el creador malo maniobre contra Él?”

53. ¡Celso contra Marción!

Luego, confundiendo, a mi parecer, sectas con sectas y sin indicar que unas doctrinas pertenecen a una y otras a otra, presenta las dificultades que nosotros oponemos a Marción; y tal vez las haya entendido mal de algunos que condenan la doctrina con argumentos sin valor y vulgares y, desde luego, con no sobrada inteligencia. Como quiera que sea, Celso expone lo que se objeta

15 El Comentario de Orígenes sobre el Génesis (cf. IV 37; VI 49) fue escrito dieciocho años antes que el *Contra Celsum*.

contra Marción, sin indicar que contra él habla y dice así: “¿Por qué envía a escondidas y destruye las criaturas de este? ¿Por qué irrumpe ocultamente y soborna y extravía? ¿Por qué a los que este condena o maldice, como decís, Él los atrae y se los lleva como si fuera un ladrón de esclavos? ¿Por qué enseña a escaparse del propio dueño y a huir del padre? ¿Por qué los adopta Él mismo sin consentimiento del padre?” Y a esto añade como en tono de admiración: “¡Magnífico Dios que quiere ser padre de los pecadores que otro condena, de desheredados y, como vosotros decís, de la basura! (Flp 3,8). ¡Y al que envió para que los atrajera, no fue capaz de vengarlo cuando fue prendido!”

Luego, como si arguyera contra nosotros, que confesamos que no es este mundo obra de un Dios ajeno y extraño, dice así: “Pues si estas son obras tuyas, ¿cómo es que Dios hizo cosas malas? ¿Cómo es incapaz de persuadir y amonestar? ¿Cómo se arrepiente cuando los hombres se tornan ingratos y malvados (Gn 6,67) y censura su propio arte y aborrece y amenaza y destruye sus propios vástagos? ¿Y adonde los saca de este mundo, que Él mismo hizo?”

Me parece que también aquí, por no haber aclarado bien cuáles son los males —y a fe que entre los griegos hay diferencias de opiniones sobre el bien y el mal—, se precipita a concluir que, según nosotros, por el hecho de afirmar que también este mundo es obra de Dios, Dios es hacedor del mal. Ahora bien, sea lo que fuere la cuestión del mal, sea Dios quien lo ha hecho o no, sino que sucede como accidente de lo principal; lo que yo admiro es que lo que Celso piensa seguirse de nuestra afirmación de que este mundo es también obra de Dios sumo, a saber, que Dios es autor del mal, se sigue también de lo que él mismo dice. Efectivamente, también a Celso se le puede preguntar: “Si esto es obra tuya, ¿cómo es que Dios hizo cosas malas? ¿Cómo es incapaz de persuadir y amonestar?” El peor mal que puede darse en los razonamientos, cuando alguien acusa a otros que no piensan como él de doctrinas que reputa por insanas, es que él mismo es mucho más atacable por las propias doctrinas.

54. El bien y el mal según la Escritura

Veamos, pues, nosotros brevemente qué haya de tenerse por bien o mal según las Escrituras y qué hayamos de responder a las preguntas de Celso: “¿Cómo es que Dios hizo cosas malas? ¿Cómo es incapaz de persuadir o amonestar?” Ahora bien, propiamente hablando, según las divinas Escrituras, bienes son las virtudes y las acciones conforme a la virtud; como, propiamente hablando,

males son lo contrario. De momento nos contentaremos con las palabras del salmo 33, que lo demuestran así : ... *Pero los que buscan al Señor, jamás carecerán de bien alguno. Venid, hijos; oídme; el temor del Señor quiero enseñaros. ¿Quién es el hombre que la vida quiere y busca días buenos? Pues reprime tu lengua de lo malo y tus labios, de dichos embusteros. Apártate del mal y el bien abraza* (Sal 33,10). Apartarse del mal y abrazar el bien no se dice aquí de los bienes o males corporales, así llamados por algunos, ni de los bienes externos, sino de los bienes y males del alma; pues el que se aparta de esos males y obra esos bienes, como quien quiere la vida verdadera, puede llegar a ella, y el que desea ver días buenos, cuyo sol de justicia (Mi 4,2) es el Logos, los verá, pues Dios lo libraré del presente siglo malo (Ga 1,4) y de los días malos de que habla Pablo: *Rescatando el tiempo, pues los días son malos* (Ef 5,16).

55. Dios no es autor del mal

Cabe, sin embargo, hallar pasajes en que las cosas corporales y exteriores que contribuyen a la vida natural son impropriamente llamadas bienes y las contrarias, males. En este sentido dice Job a su mujer: *Si hemos recibido los bienes de mano del Señor, ¿por qué no soportaremos también los males?* (Jb 2,10). Ahora bien, como en las divinas Escrituras una vez se dice como en persona de Dios: *Yo soy el que creo la paz y produzco los males* (Is 45,7) y otra acerca de Él mismo: *Bajaron males de parte del Señor sobre las puertas de Jerusalén, estruendo de carros y de caballería* (Mi 1,12), pasajes que han turbado a muchos lectores de la Escritura por no ser capaces de comprender lo que, según ella, se designa como bienes y males, es probable que, hallando en esto sus dificultades, dijera Celso: “¿Cómo es que Dios hizo cosas malas?”; si no es que escribió esta frase por haber oído explicar con harta ignorancia lo que atañe a este tema.

Nosotros, en cambio, afirmamos que el mal propiamente dicho, o sea la maldad y las acciones que de esta proceden, no las ha hecho Dios. ¿Cómo pudiera, en efecto, predicarse con seguridad el dogma del juicio, según el cual los malos son castigados en proporción de las malas acciones que hubieren cometido y son, en cambio, bienaventurados y alcanzan las recompensas prometidas por Dios los que hubieren vivido según la virtud o hubieren practicado las acciones virtuosas, si fuera verdad que Dios hace los verdaderos males? Sé muy bien que quienes tienen la audacia de afirmar que también estos vienen de Dios, alegrarán ciertos dichos de la Escritura, pero no podrán alegar un contexto seguido de ella. La Escritura, en efecto, condena a los que pecan y alaba a los

que obran bien y no por eso deja de decir aquellas cosas que, por no ser pocas, perturban a los que leen ignorantemente las divinas letras. Sin embargo, no me ha parecido convenir a la obra que llevo entre manos exponer ahora esos pasajes perturbadores, por ser muchos y necesitar su interpretación de largas discusiones.

En conclusión, Dios no hace los males, si por tales se entienden los que así se llaman en sentido propio; sino que de sus obras principales se siguen algunos, pocos en parangón con el orden del universo. Son como las virutas en espiral y el serrín que se sigue de las obras principales de un carpintero, o como los albañiles parecen ser la causa de los montones de cascote, como basura que cae de las piedras y polvo.

56. Los males corporales, medicina de Dios

Ahora, si se habla de los males que impropriamente se llaman así, de los males corporales y exteriores, no hay inconveniente en conceder que, a veces, haya enviado Dios algunos de ellos con el fin de convertir por su medio a quienes los sufrieron. ¿Y qué puede haber de absurdo en esa doctrina? Ciertamente que, usando impropriamente la palabra “mal”, llamamos males los castigos que se imponen por padres, maestros o pedagogos a los que se educan, o los sufrimientos que causan los médicos a quienes, con el fin de curarlos, cortan o cauterizan y decimos que el padre hace mal a sus hijos, o los pedagogos y maestros a los niños y los médicos a los enfermos; sin embargo, nadie condenará a quienes así golpean o cortan. Pues por modo semejante, si se dice que Dios hace cosas como éstas con el fin de convertir a los que necesitan de esos trabajos, nada de absurdo tiene pareja doctrina, ya se diga que *bajan males de parte del Señor sobre las puertas de Jerusalén* (Mi 1,12), males que provienen de los trabajos que causan los enemigos, pero que se les imponen para su conversión; ya *visite con vara las iniquidades de los que abandonan la ley de Dios y con azotes los pecados de ellos* (Sal 88,33. 31); o diga: *Tienes carbones de fuego, siéntate sobre ellos y ellos serán tu ayuda* (Is 47,14-15). Y por modo semejante explicamos el otro texto: *El que crea la paz y produce los males* (Is 45,7), pues Dios produce los males corporales, o externos, para purificar y educar a quienes no quieren educarse por la palabra y sana enseñanza. Esto en respuesta a la pregunta: “¿Cómo es que Dios hizo cosas malas?”

57. La amonestación y persuasión divina no atentan contra la voluntad

En cuanto a la otra pregunta: “¿Cómo es Dios incapaz de persuadir y amonestar?”, ya antes hemos dicho (cf. IV 3.40; VI 53) que, si esto es una acusación, la frase de Celso pudiera dirigirse a todos los que admiten una providencia. Sin embargo, es fácil defenderse diciendo que Dios no es incapaz de amonestar, pues amonesta por medio de la Escritura entera y de los que, por la gracia de Dios, enseñan a los oyentes. A no ser que se atribuyera al verbo “amonestar” (o reprender) un sentido propio, es decir, el de tener también éxito en el reprendido y ser oída¹⁶ la doctrina del que enseña. Pero esto se aparta del sentido que el uso ha hecho corriente.

En cuanto a lo otro: “¿Cómo es incapaz de persuadir?”, que pudiera también objetarse a todos los que admiten una providencia, hay que decir lo siguiente. El verbo “persuadirse” (peithesthai) es de los que se llaman de acción recíproca, análogo al de “cortarse” un hombre el pelo, que tiene que poner de su parte la acción de someterse al que se lo corta.¹⁷ Por eso, no se requiere solo la acción del que persuade, sino también, digámoslo así, la sumisión de al que persuade, es decir, la aceptación de lo que dice el que persuade. De ahí que no deba decirse que Dios no persuade a los que no persuade por no poderlos persuadir, sino porque ellos no reciben las palabras persuasivas de Dios.

El que esto aplicara a los hombres que se llaman “artífices de la persuasión” (Plat., *Gorg.* 453a), no erraría; es posible, en efecto, que uno haya comprendido excelentemente los preceptos de la retórica y use de ellos en forma debida y haga cuanto cabe para persuadir y, sin embargo, al no conquistar la voluntad del que debiera persuadirse, parezca que no persuade. Ahora bien, aun que el decir palabras persuasivas viene de Dios, el persuadirse no viene de Dios, como claramente lo enseña Pablo cuando dice: *Esta persuasión no viene de quien os ha llamado* (Ga 5,8). Ese sentido tiene también este texto: *Si quisierais y me escuchareis, comeréis los bienes de la tierra; pero si no quisierais ni me escuchareis, la espada os devorará* (Is 1,19-20). Para que uno quiera lo que dice el que le reprende y, oyéndole, se haga digno de las promesas de Dios, es necesaria la voluntad del que oye y que se incline a lo que se dice. Esta es la razón por que, a mi parecer, se dice tan enfáticamente en el Deuteronomio: *Y ahora, Israel, ¿qué te pide el Señor, Dios tuyo, sino que*

¹⁶ Así opina también Clem Alex., *Strom.*, VII 96,2.

¹⁷ “Cortar” y “cortarse” el pelo eran ejemplos clásicos para distinguir la voz activa y voz media en griego. La voz media indica siempre un interés personal del sujeto en la acción; no es posible “cortarse” el pelo si uno no va al peluquero y, pacientemente, deja que, con algún repelón incluso, pase la maquina o tijera por la pelambre. Lo mismo hay que decir de persuadir y “persuadirse”. No se persuade más que quien se deja persuadir. Dios persuade, pero el hombre —!terrible libertad!— puede no dejarse persuadir.

temas al Señor, Dios tuyo y que andes por todos sus caminos y que lo ames y guardes sus mandamientos? (Dt 10,12-13).

58. El diluvio, purificación de la tierra

Nos toca ahora responder a esta otra pregunta: “¿Cómo es que se arrepiente cuando se hacen ingratos y malos y tacha su propio arte y aborrece y amenaza y destruye sus propios vástagos?” Pero en estas palabras calumnia Celso y tergiversa lo que se escribe en el Génesis y es de este tenor: *Como viera el Señor Dios que se habían multiplicado las maldades de los moradores de la tierra y que todos pensaban adrede en su corazón para obrar el mal todos los días, se irritó el Señor de haber hecho al hombre sobre la tierra y pensó en su corazón y dijo Dios: Borrare al hombre que hice de la faz de la tierra, desde el hombre a la bestia y desde los reptiles hasta las aves del cielo, pues me he irritado de haberlos hecho* (Gn 6,5-7). Celso cita lo que no está escrito como si estuviera indicado por lo escrito. Efectivamente, ahí no se menciona el arrepentimiento de Dios, ni que tache y aborrezca su propio arte. Y si Dios parece amenazar el castigo del diluvio y destruir en él sus propias obras, a ello hay que decir que, siendo el alma del hombre inmortal, la que parece amenaza tiene por fin convertir a los que la oyen. Y la destrucción de los hombres es una purificación de la tierra, como dijeron los mismos filósofos griegos, de no despreciable auto-ridad, por estas palabras: “Mas cuando los dioses purifican la tierra” (Plat., *Tim.* 22d; cf. IV 11-12.20-21.62.64.69). En cuanto a las expresiones como de pasiones humanas atribuidas a Dios, no poco hemos hablado ya anteriormente sobre ellas (I 71; IV 71-72).

59. Doble acepción de la palabra “mundo”

Sospechando luego Celso, o tal vez viendo por sí mismo lo que pueden responder los que defienden ese punto de los que perecieron en el diluvio, dice: “Y si no destruye sus propios vástagos, ¿dónde los saca de este mundo que Él mismo hizo?” A esto decimos que Dios no saca en absoluto del mundo entero, que consta del cielo y de la tierra, a los que sufrieron el diluvio, sino que los libra de la vida en la carne y, al desatarlos de los cuerpos, los desata a la vez de la existencia sobre la tierra, a la que, en muchos pasajes, acostumbra la Escritura llamar “mundo”. En el evangelio señaladamente, según Juan, es de ver cómo muchas veces se llama mundo la región terrestre, por ejemplo, en este texto: *Era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo*

(Jn 1,9); y esto otro: *En el mundo tendréis tribulación; pero tened confianza, yo he vencido al mundo* (16,33). Ahora, pues, si el sacar del mundo se entiende de esta región terrestre, nada de absurdo tiene la frase; pero, si se llama mundo el conjunto del cielo y la tierra, los que sufrieron el diluvio no son absolutamente sacados del mundo así llamado. Sin embargo, si entendemos este texto: *No mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven* (2 Co 4,18), y esto otro: *Lo que en Él hay de invisible, desde la creación del mundo, se contempla, entendido por medio de las criaturas* (Rm 1,20), pudiéramos decir que, hallándonos entre lo invisible y, en general, entre lo que se llama no visto, hemos salido del mundo, como quiera que el Logos nos saca de aquí y nos traslada al lugar supra celeste para contemplar la belleza (Plat., *Phaidr.* 247c).

60. Vuelta a la obra de los seis días

Después del texto examinado, como si a todo trance quisiera llenar su libro de muchas palabras, dice con otros términos lo mismo que poco antes (VI 50-51) hemos discutido: “Pero mucho más tonto es haber distribuido algunos días para la creación del mundo antes de que existieran días. Porque ¿qué días podía haber cuando no se había aún creado el cielo, ni estaba asentada la tierra, ni el sol giraba en torno de ella?”¹⁸ ¿Qué diferencia hay entre esto y esto otro: “Pero tomando la cosa desde el principio, ¿no sería absurdo que el Dios primero y máximo mandara: Hágase esto, lo otro y lo de más allá y el primer día fabricara tanto o cuanto, el segundo un tanto más y así el tercero, cuarto, quinto y sexto?”

Potencialmente ya hemos respondido a lo de “mandar que se haga esto, o lo otro, o lo de más allá”, cuando adujimos el texto: *Él dijo y fueron hechos; Él mandó y fueron creados* (Sal 32,9; 148,5; cf. *supra* II 9) y dijimos que el creador inmediato es el Hijo de Dios, el Logos, el creador, digamos, propio del mundo; pero el Padre del Logos es primeramente creador por el hecho de haber ordenado a su Hijo, el Logos, que hiciera el mundo. Ahora bien, sobre que el primer día fue hecha la luz, el segundo el firmamento, el tercero se congregaron las aguas de debajo del cielo en sus lugares de reunión y así germinó la tierra lo que es administrado por la sola naturaleza y el cuarto los luminares y las estrellas y el quinto los animales que nadan y el sexto los de tierra y el

18 Esta dificultad la sintieron también Philo, *Leg. Alleg.* I 2-3, y August., *De civ. Dei* XI 5-7; XII 15.

hombre, ya dijimos según nuestras fuerzas en nuestros *Estudios sobre el Génesis*. Más arriba igualmente (VI 50) criticamos a los que, siguiendo una interpretación superficial, han afirmado que, para la creación del mundo, pasaron espacios de seis días y adujimos el texto: *Este es el libro de la creación del cielo y de la tierra, cuando fue creado, el día que hizo Dios el cielo y la tierra* (Gn 2,4).

61. El descanso de Dios

Celso no entendió luego este texto: *Y acabó Dios el día sexto sus obras, que hiciera y el día séptimo descansó de todas las obras que hiciera y bendijo Dios el día séptimo y lo santificó, porque en él descansó de todas las obras que se propuso hacer* (Gn 2,2-3); y, pensando que es lo mismo *cesó el día séptimo y descansó el día séptimo*, dice: Después de esto, cansado, como si realmente fuera un mal trabajador, necesitó descansar en la ociosidad”. Es que Celso ignora qué día sea ése, después de la creación del mundo, que opera en tanto subsiste el mundo, día del sábado y de la cesación de Dios, en que celebrarán fiesta juntamente con Él los que durante los seis días hubieren hecho todas sus obras y, por no haber omitido nada de lo que les incumbía, subirán a su contemplación y a la congregación entera de los justos y bienaventurados que en ella se comprende.

Luego, como si así hablaran las Escrituras o explicáramos nosotros que Dios descansó por estar fatigado de su trabajo, dice Celso: “No es bien decir que el Dios primero se canse, ni que trabaje con sus manos, ni que dé órdenes”. Ahora bien, Celso dice que nos está bien decir que el Dios primero se canse; pero nosotros diríamos que ni siquiera el Dios Verbo se cansa, ni cuantos han logrado ya un orden superior y divino, pues el cansarse es propio de los que están en un cuerpo. Solo cabría inquirir si eso haya de decirse de cualquier cuerpo o solo del cuerpo terreno o algo mejor que este. Y tampoco es lícito decir que el Dios primero trabaje con las manos; y si se entiende propiamente eso de trabajar con las manos, ni si quiera el Dios segundo,¹⁹ “ ni ser alguno divino. Pero cabe decirse impropia o figuradamente lo de trabajar con las manos y así explicaríamos el texto: *La hechura de sus manos anuncia el firmamento* (Sal 18,2); y el otro: *Sus manos afirmaron*

19 Sobre el Logos como “segundo Dios”, cf. V 39; VII 57.

el cielo (Sal 101,26). En estos y parecidos pasajes entendemos figuradamente las manos y miembros de Dios. ¿Qué hay entonces de absurdo en que Dios obre en este sentido con sus manos? Y como no es absurdo que Dios obre en este sentido con sus manos, tampoco lo es que mande, a fin de que las obras llevadas a cabo por el que recibió el mandato sean bellas y laudables, por haber sido Dios quien mandó que fueran hechas.

62. La “voz” de Dios

Acaso entendió también Celso mal el texto: *Porque la boca del Señor ha hablado esto* (Is 1,20), o a los ignorantes que precipitadamente le explicaron otros semejantes y, al no comprender a qué se ordena lo que se dice sobre los poderes de Dios con nombres de miembros corporales, dice así: “Dios no tiene cuerpo ni voz”. A decir verdad, no se podrá decir que Dios tenga voz, si la voz es aire que vibra o percusión de aire, o una especie de aire, o como quiera definan la voz los que entienden de estas cosas. Sin embargo, la que se llama voz de Dios se dice que es vista como voz de Dios por el pueblo: *Todo el pueblo veía la voz de Dios* (Ex 20,18), tomándose el ver espiritualmente, para decirlo con la palabra usual en la Escritura (cf. Rm 7,14; 1 Co 2,13.14; Ap 11,8). Y añade que “Dios no tiene nada de lo que nosotros sabemos”. Pero no especifica qué cosas sabemos nosotros. Porque, si se refiere a miembros, estamos de acuerdo con él, sobrentendiendo “lo que sabemos según las denominaciones corporales y comunes”. Pero si entendemos de modo universal “lo que sabemos”, muchas cosas sabemos que atribuimos a Dios”, pues Él tiene virtud, bienaventuranza y divinidad. Pero, si entendemos en sentido más alto “lo que sabemos”, puesto que todo lo que sabemos es inferior a Dios, no hay inconveniente en admitir que nada tiene Dios de lo que nosotros sabemos. Y es así que lo que hay en Dios es muy superior a cuanto “sabe no solo la naturaleza del hombre, sino también quienes están por encima de ella”. Pero, si Celso hubiera leído los dichos de los profetas, de un David que dice: *Mas tú eres el mismo* (Sal 101,28); y de un Malaquías: *Yo soy y no me mudo* (Ml 3,6), hubiera visto que ninguno de nosotros afirma que se dé en Dios cambio ni de obra ni de pensamiento. Y es así que, permaneciendo el mismo, gobierna las cosas mudables, como corresponde a su naturaleza y como la razón misma persuade que deben ser gobernadas.

63. El hombre, imagen de Dios

Luego no vio tampoco Celso la diferencia que va entre ser *conforme a la imagen de Dios* (Gn 1,27) y ser “imagen de Dios” (Col 1,15); pues imagen de Dios es el Primogénito de toda la creación, el Logos en sí, la verdad en sí y la sabiduría en sí, *que es imagen de su bondad* (Sb 7,26) y hasta todo varón, cuya cabeza es Cristo, es imagen y gloria de Dios (1 Co 11,3.7). Ni comprendió tampoco en qué parte del hombre está impresa esa imagen de Dios, es decir, en el alma que no ha tenido, o que ya no tiene, al *hombre viejo con sus obras* (Col 3,9) y, por no tenerlo, se dice que es imagen de su Creador. De ahí es que Celso diga: “Tampoco hizo al hombre imagen suya, pues Dios no es tal, ni se asemeja a forma otra alguna”. Pero ¿es posible pensar que la imagen de Dios está en la parte inferior de hombre, ser compuesto, quiero decir, en su cuerpo y, como Celso lo interpretó, que este sea la imagen de Dios? Porque, si el ser según imagen de Dios se da en el cuerpo solo, la parte superior, que es el alma, queda privada de ser a imagen de Dios y esta estaría en el cuerpo corruptible, cosa que ninguno de nosotros dice. Pero si el ser a imagen de Dios está en el compuesto, se seguiría necesariamente que Dios es compuesto y también constaría como de cuerpo y alma; así, lo superior de su imagen estaría en el alma; lo inferior, lo que atañe al cuerpo, en el cuerpo, cosa que ninguno de nosotros afirma. Resta, pues, que el ser a imagen de Dios haya de entenderse del hombre interior, como lo llamamos nosotros (Ef 3,16), que se renueva y es naturalmente capaz de formarse a imagen del que lo creó (Col 3,10). Tal cosa acontece cuando el hombre se hace perfecto, *como es perfecto el Padre celestial* (Mt 5,48) y oye el mandato: *Sed santos, porque yo, el Señor, Dios vuestro, soy santo* (Lv 19,2), y aprende esto otro: *Sed imitadores de Dios* (Ef 5,1). Entonces toma el hombre en su alma virtuosa los rasgos de Dios; y también el cuerpo del que, por razón de la imagen de Dios, ha tomado los rasgos de Dios, es un templo (1 Co 6,19; 3,16); el cuerpo, digo, del que tiene tal alma; y, en el alma, por razón de ser conforme a la imagen de Dios.

64. Platonismo y cristianismo

Luego ensarta Celso, por su cuenta cosas y más cosas, como concedidas por nosotros, siendo así que ningún cristiano que tenga inteligencia las concede. Porque ninguno de nosotros concede que “Dios participe de figura o color”. Ni tampoco participa de movimiento Él, que, por estar firme y tener naturaleza firme, convida a lo mismo al justo cuando dice: *Tú, en cambio, estate aquí*

conmigo (Dt 5,31). Ahora bien, si hay frases que parecen atribuirle movimiento, como la que dice: *Oyeron al Señor Dios que se paseaba por el paraíso al atardecer* (Gn 3,8), hay que entenderlo en el sentido de que los que habían pecado se imaginaban que Dios se movía, o como se habla figuradamente del sueño de Dios, de su ira o cosas por el estilo.

Y tampoco participa Dios de la substancia (o esencia: *ousía*), pues Él es participado, más bien que participa, y es participado por quienes tienen el espíritu de Dios. Por el mismo caso, nuestro Salvador tampoco participa de la justicia, sino que, siendo Él la justicia misma, de Él participan los justos.

Por lo demás, mucho —y difícil de entender— habría que decir acerca de la substancia, señaladamente si tratáramos de la substancia propiamente dicha, que es inmóvil e incorpórea. Habría que inquirir si Dios, “por su categoría y poder trasciende toda sustancia” (Plat., *Pol.* 509b; cf. *infra* VII 38); Él, que hace participar en la substancia a los que participan según su Logos y al mismo Logos; o si también Él es sustancia, a pesar de que se dice de Él que es invisible en la palabra de la Escritura, que dice sobre el Salvador: *El cual es imagen del Dios invisible* (Col 1,15); texto en que la voz “invisible” quiere decir incorpóreo. Habría igualmente que investigar si el Unigénito y Primogénito de la creación debe decirse que es la substancia de las substancias y la idea de las ideas y el principio; pero que Dios, Padre suyo, trasciende todos estos conceptos.

65. Los puntos sobre las íes

Ahora bien, Celso dice que “de Él procede todo” después que, no sé cómo, separó todas las cosas de Dios (cf. IV 52); pero nuestro Pablo: *De Él* —dice— *y por El y para El son todas las cosas* (Rm 11,30), texto en que “de Él” se refiere al origen de la existencia de todas las cosas; “por Él” a su conservación, y “para Él” a su finalidad. Verdaderamente “Dios no procede de nadie”; pero como afirma que “tampoco puede alcanzarse por razón”, distingo lo que se entiende por razón. Si se entiende la razón que hay en nosotros, ya interna, ya proferida, también nosotros afirmaremos que Dios no es comprensible por la razón; pero, si entendemos este texto: *En el principio era la razón (logos, verbo) y la razón estaba en Dios y la razón era Dios* (Jn 1,1); afirmamos que para esta razón es Dios comprensible y no solo es comprensible para ella, sino también para aquel a quien ella revelare al Padre (Mt 11,27). Con ello damos una impugnación a la afirmación de

Celso, según la cual “no puede alcanzarse a Dios por la razón”. Y que “tampoco se lo pueda nombrar”, necesita también de distinción. Efectivamente, si se quiere decir que no hay dicho ni expresión que pueda representar los atributos de Dios, la tesis es verdadera; como que muchas de las cualidades de las cosas no son tampoco nombrables. ¿Quién puede, en efecto, distinguir con un nombre la diferencia de dulzor de un dátil y de un higo? ¿Quién puede distinguir y representar por un nombre la propia cualidad de cada uno? Nada tiene, pues, de extraño que, en este sentido, no sea Dios nombrable.²⁰ Pero si nombrable se toma en el sentido de que es posible representar algo de sus atributos para dar la mano al oyente y hacer que entienda algo de Él en cuanto cabe en la naturaleza humana, no hay inconveniente en decir que Dios es nombrable. Y del mismo modo distinguiremos lo de que “nada le pasa o padece que sea comprensible por un nombre”. Verdad es, sin embargo, que Dios está fuera de todo padecimiento (cf. IV 72). Y baste sobre esto lo dicho.

66. Jesús, Dios, luz que nos ilumina

Veamos también el texto que sigue, en que introduce una especie de personaje que, oído lo que antecede, dice: “Entonces, ¿cómo puedo conocer a Dios? ¿Y cómo puedo saber el camino que conduce a Él? ¿Y cómo me muestras a Dios? Porque la verdad es que ahora me estás echando tinieblas sobre los ojos y nada veo con claridad”. Seguidamente, parece como que responde al que esas dificultades siente, y cree dar la causa de que se derrame oscuridad en los ojos del que así habla, y dice: “Cuando se saca a luz brillante a los que estaban entre tinieblas, como no pueden resistir los resplandores de la luz, creen que se perjudican y dañan la vista y que se quedan ciegos”.²¹ “. A lo que diremos que en tinieblas están sentados y envueltos por ellas todos los que miran a las malas artes de pintores, plasmadores y escultores y no quieren levantar los ojos y remontarse, por su mente, de todo lo visible y sensible al artífice del universo, que es luz; en la luz se halla, en cambio, todo el que ha seguido los esplendores del Logos, que le hizo ver con cuánta ignorancia e impiedad y desconocimiento de lo divino adoraba esas cosas en lugar de Dios; del mismo Logos, que llevó de la mano la mente de quien quiere salvarse hasta el Dios increado y supremo. *Y es así que el pueblo sentado en las tinieblas* —el pueblo de los gentiles— *vio una luz*

20 Que Dios no tenga nombre es dicho común. Así, Celso, en VII 4; Justin., *II Apol.* 6; Clem. Alex., *Strom.* 82,1; Cie., *De nat. deor.* I 12,30; Io. Chrysost., XII 78; *Max. Tyr.* VIII 10; *Corp. Herm.* V 1 (referencias de Chadwck). Y nosotros tenemos, naturalmente, que aludir a nuestro clásico Fr. Luis de León en sus inmortales *Nombres de Cristo* (BAC 1951) p.403ss.

21 Alusión, sin duda, al mito platónico de la caverna, *Pol.* 518a; cf. también VII n .

grande; y una luz se levantó para los que estaban sentados en la región y sombras de la muerte (Mt 4,16), una luz que es Jesús Dios.

Así, pues, ningún cristiano le responderá a Celso ni a ninguno de los que condenan la palabra divina: “¿Cómo puedo conocer a Dios?”, pues cada uno de ellos, en cuanto cabe, conoce a Dios. Y ninguno dirá: “¿Cómo sabré el camino que lleva a Él?”, pues ha oído al que dijo: *Yo soy el camino, la verdad y la vida* (Jn 14,6) y gustado, en el caminar mismo, el provecho de caminar. Y ningún cristiano le diría a Celso: “¿Cómo me muestras a Dios?”

67. No tenemos nada que ver con las tinieblas

Sin embargo, en las palabras susodichas, algo verdadero dijo Celso, y es que, oyendo alguien sus razones y viendo que son razones de tinieblas, le responde: “Estás echando tinieblas sobre mis ojos”. Indudablemente, Celso y los de su ralea quieren echar tinieblas sobre nuestros ojos; pero, con la luz del Verbo, disipamos nosotros las tinieblas de las doctrinas impías. Un cristiano le pudiera decir a Celso que no dice nada claro ni verdadero: “Nada veo claro en tus discursos”. Así, Celso no nos saca de las tinieblas a la luz brillante, sino que quiere echarnos de la luz a las tinieblas, haciendo de la luz tinieblas y de las tinieblas luz, cayendo de lleno bajo la hermosa sentencia de Isaías, que dice así: *¡Ay de los que hacéis de las tinieblas luz y de la luz tinieblas!* (Is 5,20). Nosotros, en cambio, puesto que el Verbo ha abierto los ojos de nuestra alma y vemos la diferencia entre la luz y las tinieblas, estamos decididos a permanecer a todo trance en la luz y no queremos tener nada que ver con las tinieblas. Ahora bien, como la luz verdadera (1 Jn 2,8) es a la vez luz viviente, ella sabe a quién deben mostrarse los esplendores de la luz y a quién la simple luz y no ofrecer su propio resplandor, por razón de la debilidad de los ojos del que debiera contemplarlo. Pero si hay que hablar en absoluto de “daño y perjuicio de la vista”, ¿qué ojos diremos que lo padecen sino los de quien está dominado por la ignorancia de Dios e impedido por sus pasiones de ver la verdad? Los cristianos, pues, no piensan en modo alguno que estén cegados por los discursos de Celso ni de ningún extraño a su religión; pero los que se sientan cegados por seguir a las muchedumbres de los extraviados y a las naciones de los que celebran fiestas en honor de los demonios, acérquense al Logos que hace merced de los ojos. Así, a semejanza de aquellos pobres ciegos que se arrojaron junto al camino y fueron curados por Jesús por haberle dicho: *Hijo de David, ten compasión de nosotros* (Lc 18,38; Mt 20,30), también ellos, objeto de misericordia, recobrarán

ojos nuevos y hermosos, cuales puede crear el Verbo de Dios.

68. Conocemos a Dios por el Verbo hecho carne

Por eso, si Celso nos pregunta “cómo pensamos conocer a Dios y ser salvados por Él”, le responderemos que el Verbo de Dios, que está en los que lo buscan o lo reciben cuando se les manifiesta, es suficiente para dar a conocer y revelar al Padre, que, antes de su advenimiento, no era visto. ¿Y qué otro sino el Verbo de Dios puede salvar el alma del hombre y llevarla al Dios supremo? Él, que en el principio estaba en Dios, por amor de los que estaban pegados a la carne y hechos como carne, se hizo carne, para ser comprendido por los que no podían contemplarlo en cuanto era Verbo y estaba en Dios y era Dios (Jn 1,1). Y, hablándose de Él como ser corpóreo y predicado como carne (cf. IV 15), llama a sí mismo a los que son carne, a fin de configurarlos primero según el Verbo que se hizo carne y los levanta luego a contemplarlo tal como era antes de hacerse carne; de suerte que, aprovechados y remontándose de la iniciación según la carne, digan: *Pero si alguna vez conocimos a Cristo según la carne, ahora ya no lo conocemos* (2 Co 5,16).

Se hizo, pues, carne y, hecho carne, *puso su tienda entre nosotros* (Jn 1,14) y no estuvo fuera de nosotros. Sin embargo, puesta su tienda y estando entre nosotros, no conservó su primera forma; pero, levantándonos al espiritual monte elevado, nos mostró su forma gloriosa y la brillantez de sus vestiduras. Y no solo de sí mismo, sino también de la ley espiritual, que es Moisés, aparecido glorioso junto con Jesús; y nos mostró también toda profecía, que no murió después de su encarnación, sino que fue levantado al cielo, de lo que fue símbolo Elías (Mt 17,1-3). Ahora bien, el que esto contemplara pudo decir: *Vimos su gloria, una gloria como de Unigénito del Padre lleno de gracia y de verdad* (Jn 1,14). Ahora bien, con harta ignorancia se inventó Celso lo que piensa que responderíamos a su pregunta de “cómo pensamos conocer a Dios y ser salvados por Él”. Por nuestra parte le podemos decir lo que acabamos de exponer.

69. El Verbo, igual en grandeza al Padre

Sin embargo, conjetura Celso nuestra respuesta y declara consignarla en estos términos: “Como quiera que Dios es grande y difícil de contemplar, metió su propio espíritu en un cuerpo semejante al nuestro y lo envió, para que pudiéramos oírlo y aprender de Él”. Pero, según nuestra doctrina, no es solo grande el Dios y Padre del universo, pues hizo partícipe de sí mismo y de su

grandeza al Unigénito y *Primogénito de toda la creación* (Col 1,15), para que, siendo imagen del Dios invisible (ibid.), reprodujera también en la grandeza la imagen del Padre. No era, en efecto, posible ser imagen adecuada, digámoslo así y hermosa del Dios invisible si no reprodujera también la imagen de su grandeza.

Por lo demás, también, según nosotros, es Dios invisible, puesto que no es cuerpo; sin embargo, es visible para quienes son capaces de contemplar con el corazón, es decir, con la mente; pero no con un corazón cualquiera, sino puro (Mt 5,8). No está bien, en efecto, que un corazón manchado contemple a Dios. Puro debe ser lo que haya de contemplar dignamente a lo puro. Concedamos, enhorabuena, que Dios es difícil de contemplar; pero no es Él solo difícil de contemplar para alguien, sino también su Unigénito. Difícil, efectivamente, de contemplar es el Dios Verbo, difícil igualmente la sabiduría, con que Dios hizo todas las cosas (Sal 103,24). Porque ¿quién puede contemplar la sabiduría con que Dios hizo cada una de las cosas? No envió, pues, Dios a su Hijo, como si Él fuera difícil de contemplar y el Hijo fácil. Por no comprenderlo Celso, nos puso a nosotros en la boca estas palabras: “Como quiera que Dios es difícil de contemplar, metió su propio espíritu en un cuerpo semejante al nuestro y lo envió acá, para que pudiéramos oírlo y aprender de Él”. Sin embargo, como hemos hecho notar, también el Hijo es difícil de contemplar, como Verbo Dios que es, por quien todo fue hecho y que puso su tienda entre nosotros.

70. En qué sentido es Dios espíritu

Pero si Celso hubiera entendido lo que decimos acerca del Espíritu de Dios y que *cuantos son conducidos por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios* (Rm 8,14), no hubiera afirmado por su cuenta, atribuyéndonoslo a nosotros: “Habiendo metido Dios su espíritu en un cuerpo, nos lo envió acá”. La verdad es que Dios da siempre parte de su espíritu a quienes son capaces de participar del mismo, que mora en los que lo merecen y no por corte ni división. Y es así que no es cuerpo lo que nosotros entendemos por espíritu, como tampoco lo es el fuego que se dice que es Dios en este texto: *Nuestro Dios es fuego consumidor* (Dt 4,24; 9,3; Hb 12,29). Todo eso se dice figuradamente para representar, por los nombres corrientes y corpóreos, la naturaleza inteligible. Cuando se dice que los pecados son *leña, hierba y paja*, no diremos que los pecados son cuerpos; y cuando se dice que las buenas obras son oro, plata y piedras preciosas (1 Co 2,12), no diremos tampoco que las buenas obras son cuerpos. Del mismo modo, aunque se diga que Dios es fuego que consume la

leña, la hierba y la paja y toda substancia de pecado, no entenderemos que Él sea cuerpo; ni, cuando se dice que es fuego, lo entenderemos como cuerpo. Porque es costumbre de la Escritura, para distinguir lo sensible de lo inteligible, llamar a esto último espíritu y espiritual, como cuando dice Pablo: *Nuestra suficiencia, en cambio, viene de Dios, el cual nos hizo ministros idóneos del Nuevo Testamento, que no es de letra, sino de espíritu; porque la letra mata, pero el espíritu vivifica* (2 Co 3,5-6). Aquí llama “letra” la interpretación sensible (o material) de las divinas Letras y espíritu, a la inteligible (o espiritual). Lo mismo, consiguientemente, en esto otro: *Dios es espíritu*. Porque, como samaritanos y judíos cumplían los preceptos de la ley de forma material y externa, le dijo el Salvador a la samaritana: *Llega la hora en que ni en Jerusalén ni en ese monte adorarán al Padre. Dios es espíritu y los que lo adoran es necesario que lo adoren en espíritu y en verdad* (Jn 4,21.24). Palabras con que enseñó que no debe adorarse a Dios con carne ni sacrificios carnales, sino con espíritu. Y es así que Jesús mismo pudiera ser comprendido como espíritu, en proporción como alguien le sirve en espíritu e inteligiblemente.

Pero tampoco hay que adorar al Padre con signos externos, sino con la verdad, *que fue hecha por obra de Jesucristo, después que la ley fue dada por Moisés* (Jn 1,17). Porque, cuando nos convertimos al Señor (y el Señor es espíritu), se quita el velo puesto sobre el corazón cuando se lee a Moisés (2 Co 3,15-17).

71. Estoicismo y cristianismo

Realmente, por no haber comprendido Celso la doctrina sobre el espíritu (y es así que el hombre animal no percibe las cosas del espíritu de Dios, pues son para él locura y no puede comprenderlas porque se discernen espiritualmente (1 Co 2,14), piensa que, al afirmar nosotros que Dios es espíritu, en nada nos diferenciamos, en este punto, de los estoicos griegos, según los cuales Dios es espíritu, que lo penetra todo y todo lo contiene en sí mismo. La verdad es que la inspección y providencia de Dios lo penetra todo, pero no como el espíritu de los estoicos. Ciertamente, también, es que la providencia abarca todo lo que es objeto de ella y todo lo comprende; pero no comprende como un recipiente cuando lo comprendido es también un cuerpo; sino como una fuerza divina que comprende lo comprendido.

Ciertamente que, según los estoicos, para quienes los primeros principios son corporales y someten, por ende, todas las cosas a destrucción y estarían dispuestos a destruir al mismo Dios supremo si

esto no les pareciera demasiado absurdo, el Logos de Dios, que desciende hasta los hombres y a las mínimas cosas, no sería otra cosa que un espíritu corpóreo; pero, según nosotros, que nos esforzamos en demostrar que el alma racional es superior a toda naturaleza corpórea y substancia invisible e incorpórea, el Dios Logos no puede ser cuerpo; aquel Logos, decimos, *por quien todo fue hecho* (Jn 1,3) y que llega para que todo se haga por Él, no solo hasta los hombres, sino también hasta las criaturas que son tenidas por mínimas y regidas solo por la naturaleza. Allá, pues, los estoicos, que pegan fuego a todo; nosotros no sabemos que una substancia incorpórea pueda ser pasto del fuego, ni que se disuelva en fuego el alma del hombre, ni la substancia de los ángeles, tronos, dominaciones, principados y potestades.

72. Divagaciones de Celso

De ahí es que, como quien no entiende la doctrina sobre el espíritu de Dios, vanamente dice Celso: “Dado que el Hijo de Dios, que nació en cuerpo humano, es espíritu por don de Dios, se sigue que ni el mismo Hijo de Dios puede ser inmortal”. Luego confunde una vez más por su cuenta la doctrina, como si algunos de nosotros no confesáramos que Dios es espíritu, sino su Hijo y se imagina refutarnos diciendo: “No hay naturaleza alguna de espíritu tal que permanezca siempre”. Es como si, al decir nosotros que Dios es *fuego consumidor* (Hb 12,29), nos replicara que no hay naturaleza alguna de fuego tal que permanezca siempre. Es no ver en qué sentido decimos que es fuego nuestro Dios y qué es lo que consume: los pecados y la maldad. Conviene, en efecto, a un Dios bueno consumir por el fuego de los castigos la maldad, después que cada uno, en la lucha, ha mostrado qué clase de atleta ha sido.

Luego sienta una vez más por su cuenta cosas que nosotros no decimos: “Es menester que Dios recobre de nuevo su espíritu; de donde se sigue que Jesús no pudo resucitar con su cuerpo, pues no iba Dios a recibir de nuevo el espíritu que había dado, después de mancharse con la naturaleza del cuerpo”. Ahora bien, fuera necio responder a razones que se presentan como si fueran nuestras y no son nuestras.

73. “Non horruisti virginis uterum”

Luego se repite Celso; pues, habiendo hablado tanto anteriormente en son de burla sobre el nacimiento de Dios de una virgen, a lo que ya contestamos según nuestras fuerzas (I 32-37), dice

ahora: “Pero, si quería enviar de sí mismo un espíritu (o soplo), ¿qué necesidad había de soplarlo en el vientre de una mujer? Podía, en efecto, como quien sabía ya plasmar hombres, haberle plasmado también a este un cuerpo y no arrojar su propio espíritu a tamaña suciedad. Así, a la verdad, de haber nacido inmediatamente de lo alto, no se le hubiera negado fe”. También esto lo dijo por ignorar cuan puro y virginal y sin corrupción alguna fue el nacimiento de aquel cuerpo que estaba destinado a servir para la salud de los hombres. Y el que alega la doctrina estoica y pretende particularmente “saber lo relativo a las cosas indiferentes, opina que la naturaleza divina es arrojada a una impureza y queda mancillada, ya permanezca en el seno de la mujer hasta que se le forme el cuerpo, ya tome simplemente un cuerpo. Hace Celso algo así como los que opinan que los rayos del sol se manchan sobre el barro y los cadáveres malolientes y que ya no permanecen allí puros.”²²

Pero, admitiendo la hipótesis de Celso de que se hubiera plasmado para Jesús un cuerpo sin nacimiento, los que lo hubieran visto no hubieran creído inmediatamente que no venía de nacimiento; pues lo que se ve no anuncia sin más el origen de donde procede. Así, si suponemos que, hay una especie de miel que no procede de las abejas, por el simple gusto o vista, nadie podría afirmar que no es producto de ellas. Como tampoco la que procede de las abejas indica por la sensación su origen; solo la experiencia muestra que es producto de las abejas. Así, también la experiencia nos muestra que el vino se saca de la uva; pues el gusto no hace referencia alguna a la cepa. Pues, de modo semejante, un cuerpo sensible no delata de por sí la manera como tuvo origen. Lo dicho convence a cualquiera por el ejemplo de los cuerpos celestes, cuya existencia y brillantez percibimos con solo mirarlos; pero la percepción no nos sugiere ciertamente si se trata de cuerpos creados o increados. Por lo menos acerca de este punto han surgido diversas opiniones. Es más, los mismos que dicen que son cuerpos creados no están de acuerdo sobre cómo son creados, pues tampoco aquí nos sugiere la mera percepción cómo hayan sido creados, por más que la razón nos fuerce a creer que lo fueron.

74. Las burlas de Celso suplen sus razones

Seguidamente repite lo que ya muchas veces ha dicho sobre la sentencia de Marción (II 27; V

²² La comparación es frecuente en la literatura posterior: Eus., *Dem. ev.* IV 1,3,170A; *Theophaneia* III 39; *Laus Conis.* 14; Mac. Magnes, IV 28; Synesius, *Epist.* 57: PG 66,1396c; Cyrill. Alex., *In Ev. lo.* 12; PG 74,643b; Prudent., *Contra Symm.* II 831; August., *De civ. Dei* IX 6; Nemesius, *De nat. tiom.* 44: PC 40,805A, etc. De Diógenes el Cínico cuenta Diog. Laert. (VI,63): “Reprochándole uno que se metiera en lugares sucios, le respondió que también el sol se mete en las letrinas y no se mancha”.

54; VI 53) y en parte expone bien la doctrina de este, en parte la malentendiendo también. Como quiera, no hay por qué le respondamos ni refutemos nosotros. Luego añade una vez más por su cuenta lo que va en favor de Marción y lo que va contra él, diciendo a qué reproches escapan sus partidarios y a cuáles se exponen. Y cuando quiere defender la doctrina según la cual Jesús fue profetizado, por el gusto de impugnar a Marción y a los suyos, dice paladinamente: “¿Cómo se demostrará que es hijo de Dios el que sufrió tales suplicios, de no haber sido predicho que los pasaría?” Luego se burla y, según tiene por costumbre, hace burla, introduciendo dos hijos de Dios, uno del demiurgo y otro del Dios de Marción. Luego describe sus combates singulares, diciendo ser luchas iguales a las de las codornices y de los padres; o que inútiles ya estos y mostrando debilidades mentales por la vejez, no se atacan ya uno a otro para nada, sino que dejan que luchen los hijos. Aquí será bien decir contra Celso lo que él mismo dijo anteriormente (VI 34): ¿Qué vieja que adormece a un niño no se avergonzaría de decir cosas como las que él dice en el que titula *Discurso de la verdad*? Su deber era atacar nuestras razones objetivamente; pero, dejando de lado los argumentos objetivos, se entretiene en burlas e injurias, imaginando sin duda que está componiendo una farsa o algún poema burlesco; y no ve que tal manera de conducir sus razonamientos pugna con su propio propósito de hacernos abandonar el cristianismo y que sigamos sus doctrinas. Si estas las hubiera tomado él más en serio, acaso fueran más persuasivas; pero como no hace sino burlarse, reírse y hacer el bufón, diremos que, por falta de razones serias, que ni tenía ni sabía, vino a parar en estas charlatanerías.

75. La figura externa de Jesús

Luego añade: “Puesto que había en su cuerpo un espíritu divino, forzoso era que se distinguiera en absoluto de los demás por la grandeza, fuerza, voz, majestad o elocuencia; imposible es, en efecto, que quien tiene algo divino superior a los demás no se distinga en nada de nadie. El cuerpo de Jesús, en cambio, en nada se diferenciaba de nadie, sino que dicen haber sido pequeño, feo y vulgar”. Por aquí se ve bien una vez más que cuando Celso quiere acusar a Jesús alega las Escrituras, como si tuviera fe en ellas, si es que, aparentemente, le ofrecen asidero para sus críticas; pero los pasajes en que pudiera parecer se dice lo contrario de los que se han tomado para acusar, esos no da Celso señales ni de conocerlos.

Ahora bien, estamos de acuerdo en que se escribe que fue feo el cuerpo de Jesús, pero no, como

afirma Celso, vulgar o innoble; ni tampoco se dice claramente que fuera pequeño. He aquí el texto escrito en Isaías cuando profetiza que no vendría al mundo en forma hermosa ni con superior belleza: *Señor, ¿quién ha creído lo que hemos oído? Y el brazo del Señor, ¿a quién le ha sido revelado? Proclamamos en su presencia, como un niño, como una raíz en tierra sedienta. No tiene forma ni gloria y lo vimos y no tenía forma ni hermosura; sino que su forma era sin honor y deficiente en parangón con los hijos de los hombres* (Is 53,1-3). Así, pues, en este texto se fijó Celso, pues se imaginaba que le podía servir para acusar a Jesús; no atendió, en cambio, a lo que se dice en el salmo 44, que es de este tenor: *Pues cñete la espada, ¡oh poderoso!, sobre el muslo, tu prez y tu hermosura; con próspera ventura monta el carro y reina* (Ps 44,4-5).²³

76. Inconsecuencias de Celso

Pero demos que Celso no leyera por sí mismo la profecía, o que, habiéndola leído, fuera inducido por quienes se la malinterpretaron a no referirla a Jesús; pero ¿qué dirá sobre el Evangelio, en que subido Jesús a un monte elevado, se transfiguró delante de sus discípulos y apareció glorioso, cuando también Moisés y Elías, aparecidos gloriosos, hablaban de la muerte que había de sufrir en Jerusalén? (Mt 17,1-3). ¿O es que, cuando un profeta dice: *Lo vimos y no tenía forma ni hermosura*, etc. (Is 53,2), admite Celso que esta profecía se refiere a Jesús —ciego, por lo demás, al admitir ese texto, pues no ve que el hecho de que muchos años antes de su nacimiento se profetizara incluso que su figura es prueba magna de que ese Jesús, al parecer deforme, es Hijo de Dios—, pero cuando otro profeta habla de que hay en Él *prez y hermosura* (Sal 44,4), ya no quiere que la profecía se refiera a Cristo? Ahora bien, si pudiera sacarse claramente de los evangelios que *no tenía forma ni hermosura, sino que su forma era sin honor y deficiente en comparación con los hijos de los hombres* (Is *ibid.*), pudiera decirse que Celso no había hablado según el profeta, sino según el Evangelio; pero, dado caso que ni los evangelios ni los apóstoles afirman que Jesús no tuviera forma ni hermosura, queda patente que Celso se ve forzado a tomar como verdadero lo que dice la profecía acerca de Cristo. Ahora bien, eso no permite ya que prosperen sus acusaciones

23 Lo mismo, y apelando a los mismos textos de Isaías, opina Clem. Alex. (*Paidag.* III 3,2) sobre la fealdad corporal de Jesús. No todos los padres opinaron así. Orígenes mismo (*Tractatus 35 in Matth.*) afirma que del rostro de Cristo irrumpía un resplandor celeste que atraía a los hombres; lo mismo San Jerónimo (*Epist. ad Principiant.* ep.65,8, ed. de la BAC p.596) y San Juan Crisóstomo (*Hom. 27,2 super Matth.*, ed. de la BAC p.556). Pero que Jesús fue en lo externo un hombre como todos, indistinguible en un grupo de galileos, se prueba por el hecho de que Judas hubo de dar una señal (¡fea, por cierto!) a la banda que lo fue a prender. Era, desde luego, de noche; pero su rostro no irradiaba esplendor divino. *Habitu inventus ut homo...* (cf. Mt 26,48; Phil 2,8).

contra Jesús.

77. A quiénes aparece la hermosura de Jesús

Y en cuanto a lo otro que dice: “Puesto que en su cuerpo había un espíritu divino, era de todo punto forzoso que se distinguiera de los demás por su grandeza, por su voz, su fuerza, su majestad o su elocuencia”, ¿cómo no vio la excelencia de este cuerpo, que se ajustaba a la capacidad de los que lo miraban y así era provechoso, apareciendo tal como a cada uno le convenía mirarlo? (cf. II 64s; IV 16; VI 68). Y no es de maravillarse que la materia, que por naturaleza es variable y mudable y transformable en todo lo que quiere el creador y capaz de toda cualidad que quiera el artífice, tuviera unas veces la cualidad por la que se dice que no tenía forma ni hermosura, otras una cualidad tan gloriosa, impresionante y maravillosa que los tres apóstoles que subieron con Jesús al monte, ante la visión de tanta belleza, cayeron rostro por tierra (Mt 17,6). Pero Celso dirá que todo esto son ficciones, que en nada se diferencian de los cuentos, como todo lo que se dice sobre los milagros de Jesús (cf. III 27; V 57); sobre lo cual nos hemos defendido despacio anteriormente (I 42.63; II 15).

Por lo demás, tiene algo de misterioso la doctrina según la cual las diversas formas de Jesús se refieren a la naturaleza de la Razón divina (*Logos*), que no se presenta igualmente a la muchedumbre que a quienes son capaces de acompañarla hasta el monte elevado a que hemos aludido. Y es así que, para quienes están aún abajo y no preparados todavía para subir, la Razón divina no tiene forma ni hermosura; pues para los tales su forma es sin gloria y deficiente en comparación con las razones que se forjan los hombres, figuradamente llamados en este texto hijas de los hombres. Podemos, en efecto, decir que las razones de los filósofos, que son hijas de los hombres, aparecen más hermosas que la Razón de Dios, que se predica a los muchos y pone de manifiesto la *locura de la predicación* (1 Co 1,21); y por esa locura de la predicación puesta de manifiesto, los que solo ven eso dicen: *Lo miramos y no tenía forma ni hermosura* (Is 53,2). Para aquellos, en cambio, que han cobrado fuerza para acompañarle y seguirle y subir con Él al “monte elevado, Jesús les presenta una forma más divina; y esa forma ve el que es como Pedro, que pudo sostener en sí, por el Logos, la construcción de la Iglesia y recibió tamaña fuerza, que contra él no prevalecería puerta alguna del infierno (Mt 16,18), levantado que fue por el Logos de las puertas de la muerte, a fin de anunciar todas las alabanzas de Dios en las puertas de la hija de Sión (Sal 9,14-15); y la ven

también los que, por tener su origen de palabras de gran voz, nada les faltará para ser hijos del trueno (Mc 3,17).

Pero ¿de dónde pudiera venirle a Celso y a los enemigos de la Razón divina, que no examinan con amor a la verdad la doctrina del cristianismo, el conocimiento de las diferentes formas de Jesús? Y yo añado también de sus edades y de cualquier acción por Él hecha antes de su pasión y resurrección de entre los muertos.

78. Ningún bien se ha hecho nunca sin el “Logos”

Seguidamente dice Celso: “Además, si Dios, despertando de largo sueño, como el Zeus del poeta cómico (*Com. Att.* fragm.3 p.406; fragm.43 [T. Kockj]), quería librar de sus calamidades al género humano, ¿por qué, a la postre, mandó a un rincón de la tierra ese espíritu que decís? Más bien debiera haber soplado igualmente en muchos cuerpos y haberlos enviado por todo lo descubierto de la tierra. Por lo menos el cómico, para hacer reír en el teatro, escribió que, al despertar Zeus, despachó a Hermes camino de los atenienses y lacedemonios. ¿Y tú no piensas poner más en ridículo al Hijo de Dios al ser enviado a los judíos?” Una vez más es de ver la irreverencia de Celso, que, de forma indigna de un filósofo, alega un poeta cómico y compara con Zeus dormido, que envía luego a Hermes, a nuestro Dios, creador del universo.

Ya antes hemos dicho que Dios no envió a Jesús al género humano como si despertara de largo sueño; que si bien, por causas razonables, cumplió ahora la economía o dispensación de la encarnación, en todo momento dispensó sus beneficios al género humano. Y es así que ningún bien se hace entre los hombres sin que el Verbo divino more en las almas de quienes, siquiera por breve tiempo, son capaces de recibir esas operaciones suyas. Además, que Jesús viniera, al parecer, a un rincón de la tierra, se hizo también con buenas razones. Convenía, en efecto, que el Cristo profetizado viniera a los que conocían a un solo Dios y leían a sus profetas y sabían que el Mesías era predicado y viniera en el momento en que, de un rincón, la palabra divina se derramaría por todo lo descubierto de la tierra.

79. Cristo hace muchos cristos

Por eso, para que todo el orbe de los hombres fuera iluminado por el Verbo de Dios, no fue necesario que hubiera por dondequiera muchos cuerpos y muchos espíritus semejantes al de Jesús,

pues bastaba que el Verbo único, naciendo en Judea como *sol de justicia* (Mt 4,2), enviara desde allí sus rayos, que llegan al alma de los que quieren recibirlo. Pero, si se quiere ver muchos cuerpos llenos “de espíritu divino, a la manera del que había en el solo Cristo, que trabajan por dondequiera para la salud de los hombres, considere a quienes por dondequiera predicán sanamente y con recta vida la doctrina de Jesús, los cuales son también llamados cristos por las divinas Escrituras en este texto: *No toquéis a mis cristos, ni maldad cometáis con mis profetas* (Sal 104,15). Efectivamente, a la manera que hemos oído que viene el anticristo y no menos sabemos que hay en el mundo muchos anticristos (1 Jn 2,18); así, sabiendo que ha venido Cristo, vemos que, por Él, muchos se han hecho cristos en el mundo; aquellos que, como Él, han amado la justicia y aborrecido la iniquidad y, por eso, también a ellos ungió Dios, el Dios de Cristo, con el óleo del regocijo (Sal 44,8; Hb 1,9). Ahora bien, Aquel, por haber amado la justicia y aborrecido la iniquidad más que sus compañeros, recibió las primicias de la unción y, si cabe decirlo así, la unción entera del óleo del regocijo; sus compañeros, en cambio, recibieron de su unción la parte de que fue capaz cada uno. Por eso, puesto que Cristo es cabeza de la Iglesia (Col 1,18), de suerte que Cristo y la Iglesia forman un solo cuerpo, el unguento ha bajado de la cabeza a la barba de Aarón, símbolo que es del varón perfecto y llegó, en su descenso, hasta la franja de su vestidura (Sal 132,2). Quede esto dicho contra la irreverente frase de Celso de que “hubiera convenido soplar igualmente sobre muchos cuerpos y enviarlos por todo lo descubierto de la tierra”.

Así, pues, el poeta cómico, para hacer reír, presentó a Zeus durmiendo, despierto luego y que envía a Hermes a los griegos; pero la razón, que sabe que la naturaleza divina es incapaz de sueño, nos enseñará que Dios dispone las cosas del mundo según sus propios momentos, según pide lo razonable. Pero no es de maravillarse que, por ser los juicios de Dios grandes y difíciles de explicar, caigan en el error las almas sin ciencia (Sb 17,1) y, con ellas, Celso. Nada, pues, hay de ridículo en que el Hijo de Dios fuera enviado a los judíos, entre los cuales vivieron los profetas; partiendo de allí corporalmente, por su virtud y espíritu, se levantaría sobre el mundo de las almas que no quería seguir privado de Dios.

80. Los judíos, pueblo destinado a perecer

Después de esto, se le antojó a Celso decir que “los caldeos son pueblo divinísimo desde el principio”, cuando de ellos se propagó entre los hombres la engañosa astrología. Entre los pueblos

divinísimos cuenta también Celso a los magos, de quienes toma su nombre la magia, que de ellos pasó a las demás naciones para ruina y perdición de los que usan de ella. En cuanto a los egipcios, Celso mismo los tiene anteriormente en error (III 17), como gentes que tienen magníficos recintos de los que ellos consideran sus templos y dentro no hay sino monos, cocodrilos, cabras, áspides o cualquier animal por el estilo. Ahora, en cambio, le da a Celso por decir que también los egipcios son pueblo divinísimo y divinísimo desde el principio, seguramente porque desde el principio han sido hostiles a los judíos. También los persas, que se casan con sus madres y copulan con sus hijas, le parecen a Celso ser un pueblo inspirado de Dios (V 27) y hasta los indios, de algunos de los cuales dijo anteriormente (V 34) que comen carne humana. De los judíos, en cambio, señaladamente los antiguos, que nada de esto hacen, no solo no dijo ser pueblo divinísimo, sino que han de perecer inmediatamente (VIII 69). Y esto dice ya de ellos como un augur, por no ver la dispensación de Dios acerca de los judíos y su sagrada y antigua república; como tampoco vio que, por su caída, vino la salud a las naciones y que su caída es riqueza del mundo y su menoscabo riqueza de las naciones, hasta que entre la plenitud de las naciones y después de ello se salve todo Israel (Rm 11,11-12.25-26), del que no tiene idea Celso.

81. Final del libro sexto

Luego, no sé por qué razón, le da por afirmar acerca de Dios que, “no obstante saberlo todo, no supo que enviaba a su Hijo a hombres malvados que pecarían y lo ajusticiarían”. Pero ahora parece olvidarse a propósito de la doctrina, según la cual todo lo que había de sufrir Jesucristo fue de antemano visto y predicho por los profetas de Dios (Lc 24,26-27). Lo cual no concuerda con eso de que “Dios ignorara que enviaba a su Hijo a hombres malvados que pecarían y los ajusticiarían”. Ciertamente dice que, para defensa, decimos nosotros que todo esto fue profetizado (cf. VII 2). Pero nuestro libro sexto ha adquirido ya bastante volumen; por lo cual damos aquí fin a nuestro razonamiento, para comenzar, con el favor de Dios, el séptimo, en que Celso cree refutar nuestra doctrina de que los profetas predijeron todo lo que a Jesús se refiere. Sin embargo, como el tema es largo y necesita de largo razonamiento, no hemos querido abreviarlo, forzados por la extensión del libro, ni tampoco, a trueque de no acortar el razonamiento, hacer el tomo sexto demasiado grande y desmedido.

Contra Celso: Libros V y VI
Orígenes
Siglo III

Fuente
Orígenes - Contra Celso
Introducción, Versión y Notas por Daniel Ruiz Bueno
Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1967
Páginas 331-460.

Adaptación y presentación realizada por
Luis Mariano Salazar Mora